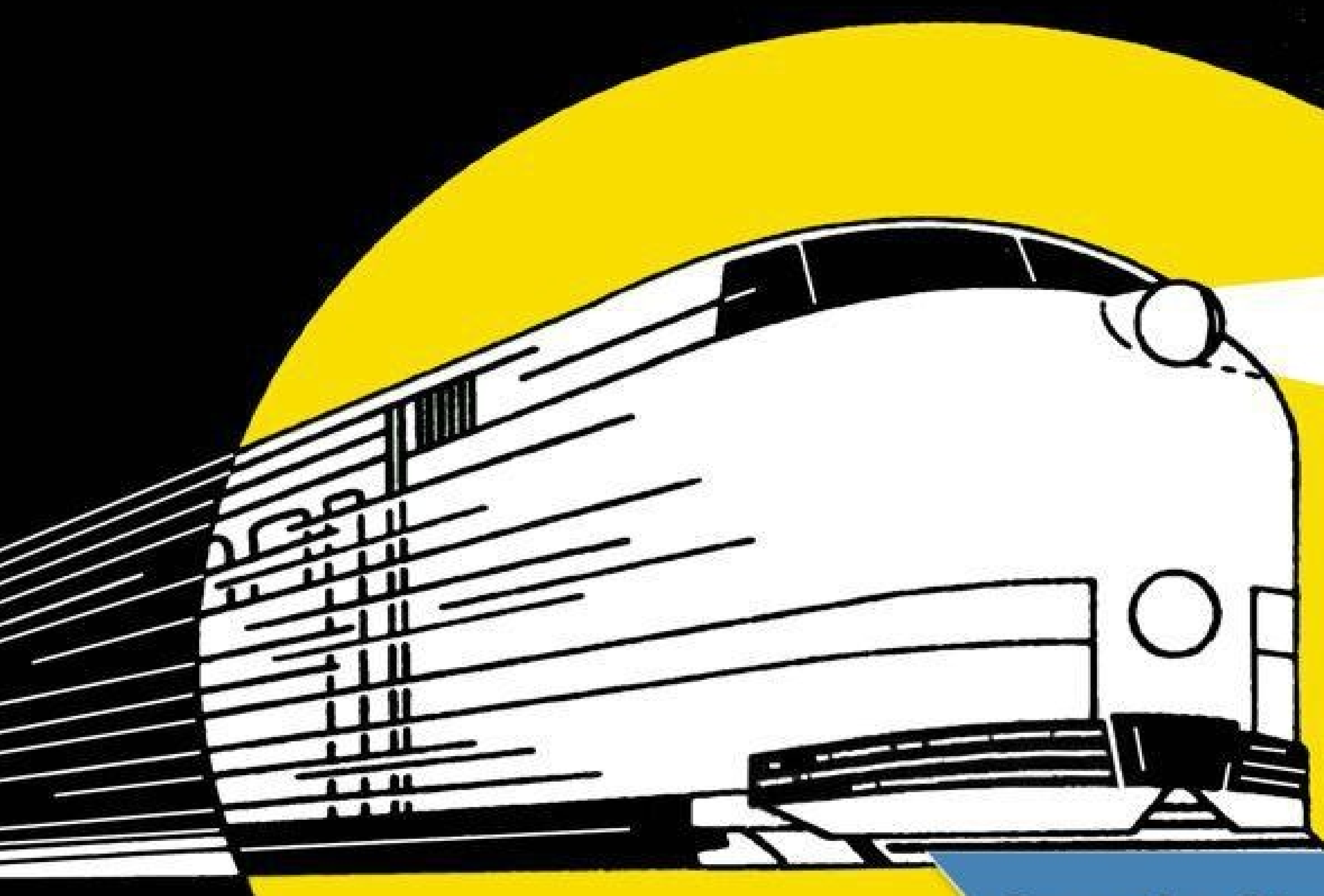
CRIMEN & CIA.

Boileau-Narcejac

ESTACIÓN TÉRMINO



Chavane trabaja en el vagón-restaurante del Mistral. Un día, a su llegada a Marsella le anuncian que su mujer ha sufrido un grave accidente de circulación. ¿Habrá leído ella la carta en la que le comunicaba su intención de separarse y habrá intentado suicidarse?, son sus primeros pensamientos. Difícil le será descubrirlo pues su esposa se halla en coma. Sin embargo, a raíz de ese accidente el protagonista descubrirá las terribles lagunas que cubren la intimidad de su mujer.

Pierre Boileau & Thomas Narcejac

Estación Término

Crimen & Cia. - 49

ePub r1.6
Titivillus 25.09.2021

Título original: *Terminus*
Pierre Boileau & Thomas Narcejac, 1980
Traducción: Manuel Serrat Crespo
Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A nuestro amigo Jean-Marc Roberts

Naturalmente, los personajes y
acontecimientos de esta novela
son puramente imaginarios.

B. N.

1

LAS OCHO. Quedaban todavía rastros de nieve en los techos de los coches. La muchedumbre del amanecer fluía de los vagones a las bocas del metro como trigo que brotara de un silo. La estación de Lyon despertaba. Chavane, acodado en el bar, bebía lentamente su café. Lucienne debía de dormir aún. Faltaban varias horas para que encontrara la carta. ¿Por qué esa crispación, entonces, como si fuera ya preciso hacerle frente? En vez de decirse: «Es una mañana como las otras. Además, yo me lo he buscado y, por otra parte, es algo muy banal».

—¡Al diablo! —murmuró Chavane.

Pagó, tomó su maletín y fue a buscar las llaves del vagón. Solía gustarle ese breve momento de ocio, a contrapelo de las oleadas de hombres y mujeres que llegaban de las afueras. Compraba su periódico, su paquete de Gauloises. Entre los empujones se sentía como en casa. Tenía consciencia de ser un personaje importante. ¿Por qué amargarse, esta mañana, el placer?

—Salud, Paul —dijo Theuliére entregándole las llaves—. ¿Has visto el termómetro…? ¡Cuatro bajo cero…! Por la noche estarás en Niza, chambón. De modo que te importa un bledo…

—Pero mañana por la noche estaré de vuelta —dijo Chavane, y pensó en la odiosa discusión que le aguardaba.

—Tráenos mimosa —bromeó Theuliére.

Chavane estuvo a punto de encogerse de hombros. Tenía ganas de gritarle a todo el mundo: «¡Dejadme en paz!». En el metro, dormitó hasta la estación Liberté, pasando perezosamente de una imagen a otra… El pequeño Michel, que sustituía al engripado Amblard… Enseñarle a servir extendiendo el brazo con más naturalidad… Un vagón-restaurante es, en primer lugar, un restaurante, no había que olvidarlo… El menú de hoy… Excelente…

Quenelles de lucio a la *aumônière*… *Ossobuco* napolitano y *spaghetti* o *entrecôte* a la tirolesa y apio *meunière*… Nunca ha sabido preparar los *spaghetti*. Y no es tan difícil…, ¡alto!, ¡imagen indeseable…! Era una suerte tener un cocinero como Amédée. Los nuevos no tenían ya la habilidad, la mano, el gusto por el trabajo bien hecho. Necesitaban platos precocinados. Trampas por todas partes. Por lo que se refiere a Lucienne…

¡Basta! Lo había hecho mal. Aquella carta era una idea idiota. Iba a imaginar que había tenido miedo de una explicación franca. Sería una ventaja para ella… Adoptaría el papel de víctima… Claro que, en el fondo, ¿qué podía reprocharle…?

El túnel desfilaba rugiendo. En la pared, como si fuera una pantalla, volvía a leer su carta. *Querida Lucienne*… Primer error. No se dice «querida Lucienne» a una mujer a la que se quiere abandonar. Es un modo de reconocerse culpable… *Te escribo sin animosidad, como si fueras mi amiga*… Pero, precisamente, ni siquiera era una amiga. ¿Qué era en realidad? Una especie de vecina que compartía el mismo apartamento… amable, por otra parte. Servicial incluso. Exactamente como las pequeñas azafatas que nunca atravesaban el vagón sin una sonrisa y una palabra amable. Mientras que una mujer, una de verdad…

Chavane no sabía muy bien qué quería decir con eso. Pero a menudo, cuando servía, por ejemplo, a una pareja de recién casados que se dirigían a la Costa Azul, pensaba, mirando a la joven que lucía su felicidad como un árbol de Navidad luce sus estrellas: «¡Una mujer de verdad! ¡Es una mujer de verdad!». Otras veces, era una dama anciana, de cabellos algo malvas y fulgores en los dedos. De verdad, también. Juzgaba, con una ojeada, los atavíos, la distinción de los gestos. Nada más difícil que llevarse un tenedor a la boca sin un movimiento en falso, sin que la muñeca se desvíe, mientras el tren pasa bamboleante por encima de los cambios de aguja. ¡La elegancia, la clase! Todo lo que Lucienne no tenía. Claro que esa no era una razón para…

Liberté ya. Chavane, con su maletín en la mano, salió del metro. Un viento acerbo bajo un cielo encapotado dispersaba los malhumorados copos. Lucienne, tan friolenta, se quedaría en cama toda la mañana… Inútil resistirse. Pensaría sin cesar en ella. Mejor sería resignarse.

Llegó al inmenso cobertizo, el garaje como lo llamaban, donde estaba el Mistral, vacío, oscuro, con, de vez en cuando, un crudo reflejo de metal. Michel le esperaba al pie del vagón-restaurante.

—Buenos días, jefe. Qué frío hace esta mañana. ¡No habrá mucha gente!

Se estrecharon la mano. Chavane no estaba de humor para charlar. Abrió la puerta y, sin tantear, encontró el interruptor; el vagón se iluminó. Rutina. Los movimientos se encadenaban sin prisas pero sin indolencia. En el estrecho pasillo donde cada objeto ocupaba, ingeniosamente, un lugar bien medido, Chavane había extraído de su maletín la primera chaqueta blanca, la de la ida; frotaba con la manga, para mantener su brillo, las entorchadas charreteras, y las fijaba con cierres a presión, colocaba luego en colgadores su abrigo, su chaqueta y la segunda chaqueta blanca, la de la vuelta. El armario de la ropa, muy profundo, estaba calculado para contener quince colgadores, algo escaso en invierno, cuando los ocho empleados y el jefe de brigada debían colocar allí, además de sus chaquetas, abrigos y gabardinas.

Chavane se pasó el peine por los cabellos y se abotonó el uniforme. De todos lados, las paredes de aluminio le devolvían su imagen: pantalones azules de impecable raya, chaqueta cruzada, pajarita y, reforzando la línea de los hombros, la franja dorada, insignia de su grado.

Se escuchó en el andén un ruido de voces. Llegaban todos juntos, se estrechaban las manos, pateaban un poco antes de apagar sus cigarrillos y subían por fin, ágilmente, al vagón.

—Salud, jefe.

La antecocina se llenaba de empujones.

—¡Vamos! ¡Despejen! —gritó Amédée.

Se equipaba con rapidez, gorro blanco, amplio delantal, servilleta colgada de la cintura. A las nueve comenzaban los «preparativos». Los empleados colocaban los cubiertos, primero en el comedor principal y, luego, en los dos vagones panorámicos que enmarcaban el vagón-restaurante y llevaban los números 14 y 10. Las puertas de comunicación permanecían abiertas. Chavane vigilaba con una ojeada las tres estancias alineadas. Pues se trataba realmente de estancias señorialmente decoradas; grabados en las paredes, colores sobrios, ambiente lujoso. Distribuyó los menús, se aseguró de que Teissére colocaba un panecillo en cada plato.

Valentin trajo las botellas. La Compañía ofrecía a los viajeros, entre otros vinos, un excelente burdeos que, a menudo, los revisores venían a probar cuando terminaba el viaje. Chavane se sentía patrón de un restaurante de cuatro estrellas. Se habría enorgullecido haciéndole los honores a Lucienne. Pero no. No había venido nunca. Nada le llamaba la atención. No le gustaba viajar. «¡Siempre con tus historias de trenes!», decía cuando le hablaba de los pequeños incidentes de su último ida-y-vuelta. Entonces callaba. Y como casi nunca se movía de casa, donde permanecía días enteros en bata, llenando de

colillas los ceniceros, pasando de una revista a una novela mientras el tocadiscos funcionaba sin descanso, nunca tenía nada que contar. Se veían obligados a hablar del invierno, de la carestía de la vida o a comentar los sucesos, como si fueran desconocidos en una sala de espera, esforzándose por matar el tiempo. Y hacía años que duraba. A decir verdad, había sido así desde el comienzo de su matrimonio. Era su matrimonio lo que había fracasado. ¡Si no hubiera insistido tanto el tío Ludovic! «Ya veréis, seréis felices los dos… Lucienne será una mujercita estupenda… Sabe llevar una casa. Y, además, tiene buen carácter. Aceptará que estés siempre fuera… Cuatro días por semana es bastante y conozco a más de una que se negaría».

—Jefe, Amédée le llama.

Chavane se dirigió a la cocina donde Amédée discutía con el conductor de la camioneta de reparto. Las *quenelles* se alineaban en un contenedor metálico.

—¡Mire lo que me traen! —gritó Amédée—. ¡Fíjese! He puesto una en un plato para que la pruebe…

—¡Carajo! —protestó el chófer—. Sin la salsa no saben a nada.

—No se trata de eso —interrumpió Amédée—. Anunciamos «*quenelles* de lucio». Pues bueno, jefe, pruébela… Si aquí hay lucio, que me ahorquen.

Chavane masticó lentamente un bocado de *quenelle*.

—Se nota que es pescado —dijo—. Tal vez no lucio; pero, honestamente, no está del todo mal.

—¡Ah! Lo ve usted —dijo el repartidor—. Se pasa el tiempo rezongando…

—Bueno, bueno —masculló Amédée—. A mí me da igual. Pero si fuera un cliente… ¿Y los helados?

—Aquí están.

El repartidor fue a buscarlos y le pasó al cocinero cuatro grandes cajas de cartón.

—No hay miedo de que se fundan —dijo riendo—. Buen viaje, muchachos.

Chavane cruzó el comedor atento al menor detalle. Tendría que haber flores en las mesas pero, a sesenta y ocho francos la comida, las cuentas no salían ya. Era el fin de los vagones-restaurante. Cinco o seis años más y habría llegado el tiempo de las bandejas con un muslo de pollo parecido al cartón, pan duro, una pastilla de mantequilla como si fuera jabón y una botellita de tintorro con sabor a cantina. No era solo el oficio lo que desaparecía, era la vida. Cuando le dieran la sentencia de divorcio…

Chavane se detuvo con las manos a la espalda y la cabeza baja. ¡El divorcio…! Sí, no podía tardar. Después… Si había un después… ¿Pero qué me pasa?, pensó. Es ese tiempo que me pone triste. Lucienne tiene veintiocho años y yo treinta y ocho. De modo que nada es definitivo. Tenemos tiempo de volver a empezar, cada uno por nuestro lado. Ahora es posible divorciarse amigablemente. Nos equivocamos, eso es todo. ¿Por qué va a empeñarse pues? Le pasaré una buena pensión. Y nada me impedirá volver a casarme. ¡Tengo derecho a casarme con una mujer de verdad!

—¡Jefe! Ya está todo.

¿Cómo? ¿Las once ya? Los empleados se colocaban alrededor de las dos mesas más cercanas a la cocina. Comían siempre con mucha rapidez pues el menú del personal era mucho más sencillo que el de los clientes. Embutidos y, la mayoría de las veces, un bistec con patatas fritas. Queso y una taza de café. El más joven servía.

—Parece usted cansado, jefe —dijo Teissére—. ¿Se encuentra mal?

—He debido de coger frío —respondió Chavane con aire molesto.

Sabían que era taciturno. Teissére no insistió. Valentin hablaba de la huelga que estaba preparándose. La conversación se hizo cada vez más ruidosa. De vez en cuando, Chavane asentía para demostrar que estaba escuchando y que las reivindicaciones de los sindicatos le parecían legítimas, pero su espíritu estaba en otra parte. Había colocado la carta en el grueso libro que ella estaba leyendo. Le gustaban las novelas largas, de esas que no terminan nunca. Desde hacía algunos días estaba zambullida en *Lo que el viento se llevó*. Él había quitado el punto que señalaba la página y lo había sustituido por la carta. Había cerrado el sobre en el que había escrito: *Señora Lucienne Chavane*, para dar a la carta un inquietante carácter de gravedad. ¿Cuándo abriría el libro? Por lo general, una vez había terminado con la vajilla, leía algunas páginas mientras bebía su café a pequeños tragos y escuchaba las informaciones de la una. ¿Pero y cuando estaba sola? Ella afirmaba que su modo de vida no cambiaba en absoluto, pero él estaba casi seguro de que no se tomaba el trabajo de preparar una comida de verdad. Debía de echarse entre pecho y espalda cosas rápidas de preparar, para desembarazarse de lo que, a veces, llamaba con asco «la condena de la manduca». ¿Pero acaso, para ella, no era todo una condena? Los trabajos domésticos evidentemente, las labores de costura, las compras, el amor… Este era, incluso, su tema de más acerba discordia. Él había enumerado todas sus quejas. Había necesitado tiempo, varias semanas de desolada reflexión. Había tomado notas en viejas facturas de la Compañía para estar seguro de no

olvidar nada. Y, luego —había sido ayer, mientras ella escuchaba el último disco de Enrico Mathias—, había dado por fin el paso y escrito de un tirón, con pulso febril, la dulce y terrible carta.

Querida Lucienne… Cuando leyera esa carta se vería obligada a admitir que solo habían sido unos asociados. Además, le ponía los puntos sobre las íes. Le decía, especialmente: *Llegará el momento en que la indiferencia se convierta en odio…* Sí. No había retrocedido ante la palabra. Porque comenzaba a conocer el odio. Cuando Lucienne pasaba una hora arreglándose las uñas… Cuando ocupaba eternamente el cuarto de baño… O cuando alegaba jaquecas para quedarse perezosamente en la cama… O cuando exigía dinero, pues andaba continuamente escasa… Y siempre con aquel aire de estar muy lejos, al otro lado de una pared de cristal y de silencio…

Chavane miró la hora. Mediodía. Ahora estaría levantándose. Demasiado pronto, todavía, para lo de la carta. Michel servía. Una ligera sacudida avisó a Chavane de que la locomotora de maniobras venía a tomar el tren para llevarlo a la estación de Lyon. El convoy se deslizó sin ruido y una luz gris de niebla y lluvia se pegó a los cristales. Era el momento que Chavane prefería… el chirrido de los bojes en los cambios de aguja… El monótono y siempre nuevo desfile de las fábricas, los edificios de apartamentos económicos, de las negras calles, la red de raíles que se enlazaban y desenlazaban como animados por una peligrosa vida. ¡Partir! ¡Ser el único dueño a bordo durante unas horas, como un marino alejado de su familia, de la casa, de la tierra, de todo lo que se os pega a los pies y os esclaviza!

Chavane se sintió mejor. Audureau, el ayudante de Amédée, preparaba la cesta de los aperitivos. Colocaba minúsculas botellas poniendo muy a la vista las etiquetas, pero cada vez le gustaba a menos gente. Antaño, los clientes venían al vagón-restaurante para pasar un momento agradable, charlar entre sí, hablar de negocios, relajarse mientras comían de un modo agradable. Ahora venían a comer, siempre con prisas y deplorando, a veces, la lentitud del servicio que, sin embargo, era bastante rápido. Estaban dispuestos a contentarse con algo a la plancha, como en el Corail. Era la generación de los tentempiés que asomaba la nariz.

El tren se abría paso rechinando. Pronto estuvo en la vía 1 y avanzó con lentitud hasta los topes. Eran las doce y veinte. El inmenso vestíbulo de la estación zumbaba con su habitual rumor, dominado por el sonido de los altavoces que anunciaban la salida del París-Milán y del Chambéry.

—Lleva cinco minutos de retraso —advirtió Chavane.

Se sabía de memoria los horarios. Las azafatas fueron las primeras en llegar, bien vestidas, pimpantes, risueñas. Bajó al andén y les estrechó la mano.

—Hoy, tal vez venga a tomar un grog —le dijo Marion, la azafata que se encargaba de los niños—. He conseguido pillar un resfriado.

Comenzaban a llegar los viajeros. Por lo general las damas ancianas eran las primeras. Iban a la cabeza del tren. Con destino a Cannes y Niza probablemente. Raras veces se las veía en el restaurante porque temían atravesar los vagones. Mordisquearían pastas y alguna tableta de chocolate. Hacia la una llegaban los hombres que llevaban cartera de mano, negociantes que volvían a Lyon o Marsella. Varios de ellos eran clientes habituales, pero del tipo distraído que estudiaba, entre plato y plato, las estadísticas y los pedidos. Chavane prefería a los comerciantes, que se sentaban de cuatro, en cuatro, sabían elegir un buen vino y, después del café, pedían licores. Le hablaban con familiaridad, dejando abundantes propinas; algunos tenían un acento del Midi que le caldeaba a uno el corazón. Justo antes de la partida llegaba, con frecuencia, alguna artista de botas blancas, gafas negras, con un hirsuto chucho entre los brazos, precediendo a un mozo cargado de maletas.

Chavane no tenía ya tiempo de pensar en Lucienne. Los altavoces anunciaban la salida, recomendaban prestar atención a las puertas que iban a cerrarse automáticamente. Sin sacudidas, el Mistral se ponía en marcha. Los edificios de la estación iban retrocediendo poco a poco e, inmediatamente, llegaron los arrabales, las hileras de coches detenidos ante los semáforos. Una música ambiental, medio ahogada por el martilleo de las ruedas en las complicadas vías entrecortadas por los cambios de aguja, precedió al anuncio de Martine deseando buen viaje a los usuarios e invitándoles a dirigirse al vagón restaurante, «situado en mitad del tren».

Martine hablaba desde la pequeña tienda del vagón-bar y su voz, que parecía salir del techo de los coches, era reconocible entre todas las demás porque Martine farfullaba siempre de un modo horrible cuando repetía en inglés su pequeño discurso de bienvenida. Con su billete de reserva en la mano, los retrasados acababan de colocarse, conducidos por Langlois en el coche 10 y por Mercier en el coche 14. En el vagón-restaurante las mesas eran de libre elección.

El tren dejaba atrás Villeneuve-Saint-Georges, iba tomando, poco a poco, su gran velocidad de rápido. Chavane tomaba nota de los pedidos; aprobaba, haciendo una señal con la cabeza, la elección del vino. Tenía los seguros pies de un gaviero y nunca podrían sorprenderle las bruscas sacudidas del suelo.

Se movía sin vacilaciones, sin pasos en falso. No se habría perdonado apoyarse en un respaldo. Michel le seguía presentando, rápidamente, su cesta de aperitivos, como si fuera la bandeja de una colecta de iglesia. Como cada servicio duraba apenas una hora y media, no podían perder un minuto y, sin embargo, debían dar al cliente la impresión de que disponía de todo el tiempo del mundo.

De la cocina salían, uno tras otro, Teissére y Langlois, llevando con facilidad las *quenelles* en una larga fuente cubierta de salsa. Con ellos no había nada que temer. Sabían equilibrar su carga en el antebrazo y, con el inimitable gesto de los buenos camareros, tomando cada *quenelle* entre el tenedor y la cuchara manejados con una sola mano, depositar el frágil rollo de pasta en el plato de los comensales y seguir caminando por el pasillo con una rapidez atemperada por la facilidad.

Chavane se sentía contento de su equipo. Solo el pequeño Michel no podía evitar bambolearse. «Da grandes pasos, le aconsejaba con impaciencia Chavane; no es tan difícil. Y, además, no mires al exterior. ¡El paisaje es para los clientes!». Él mismo no era ya consciente, desde hacía mucho tiempo, del espectáculo que se ofrecía a los viajeros. Percibía, con el rabillo del ojo, una especie de móvil tapiz que teñía de distintos colores las ventanas. Pasaban sombras, luces, fugitivas formas. Ya solo conocía la línea por los ruidos, las bofetadas de los puentes, los aullidos de las zanjas, los cañonazos de los convoyes que se cruzaban a toda velocidad.

Tenía también otros puntos de orientación. Sabía que, después de las *quenelles*, el Mistral dejaría atrás Plessis-le-Roy. El *ossobuco* o el *entrecôte* llevarían luego hasta Sens. El helado sería consumido entre Laroche y Saint-Florentin. Después del café y los licores, serían las dos cincuenta. El tiempo de presentar las cuentas, recaudar el dinero y comenzaría el segundo servicio. Pero, por el momento, era preciso luchar sin demostrarlo con los *spaghetti*, tomar para cada cliente una porción razonable, con un solo movimiento de muñeca, sin permitir que colgaran filamentos como cabellos despeinados. Aquí pedían pan, allá un jarro de agua. Lucienne era ya solo un recuerdo, una sombra percibida en una vida anterior. La carta había perdido toda su importancia.

Después del *entrecôte*, Chavane tuvo un momento de respiro. El plato fuerte aseguraba un cuarto de hora de tranquilidad. Dio una vuelta por la cocina, donde Amédée se atareaba mascullando; todo iba bien. El tren corría por entre el grisáceo ambiente. Pese al mal tiempo iban a la hora. Chavane detestaba los retrasos. Siempre esa manía del orden que Lucienne le

reprochaba tan a menudo. Y, de pronto, se le ocurrió una idea absurda. ¿Acaso Lucienne no podía, también, hacer una lista con sus reproches? Si aceptaba el divorcio, no dejaría de hacerlo. ¿Pero qué reproches? Jamás la había engañado. Tal vez tenía un carácter bastante sombrío, sí. Quizás hubiera debido ofrecerle más ocasiones de distraerse. Pero llevaba una vida muy fatigosa. Dos días de viaje; dos días de descanso. Un nuevo ida-y-vuelta y otros dos días de bien merecido reposo. Y solo una semanita de vacaciones cada doce viajes. Hubiera debido comprender que necesitaba permanecer un poco en casa. ¿Y qué más podía reprocharle? Aseguraba que no le daba bastante dinero. Pero ella era incapaz de administrar un presupuesto. Solo habían pagado la mitad del coche. Tenían que empapelar de nuevo el comedor. Le iba a costar mucho probar que también él la había ofendido. Y ahora los quesos. Los revisores atravesaron el restaurante.

—¿Cómo estás, Paul?

—Bien.

En efecto, era un viaje sin historia, aunque fuera el primer viaje de un hombre que acababa de romper con su pasado.

A las diecisiete y siete, el Mistral se detenía en Lyon, en el primer andén, durante tres minutos. Mercier y Valgrain bajaron. No iban más lejos pues, después de Lyon, el servicio era mucho menor, algunas tazas de té, algunas colaciones… Manon fue a tomar su grog.

—¡Han visto! El tiempo mejora. Estoy segura de que pasado Valence va a despejar.

En efecto, la niebla comenzaba a disiparse. El tren cruzó el Ródano dejando a su derecha los hachones de Feysin que parecían arder detrás de las muselinas. Los camareros colocaban los cubiertos para la primera cena.

—¿Cuántos serán? —preguntó Amédée.

—No más de treinta —dijo Chavane—. Y todavía menos después de Marsella.

Fue a echar una ojeada a los panorámicos. Casi nadie. La noche se inscribía en los cristales con trazos de fuego o puntillados de lejanas luces. De vez en cuando brillaba el Ródano y, pronto, la luna, como una rueda encantada, acompañó al tren por encima de las Cévennes. «Despierta, amigo, pensó Chavane. ¡No es momento de soñar!». Pero Lucienne merodeaba todavía por su espíritu. Era evidente que, ahora, habría encontrado ya la carta. ¿Pena? Probablemente no. ¿Sorpresa? Sin duda. E, indudablemente, cólera.

Seguro que habría avisado a Ludovic. También de ese lado lloverían los reproches. «¡Os comportáis como chiquillos!… Es solo un mal momento que pasará. Todo el mundo lo ha vivido tras seis años de matrimonio. ¡Vamos! Tú, Paul, debieras ser el más razonable».

¡El tierno diluvio de los nauseabundos consejos! ¿Pero qué sabría de matrimonios el solterón del tío Ludovic…? Por fortuna el Mistral se alejaba, cada vez más, de París. Era una liberación dejar atrás Valence, Aviñón, Marsella, donde se quedaban los vagones de cola. Después de Toulon, a las veinte cuarenta y nueve, podrían permitirse holgazanear un poco. El restaurante se vaciaba. Ya no había que darse prisa en servir. Chavane comenzaba sus cuentas, las facturas a un lado, la recaudación al otro. Ponía mucha atención pues le descontaban el menor error. Pero estaba acostumbrado y pocas veces se equivocaba.

Después de Saint-Raphäel, fumaba el primer cigarrillo. El Mistral iba más despacio; la estación término estaba cerca. En Cannes el tren quedaba casi vacío. Chavane se quitaba la chaqueta blanca y la colgaba del armario. Casi no se había ensuciado pero, de todos modos, habría que lavarla. Y si Lucienne se negaba a hacerlo, la daría a la lavandería del barrio.

¡Niza por fin! Chavane solo tenía, ya, que acudir a las oficinas de la estación. Sacó de su maletín el dinero y el manojo de facturas. Intercambió algunas banalidades con Mattei.

Aquella noche, cuando acudió al local donde iba a dormir, justo frente a la estación, las estrellas brillaban con tanta fuerza que el cielo parecía un campo de azulejos.

—Soy libre —dijo Chavane en voz alta.

2

LA CIUDAD ronroneaba bajo los primeros rayos de sol. El tiempo era suave y ligero. Chavane saboreaba su café en el lugar habitual, en Barthélémy, junto al hotel Cécil; tenía *Nice-Matin* abierto a su lado. Había leído: *niebla al norte de una línea Burdeos-Ginebra frío persistente,* y pensó que le sería necesario regresar a aquella mugre, a aquella hostilidad donde le aguardaban lloros y reproches. De buena gana se habría retrasado. Se sentía algo entumecido, todavía a la deriva tras una mala noche. ¡Pero qué iba a hacerle! Tenía que irse. Las nueve y media. Los otros estarían esperándole. Cruzó la explanada sin apresurarse, para no remover el limo de preocupaciones y rencores que, desde hacía tanto tiempo, iba depositándose en su corazón. Compró en el vestíbulo un paquete de puritos. Alguien le palmeó el hombro.

—Le están buscando por todas partes —dijo Mattei.

—¿Qué pasa?

—El subjefe quiere hablarle.

—Apuesto a que han vuelto a entrar en mi vagón. Cada viaje pasa lo mismo.

—No. Es más grave. Venga pronto.

Pasaron por el andén. Mattei casi corría.

—Pero hable de una vez, ¡Dios mío! —exclamó Chavane.

—Ya se lo explicarán.

El subjefe le aguardaba en la oficina de los revisores.

—Tengo que darle una mala noticia.

Inmediatamente Chavane pensó en Ludovic que era cardíaco.

—¿Mi tío? —preguntó.

—No. Su mujer. Ha sufrido un accidente la noche pasada.

Sorprendido, Chavane se sentó en la esquina de la mesa.

—¿Un accidente?… No es posible… Nunca sale de noche.

—Caramba, yo le repito lo que acaba de decirme la policía. Ha telefoneado la Brigada de Accidentes de París. Han avisado a sus colegas y estos me han llamado. Al parecer ha chocado contra una farola. Circulaba muy deprisa.

—¿Cómo…? Seguramente es un error.

—Se ha herido en la cabeza.

—Es absurdo. Mi mujer casi nunca utiliza el coche. No se atreve a salir de noche. La conozco bien.

—Señora Lucienne Chavane… calle de Rambouillet, 35… ¿Es ella, no?

Atónito, Chavane no sabía qué pregunta hacer para probarles a todos que se equivocaban.

—¿Cómo han podido saber que era mi mujer? —murmuró—. Ya ve usted que todo eso no se tiene en pie.

—Sin duda han encontrado su documentación —dijo el subjefe—. Han ido a su casa y alguien les ha informado. ¡Tienen muchos medios! Debe usted pasar a verles en cuanto esté de regreso. Tengo la dirección de la comisaría.

Le tendió una hoja de agenda a Chavane, que se la puso maquinalmente en la cartera. Poco a poco, la idea iba penetrando en su cabeza. Sí, en efecto se trataba de Lucienne. Y sin duda el accidente tenía relación con su carta.

—¿No va a morir? —dijo.

—Espero que no. Pero el tipo que estaba al teléfono no ha sido muy explícito. Ya sabe cómo son. Dan el encargo y listo.

Meditó unos instantes. ¿Habría encontrado la carta por la noche? ¿Habría sentido la necesidad de ir a cualquier parte, para calmar su cólera… o su pena? ¿Cómo saberlo?

—¿No le han dicho dónde se ha producido el accidente?

—No —dijo el subjefe.

Chavane se volvió hacia Mattei.

—¿Podrían sustituirme?

—Ya sabe que siempre es posible.

—Intentaré tomar el avión.

—Amigo mío —dijo Mattei—. Hay una huelga de cuarenta y ocho horas. Con el Mistral llegará antes. Estará en París a las veintidós quince. Aunque la niebla lo retrase un poco, todavía tendrá tiempo. Y además, de todos modos, hay una permanencia.

Chavane advertía su curiosidad y odiaba la idea de organizar un espectáculo.

—En ese caso, me voy —decidió.

Le estrecharon calurosamente la mano.

—Las heridas de la cabeza —observó Mattei con autoridad y competencia — siempre parecen dramáticas al principio. Y luego terminan arreglándose. Vamos. ¡Buen viaje y valor!

¿Serían tan compasivos cuando supieran la verdad?, pues las cosas terminan siempre por saberse y nunca faltaría alguien que dijera: «Tal vez el accidente haya sido un suicidio. Chavane pensaba divorciarse. El matrimonio ya no funcionaba». ¿Y qué iba a pensar Ludovic?

Chavane, abrumado, atravesó las vías hasta llegar al Mistral. Amédée apareció en la puerta del vagón.

—Perdone, jefe. Como veíamos que no llegaba, he ido a buscar la llave. Hemos empezado sin usted. ¿Algo va mal?

Era inútil ocultar una noticia que se extendería rápidamente por el pequeño mundo de la Compañía.

—Mi mujer ha sufrido un accidente… Ayer por la noche.

—¿Es grave?

—Lo ignoro.

¿Por qué adoptaba ese tono desagradable?; no podía evitarlo. Sentía nacer en él una ciega cólera contra Lucienne, contra sí mismo, contra su oficio y la vida que iba a llevar si Lucienne se curaba. ¡Nada de divorcios! Iban a creer que era culpable a perpetuidad.

Sacó del armario su chaqueta limpia, fijó las charreteras y tomó un paquete de menús. El porvenir acababa de cerrarle la puerta en las narices. «¡Tal vez muera!», pensó. Era monstruoso, pero nadie es responsable de sus sueños y estaba soñando despierto mientras distribuía los menús por las mesas. *Medallón dorado del Périgord. Brochette de ave a las finas hierbas* o *buey a la provenzal y cazuela*…

—No sé cómo se las arreglan —protestó Amédée—. Siempre traen la carne dura.

Sus recriminaciones se perdían entre el ruido de la vajilla y el tintinear de los cubiertos. Chavane se refugió en un extremo del restaurante. «¡Un accidente la noche pasada!». ¿Qué quería decir la noche pasada? ¿Las once de la noche? ¿La una de la madrugada? Tenía que haber una explicación y era la más lógica de todas. Lucienne había mirado la televisión, se había acostado tarde y, antes de dormirse, había abierto su novela. Tal vez fuera media noche. Entonces habría leído la carta y su primera idea habría sido poner al corriente a Ludovic. Pero Ludovic vivía en la otra punta de París. De modo

que se había vestido a toda velocidad, había tomado el coche… Y después el accidente… ¿Pero por qué no había telefoneado…?

Bueno, porque necesitaba una presencia tal vez. Pero si necesitaba una presencia era que se encontraba en plena angustia. Y eso no parecía muy suyo. ¡Caramba! ¡Sin duda se sintió herida en su tranquilidad, en esa pequeña comodidad que tanto le importaba! Ludovic era el padrino, además del tío de su marido. Seguramente había pensado algo así. Y era, además, el que había dispuesto su boda. Por lo tanto, le tocaba arreglar el problema.

El tren fue llevado a la estación sin que Chavane se diera cuenta. Iba, venía, comenzaba a servir, sonreía mecánicamente sumido en su tormento. Hubiera debido permanecer soltero también. O, al menos, no casarse con Lucienne, a la que conocía muy bien antes de convertirse en su mujer. Ludovic había vuelto de Argelia, veamos…, en el 60…, de modo que Lucienne tenía apenas diez años. Y durante doce años la había visto crecer, desarrollarse poco a poco, siempre taciturna, empeñándose como una buena chica en sonreír cuando le traía un pequeño regalo, uno de aquellos juguetes de pacotilla que se encuentran en las estaciones y que él le llevaba para hacerla rabiar un poco. «¡Adivina lo que te traigo!». Ella le miraba con sus ojos de pequeña morisca, dulces y vacíos. Después de los animales de peluche llegaron las muñecas y, después de las muñecas, las joyas de imitación. A ella le encantaba lo dorado, la bisutería, y lo ocultaba todo, bajo llave, en un armario. «Pobre pequeña, decía Ludovic. Con todo lo que ha visto no es extraño que sea una chica cerrada. ¡Con la edad se le irá pasando!».

A los veinte años, Lucienne se había vuelto extrañamente atractiva, algo huraña y huidiza también, como esas bestias desconfiadas que olisquean mucho rato la mano que quiere alimentarlas. «Solo contigo será feliz —dijo un día Ludovic—. ¡La ayudarás a olvidar!».

El Mistral corría por entre las blanquecinas colinas que rodeaban Marsella. Chavane dejaría que Michel y Langlois se encargaran de las consumiciones. Tenía ganas de pensar hasta hartarse en su desgracia. ¡Casarse con Lucienne! Otra de las descabelladas ideas de Ludovic. Recordaba casi al pie de la letra la discusión que había mantenido con su padrino.

«Será como si me casase con mi hermana. ¡Una chiquilla a la que casi he tenido en las rodillas!».

Ludovic mordisqueaba su pipa. Era imposible charlar tranquilamente con él. La sangre le subía enseguida a la cabeza y las manos se le crispaban. Siempre a punto de saltar. Sin embargo, procuró justificarse lo mejor posible.

—Qué más quieres —decía—. Es joven, bonita; no habla mucho, es verdad. Pero eso es casi una cualidad. Yo me hago viejo; ya no soy una buena compañía para ella. Tiene que establecerse. En fin, tú la quieres un poco, ¿verdad?

—Sí. Claro. Pero es como una niña abandonada.

—¿Y qué?

—No te enfades. Solo quiero decir que… ah, es difícil… tiene que recordar, a la fuerza… Cuando la recogiste no era ya un bebé.

—Exacto. Tenía nueve años.

—Y ahora quieres pasármela.

—¿Cómo?

Ludovic, purpúreo, había levantado la mano.

—Retíralo…, ¡enseguida!

—Pero déjame hablar.

Ludovic, como si hubiera recibido el golpe con el que amenazaba a su sobrino, se había sentado sin aliento.

—Pasártela —decía abrumado—. Yo que tanto he hecho por ella… No comprendes nada, mi pequeño Paul. Si la hubieras visto como yo… sola… ante las ruinas de la granja incendiada… Estaba sentada en el patio, con las manos cruzadas sobre las rodillas, entre los cadáveres. No sé qué estaría esperando. Tal vez que volvieran los *fellaghas*. Me la llevé… y no para pasártela, como dices.

—Ya lo sé, padrino. Ya me lo contaste. No he estado muy acertado, es cierto. Pero, si esta boda se celebra, sabrá muy bien que ha sido una boda arreglada.

—¿Y qué?

—Bueno, creerá que la han recogido por segunda vez. Eso es todo. Y tal vez sea demasiado.

—¿Pero qué estás diciendo? —había exclamado, más sereno, Ludovic. Lo principal es que te ame. Y, puedes creerme, te ama.

Así había comenzado todo.

El sol estaba ya muy bajo en el horizonte y el estanque de Berre se alejaba entre los oros del crepúsculo. Chavane, cansado, se apoyó en la pared de la cocina. Eso era lo que le reprochaba a su oficio: jamás tenía tiempo para sentarse. ¿Y qué más? Nunca se había contado su propia historia. Por primera vez intentaba seguir sus episodios. La boda no se había celebrado enseguida. Él había ido demorándola con diversos pretextos hasta el día en que Ludovic sufrió su primera crisis cardíaca, afortunadamente benigna. Pero Ludovic se

había atemorizado. Aprovechando un momento en que Lucienne estaba ausente, había vuelto a poner la cuestión sobre el tapete.

—Eso es un aviso. Puedo irme en cualquier momento.

—Oh padrino, exageras.

—No, no. Sé lo que siento. Cásate con ella Paul. Así podré irme tranquilo. Os dejaré una buena herencia. Vivo con muy poco. He ahorrado bastante dinero de mi jubilación de comandante. No seréis desgraciados.

—No hay prisa.

—Hazlo por mí.

¿Cómo negarse? «Curioso destino, a fin de cuentas, —pensó Chavane—. Yo pierdo a mis padres en un choque. Lucienne pierde a los suyos en una matanza. Huérfanos los dos. ¡Si el tío no se hubiera encargado de nosotros…! Cierto es que yo ya estaba encaminado. Tenía un oficio. No le he costado ni un céntimo. Pero, en fin, ambos le debemos mucho. Y fue esa jodida gratitud la que nos empujó a hacerlo. Por gratitud dije sí. Por gratitud dijo sí Lucienne. Y por gratitud ambos dijimos sí en la iglesia y en el juzgado».

Valence. La noche y los primeros copos de nieve. El tren penetraba en el país del frío y el viento.

—Sería conveniente aumentar un poco la calefacción —dijo Amédée a los revisores que venían para beber una taza de café—. Con ustedes nunca hay término medio. O nos helamos o nos morimos de calor.

El Mistral aminoró la marcha, avanzó muy despacio. ¿Vías en reparación? ¿Accidente? Costaba tan poco perder un cuarto de hora… media hora… Los faros de los coches se sucedían en la vecina autopista, iluminando el blanco paisaje. Chavane sacó de su bolsillo la nota que, en Niza, le había entregado el subjefe de estación. Leyó:

Comisaria del distrito VIIIº
Calle de Anjou, 31

Aquello significaba que Lucienne había sufrido su accidente cerca de la Madeleine. Pero, si era así, no se dirigía a casa de Ludovic, que vivía junto a la Puerta de Versalles. ¿Por qué no se le habría ocurrido echarle una ojeada a ese papel? Eso le habría ahorrado… ¿Qué, en definitiva? Había creído tener una explicación y ahora era incapaz de elaborar una hipótesis verosímil. No. Lucienne no había podido perderse en aquel lejano distrito octavo. De noche. Con lo miedosa que era…

¿Y si, durante el día, hubiera extraviado sus documentos o alguien se los hubiera robado? Son cosas que suceden. En una tienda… se deja el bolso a un lado y, luego, se olvida, o ya no se encuentra… Aliviado, Chavane apartó de

su espíritu la angustia que le paralizaba. Había dado con la explicación. No cabía duda. Como Lucienne no había podido salir por la noche, en automóvil, un 7 de diciembre… y eso parecía indudable, era necesario admitir que otra mujer, llevando sus papeles, había chocado contra la farola.

¡Vamos! Todos sus temores habían sido vanos. Lucienne estaba sana y salva; el coche estaba intacto. Ni siquiera sería necesario poner a Ludovic al corriente.

Hasta Dijon, Chavane se sintió tranquilizado y fue de nuevo atento, rápido, eficaz. Luego, recordó una frase del subjefe: «¡Tienen muchos medios!» y, repentinamente, el pánico le humedeció las manos. Entre los documentos de Lucienne estaba la tarjeta del seguro en la que constaban el nombre, la dirección, el número de teléfono y, sobre todo, el nombre de la persona que debía ser avisada en caso de urgencia. Por lo tanto, primero, habrían telefoneado al apartamento. Era imposible que no hubieran telefoneado. Y no había respondido nadie. No había respondido nadie. Las palabras se confundían con el martilleo de las ruedas. De modo que era cierto. No le habían robado los documentos. Ella era la herida. ¿Adónde la habían llevado? ¿A qué hospital? Esperó cerca de la cocina y, en cuanto Amédée se quedó solo, le preguntó:

—Usted que es un parisino redomado, ¿conoce algún hospital en el barrio de la Madeleine?

—Ahora no. Antes estaba Beaujon… ¿Es por lo de su mujer?

—Sí. Tengo que ir a la comisaría de la calle de Anjou. Supongo que el accidente se produjo en el distrito octavo. Debieron de llevarla al más cercano.

—No obligatoriamente. Depende de las heridas, de las plazas disponibles, de un montón de cosas. Recuerdo que mi cuñado…

Se calló. Iba a decir que su cuñado había sufrido quemaduras graves. Pero no era el momento de aumentar el sufrimiento del infeliz Chavane.

—En la comisaría le informarán —concluyó—. Espero que no deba ir muy lejos.

—También yo lo espero —dijo Chavane.

Tal vez hubiera debido hablar de Lucienne, mostrarse comunicativo, solo para agradecerle a Amédée que estuviese allí, dispuesto a ayudarle. Pero prefirió marcharse para que no advirtiera que se sentía menos inquieto que furioso. ¿Y cómo avisar a Ludovic sin alarmarle demasiado? ¿Sería necesario decirle que estaba harto de Lucienne, que quería divorciarse e iba a iniciar las gestiones en cuanto estuviera curada? ¿Pero las iniciaría? En el fondo, pensó,

en cuanto trastornan mis costumbres estoy dispuesto a morder. Soy solo un pobre chiflado itinerante, una máquina de servir sopa. Si le sacaban de ahí, no servía de gran cosa. ¿Incapaz incluso de conmoverme ante lo que me ocurre? ¿Pero qué necesidad tenía de callejear por la noche?

Cayó de nuevo en el camino de los reproches y recorrió, hasta la náusea, sus razones para estar resentido con Lucienne y consigo mismo. Se asombró al distinguir, en la oscuridad de la noche, las luces de París. ¡Por fin iba a saberlo!

Se cambió, metió en su maletín las dos chaquetas blancas y confió la caja a Amédée.

—Dígale a Theuliére que lo compruebe, pero las cuentas son correctas. Y cierre el vagón. Yo no tengo tiempo. Tomaré un taxi. ¡Ah! Comunique también que, sin duda, tardaré un poco en reincorporarme al trabajo.

—No se preocupe, jefe. Les explicaré la situación. Quédese tranquilo.

—Gracias.

El Mistral recorría lentamente el andén. Chavane lanzó una última mirada a su espalda. Todo estaba en orden. Podía marcharse. Había, ante la estación, un ininterrumpido ir y venir de taxis.

—A la calle de Anjou… A la comisaría.

—¿Algún problema? —preguntó el taxista.

—¡Vamos, deprisa!

Todavía veinte minutos de temores, suposiciones, vanos interrogantes. El taxi le dejó ante la comisaría. «Sobre todo, pensó Chavane, no tener aspecto de culpable». Entró en una estancia muy caldeada donde un agente leía el periódico. Había preparado algunas frases explicativas y, ahora, se hacía un lío. El hombre le pidió la documentación. Chavane, mientras el otro la examinaba, miró a su alrededor sintiendo una opresión en el pecho. Presentía que aquella estancia desnuda y sin alma era el vestíbulo de un laberinto lleno de trampas del que no podría salir tan fácilmente.

—¿Ha muerto mi mujer? —murmuró.

—No, no… Está en el hospital Lariboisiére. No puedo decirle exactamente cuáles son sus heridas. Allí le informarán. Sabe usted, en la actualidad, los accidentes nocturnos… La gente circula como loca con el pretexto de que, debido al frío, no hay mucho tránsito.

—¿Dónde se produjo el accidente?

—El atestado de la brigada no ha llegado todavía. Pero, por fortuna, la noche pasada estaba yo allí. Bueno, es un modo de hablar… El accidente se produjo en el bulevar Malesherbes, hacia la iglesia de la Madeleine. ¿Ve

dónde le digo? El colega que trajo el bolso dijo que lo que quedaba del coche estaba ante el número 25. Hicimos que lo recogiera el Garaje de l’Ouest, que trabaja para nosotros. Y no había el menor rastro de frenazo. El coche le dio de lleno al farol.

—¿Un Peugeot 204, blanco?

—Sí… Y mejor será que le diga que el golpe fue de aúpa.

—¿Y a qué hora sucedió?

—A las tres.

Si el agente hubiera dicho otra hora, las once, por ejemplo, o medianoche, Chavane se hubiera sentido menos abrumado. ¡Pero a las tres! Había en aquella cifra algo monstruoso que desafiaba cualquier explicación.

—Seguramente iba a toda velocidad —comentó el hombre—. A las tres de la madrugada el bulevar está desierto. Alguien nos llamó, un anónimo claro. Tal vez un vecino que fue despertado por el estruendo, porque un coche que se estrella a ochenta por hora hace mucho ruido, se lo juro.

Chavane tenía ganas de gritar: «¡Basta, basta!». Demasiadas imágenes inaguantables le asaltaban. Estaba asfixiándose.

—Voy a buscar el bolso —dijo el agente—. Está todo; incluso los documentos de la víctima, por supuesto. Así pudimos localizarle. Pero lo pusimos de nuevo todo en su lugar.

Abrió un armario y sacó un bolso.

—¿Lo reconoce?

—Sí, claro.

Era un hermoso bolso de cuero con las iniciales L. C. Un largo arañazo lo recorría.

—Tendrá que firmar el recibo.

Chavane firmó y puso el bolso en su maletín.

—¿Cree usted que podré ver… a mi mujer? —preguntó casi avergonzado.

—A estas horas no lo creo. Tal vez mañana por la mañana. Pero el interno podrá decirle lo que tiene. Valor.

No dejaban de decirle: «¡Valor!». Como si lo peor tuviera que venir todavía. Chavane tomó el maletín y salió. Ante él revolotearon algunas mariposas nocturnas.

3

LE HICIERON ENTRAR en una sala desierta y desnuda, que le pareció tan inhumana como la comisaría.

—La enfermera de guardia vendrá enseguida.

Chavane se sentó con el maletín entre los pies. Se sentía humillado, rebajado y culpable de todo lo que no comprendía. Nunca acabaría de comparecer ante gente que le examinaría con desconfianza y, para empezar, Ludovic. «¿Dejabas que Lucienne saliera por la noche?… Si no os entendíais tenías que explicármelo». ¿Explicar qué? Y, una vez más, ¿qué relación había entre la carta y el accidente? Solapada, la idea de que Lucienne había intentado suicidarse pretendía instalarse en su espíritu y él la apartaba; la habría expulsado con sus manos si hubiera sido necesario. Era una idea nacida de la fatiga, de la repetición, de la soledad.

Además, nadie se mata arrojándose voluntariamente contra un farol.

A su espalda se abrió una puerta. Entró la enfermera. Iba vestida de blanco, casi como él en su vagón-restaurante, y aquello le devolvió la confianza, como si una secreta solidaridad les hubiera aproximado. Se levantó.

—¿Cómo está?… Soy el señor Chavane. Mi mujer tuvo un accidente la pasada noche.

—Está tan bien como cabía esperar.

—¿Puedo verla?

—Es demasiado pronto… Vuelva mañana.

—¿Y qué tiene, en definitiva?

—Siéntese, señor Chavane. Temimos una fractura de cráneo, porque tiene la marca de un golpe muy violento, en la parte izquierda de la cabeza. Cuando se produjo el choque, su mujer fue sin duda lanzada contra la portezuela, y si

el cinturón de seguridad no la hubiera sujetado, sin duda habría muerto. Pero las radiografías son muy claras; no hay fractura. Algunas equimosis en las manos, en un hombro…

—Es decir que lo superará —dijo Chavane.

La enfermera le miró con unos ojos que no debían de sonreír a menudo.

—No es seguro —dijo—. Por el momento está en coma.

Una palabra venenosa, como cáncer o infarto, que alcanzó a Chavane en el corazón.

—Mañana se practicarán otros exámenes —continuó la mujer—. Pueden producirse complicaciones. El doctor no quiere pronunciarse.

—¿Qué complicaciones?

—Bueno… el cerebro ha podido sufrir más de lo que parece.

—¿Y el coma puede durar mucho tiempo?

Inclinó la cabeza. Su mirada se dulcificó.

—Los hay que duran semanas, meses incluso… No puede afirmarse nada. Pero hay esperanzas. Y esperamos poder devolverle pronto a su mujer. Aunque, lo repito, de momento es imposible hacer un pronóstico.

Chavane no podía decidirse a partir.

—¿Y cómo es ese coma? —murmuró—. ¿Puede moverse?… ¿Me oiría si le hablara?

—Vuelva mañana por la tarde… O incluso a últimas horas de la mañana, después de las curas —dijo la enfermera pacientemente—. El doctor le informará.

Hizo un breve saludo con la cabeza y se retiró sin ruido. ¿Estaría perdida Lucienne? Pero la mujer había dicho que había esperanzas. El coma… No, exageraba. Puede durar unos días, unas semanas tal vez, y luego el enfermo despierta y, por lo general, está curado. Chavane intentó recordar algunos ejemplos. Había oído hablar de un empleado de la estación de Niza que había sido atropellado por un ciclista. También él había estado en coma, pero no por mucho tiempo. ¡No! Lucienne lo superaría.

Chavane tomó el metro para regresar a su casa. La fatiga actuaba como un licor y sintió un extraño alivio ante la idea de tomar posesión de su apartamento, solo, sin tener que preguntar: «¿Qué hay de nuevo?». Lo primero era telefonear a Ludovic que tal vez no se hubiera acostado todavía. Preparó mentalmente todas las explicaciones que debería dar para justificar aquella carta idiota que lo había originado todo. Ludovic se pondría del lado de Lucienne. Ella era la preferida.

Encendió todas las lámparas a medida que atravesaba las habitaciones, arrojó su maletín sobre la cama y buscó, con la mirada, el grueso libro. No estaba en la habitación. ¿En el comedor tal vez? Sí. Junto al aparato de televisión. Chavane lo abrió. Allí estaba todavía la carta. *Madame Lucienne Chavane*. El sobre estaba intacto.

Le dio vueltas y más vueltas. La cosa no tenía sentido. Si no había leído la carta, ¿qué estaba haciendo a las tres de la madrugada en el bulevar Malesherbes? Abrió el sobre para estar seguro; tomó la hoja de papel. *Querida Lucienne*… Y seguía el texto en el que tanto había trabajado. ¡En vano! Rabiosamente, rompió la carta y depositó los fragmentos en un cenicero lleno de colillas. Ahora el accidente se hacía absolutamente incomprensible. ¿La habrían llamado por teléfono? ¿Pero quién? No trataba a nadie. Apenas si intercambiaba algunas frases con los vecinos. Chavane miró la hora. Las doce y media. Ludovic protestaría. No importaba. Marcó el número; el timbre sonó largo rato. Por fin descolgaron.

—Oiga… ¿Eres tú, padrino?… Perdona si te he despertado.

—Claro que me has despertado —masculló Ludovic—. ¿Sabes qué hora es?

—Se trata de Lucienne. Ha sufrido un accidente. Está en Lariboisiére, en coma.

—¡En coma!

—Sí. Y puede durar días, semanas.

—¿Qué estás diciendo?

—La verdad, por desgracia. Me han avisado en Niza y acabo de ir al hospital. Conducía el coche y chocó contra una farola. Traumatismo craneano y algunos arañazos.

—¿Pero cuándo sucedió?

—La noche pasada… En el bulevar Malesherbes… A las tres.

—¿Cómo a las tres…? ¿Quieres decir a las tres de la madrugada?

—Sí. He pensado que tal vez podrías explicarme…

—Nada de nada, mi pobre Paul. Estoy asombrado… ¿Has hablado con el interno?

—No. Solo con la enfermera de guardia. De momento Lucienne no parece estar en peligro.

—Supongo que las visitas estarán prohibidas.

—Oh, no para nosotros. Pienso verla mañana. Solo un instante, pero, compréndeme, es tan extraordinario… Todavía me pregunto si no se habrán

equivocado, si realmente es ella la que está en el hospital. ¿Por qué habrá salido en plena noche?

—Sé tanto como tú… ¿No te dejó una nota?

—Es cierto, tal vez me la dejó. Estoy tan perturbado que no he pensado en ello. Voy a echar una ojeada.

Chavane dejó precipitadamente el auricular. Claro, había dejado una nota. Pero de ser así, la habría visto enseguida. Y, por mucho que mirara, nada llamaba su atención. Nada tampoco en la alcoba. Nada en la cocina. Nada en el vestíbulo.

—¿Padrino?… No veo ninguna nota.

—Es extraño… ¿Y su ropa? Tal vez sería un indicio.

—¿Quieres decir que…? Un momento. Vuelvo enseguida.

Chavane corrió hacia el armario y lo abrió. Lucienne vestía tan modestamente que al primer golpe de vista pudo ver qué se había puesto para salir. Faltaba su traje chaqueta *beige*, su abrigo deportivo y también el abrigo con cuello de piel de conejo. Y ni siquiera se había puesto las botas; como si solo hubiera salido a dar una vuelta por el barrio.

—¿Padrino?… Llevaba su traje chaqueta y sus zapatos amarillos.

—¿Y qué abrigo?

—Faltan los dos. Pero creo recordar que quería llevar uno al tinte.

Se produjo un silencio.

—Oye —dijo Chavane.

—Estoy pensando —respondió Ludovic—. Es tan extraño todo lo que me cuentas… ¿Y el coche? ¿Qué ha sido del coche?

—Lo recogió el Garaje de l’Ouest.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han dicho en la comisaría.

—¡Ah! Has hablado con la policía. ¿Y qué piensa la policía?

—¡Oh! No es fácil alarmarles. Según ellos es un banal accidente debido a un exceso de velocidad. Pero un exceso de velocidad, conociendo a Lucienne… ¡Siempre tenía miedo cuando conducía!

—Escúchame, Paul… De nada sirven nuestras suposiciones… ¿Te vas pasado mañana?

—No. Me tomaré unos días de vacaciones.

—Bien. Espérame mañana delante del hospital. Digamos a las dos y media. ¿De acuerdo? Y, por lo demás, los gastos de la grúa, la discusión con los peritos… Yo me encargaré. Ya tienes bastantes preocupaciones, mi pobre

Paul. Tómate un somnífero e intenta descansar. Ten en cuenta que Lulú es fuerte. No tardará en recuperarse, ya verás.

—Gracias, padrino. Buenas noches.

Chavane colgó, aliviado al haber confiado a Ludovic una parte de su fardo. Se preparó una taza de té. Si Lucienne hubiera estado allí, le habría preguntado: «¿Quieres?». Y ella no habría respondido. No, francamente, no le hacía falta alguna. Como no había encontrado la carta, como no tenía participación alguna en lo que había sucedido, no debía ya sentir el menor remordimiento. Sentado a un extremo de la mesa, en la silenciosa cocina, bebía su té a breves tragos golosos. El balance, en suma, era menos catastrófico de lo que había temido. Lucienne habría podido sufrir una de esas heridas que nos dejan inmovilizados, para toda la vida, en una silla de ruedas. Pero nada de eso había sucedido. Ahora se trataba de todo o nada: la muerte o la curación. Si Lucienne moría, se habrían terminado los problemas. Si se curaba, tras un tiempo prudencial, tendría que convencerla para que aceptara el divorcio, pero haciéndolo de un modo distinto, más franco. Todo resultaba un poco sórdido, claro. Eran pensamientos de las dos de la madrugada, bestias nocturnas.

Chavane lavó su taza, devolvió cada cosa a su lugar, algo que Lucienne no hacía nunca. Tomó una ducha, se puso el pijama y regresó a la alcoba. El maletín seguía sobre la cama. Recordó de pronto que tenía el bolso de Lucienne. Tal vez el bolso le revelara algo interesante. Lo sacó del maletín y lo vació sobre la cama. El espejo, la polvera, el lápiz de labios, unos *kleenex*, el encendedor, el portamonedas, la cartera y un pequeño pañuelo de encaje que jamás había visto o, mejor dicho, en el que jamás se había fijado. En el monedero había cuatro billetes de diez francos y algunos billetes de metro. Por fin, en el fondo del bolso, descubrió el manojo de llaves pero, además, en el compartimento lateral, había otro objeto que abultaba. Buscó y pudo sacar un segundo manojo: tres llaves unidas por un aro, una de ellas de complicado diseño y que llevaba inscrita su marca: Fichet. No se parecía a ninguna de las llaves de la casa. ¿Qué significaban aquellas llaves? ¿Y por qué Lucienne las había ocultado, en cierto modo, en un compartimento de su bolso asegurado por un cierre a presión?… ¿De quién debían de ser esas llaves? Maquinalmente, Chavane abrió la cartera y se aseguró de que los documentos estuvieran en su lugar: carnet de conducir, los papeles del coche, el seguro, el carnet de identidad. No faltaba nada. Había también un resguardo azul entre el carnet de conducir y el de identidad. Chavane lo tomó examinándolo

distraídamente: *Tintorería Moderna - calle Pierre-Demours, 24 - París, XVII*. La tarjeta llevaba un número de registro: *192*.

Un nuevo misterio. ¿Por qué había ido Lucienne al distrito XVII para que le limpiaran una prenda, uno de los abrigos sin duda, si a doscientos metros tenía una tintorería donde trabajaban muy bien? Pero lo había hecho. Tal vez Lucienne había recogido un resguardo que alguien había extraviado. ¿Pero y las llaves? ¿Las habían perdido también? Chavane se encogió de hombros y murmuró: «A fin de cuentas me importa un pimiento. ¡Ya no es cosa mía!». Metió desordenadamente los objetos en el bolso, lo tiró en un sillón y sacó del maletín las dos chaquetas blancas, colgándolas cuidadosamente de una percha. El maletín ocupó su lugar en el estante. Se acostó, cruzó las manos bajo la nuca. Las comidas iban a ser un problema. Un restaurante, claro. ¿Pero cuál? Sabía perfectamente cómo cocinaban en los restaurantes. Pasó revista a algunos establecimientos del barrio sin que ninguno le convenciera. Ya vería más tarde. El agente de policía le había dicho: bulevar Malesherbes, en dirección a la Madeleine. Y el número 25, ante el que se había producido el accidente, tenía que estar muy abajo, cerca de la plaza. De modo que Lucienne regresaba. Además, el resguardo de la Tintorería Moderna probaba que, de vez en cuando, iba al distrito XVII. Tomaba el bulevar Malesherbes y, desde la Madeleine, solo tenía que seguir por los muelles para regresar.

¡Pero no a las tres de la madrugada! Esa hora era peor que un insulto. Una idea le cruzó repentinamente por la cabeza: Lucienne le engañaba. Estuvo a punto de soltar una carcajada. ¡Lucienne! ¡Vamos! ¡Con lo indolente y comodona que era! Aunque hubiera sentido deseos de engañarle no habría tenido energía suficiente. ¡Ah, cómo le gustaría que le hubiese engañado! Pero no, no iba a tener tanta suerte.

Apagó la luz y busco una posición propicia al sueño. Sus pensamientos se hicieron difusos. «A mí no, se dijo con un postrer fulgor de conciencia. A mí no me haría eso».

Despertó mucho más tarde que de costumbre y se incorporó angustiado. «¡Dios mío, he perdido el tren!», luego recibió en pleno rostro, como una perdigonada, el montón de sus recuerdos. La comisaría, el hospital, las llaves, el resguardo… y se levantó con las piernas vacilantes. El café, la limpieza, la solicitud de algunos días de permiso que debía formular… Le concederían tres días, más no. Estuvo a punto de llamar enseguida a Ludovic para hablarle de sus descubrimientos, pero era demasiado orgulloso como para comunicarle

la absurda sospecha que había concebido. Además, Ludovic se enfadaría. ¡No debía tocar a Lucienne! Y tendría razón. En cambio, tenía que aclarar primero el asunto de la tintorería de la calle Pierre-Demours.

Antes de salir llamó al hospital. Una voz de mujer, al cabo de largo rato, le comunicó que el estado de la herida era estacionario. Esperaba esa respuesta pero, sin embargo, le irritó como si Lucienne hubiera decidido callar. Luego se reprochó dar tanta importancia a misterios que, sin duda, iban a explicarse del modo más banal. Y advirtió de pronto que tal vez en el coche encontrara todavía objetos olvidados por la policía pero que, para él, estarían cargados de sentido. Buscó en el listín telefónico la dirección del Garaje de l'Ouest. Estaba a pocos minutos de la calle Pierre-Demours. Le caía de paso. Y, además, tenía mucho tiempo. Se sentía horriblemente ocioso. Miró la hora: las nueve y media. Sin duda le reemplazaría el gordo Lambret. No se entendía demasiado con Amédée. Pero los tres días pasarían enseguida. Contó con los dedos. «El miércoles próximo, pensó. El miércoles volveré al trabajo».

Suspiró y fue a consultar el termómetro de la ventana. Dos bajo cero. Un día de abrigo y bufanda. El viento fue golpeándole hasta que llegó a la boca del metro. El frío hacía más incomprensible todavía el comportamiento de Lucienne. ¿Por qué misteriosa razón había salido siendo tan friolenta? A su pesar, Chavane le daba vueltas y más vueltas al problema y, cuanto más examinaba cada uno de sus aspectos, más se aguzaba su rencor. Era como un desafío que le apetecía aceptar, pese a no sentirse directamente concernido por los acontecimientos que habían tenido lugar en su ausencia. ¡Precisamente por eso! No iba a tolerar que Lucienne tuviera, por decirlo de algún modo, una vida privada cuando él estaba ausente.

No le costó encontrar el garaje y un encargado… de nuevo alguien vestido de blanco… le llevó hasta los restos del coche. El Peugeot había recibido un buen golpe. El capó estaba doblado y el motor perdía sus entrañas.

—Está listo para el desguace —dijo el encargado—. Esos coches pequeños son muy débiles.

—En la policía me dijeron que circulaba muy deprisa.

—Tal vez no. A 50-60, un choque contra un obstáculo delgado y duro provoca daños profundos y que pueden ser considerables. Mire: el radiador está decapitado. Y también el motor ha recibido bastante. ¿Lo tiene a todo riesgo?

—No. Un seguro normal.

—¡Ay! Como ignoran quién le dio el golpe, la cosa le costará un riñón.

Chavane se sobresaltó.

—¿Qué quiere decir?

El encargado le tomó por el brazo y le llevó a la parte trasera del coche.

—Fíjese en el parachoques… ¿Ve estas marcas…? Como si el metal hubiera recibido unos martillazos… El ala izquierda algo torcida… Eso habla; acusa. A mi entender alguien se divirtió persiguiendo el pobre coche, dándole golpes con la delantera para asustar a su mujer, hasta que perdió el control. Por la noche hay bastantes inconscientes que se dedican a ese jueguecito. Pero, por lo general, fuera de París. Que yo sepa, es la primera vez que juegan a los autos de choque en el centro de la ciudad.

—La policía piensa que fue un accidente —objetó Chavane.

—Oh, la policía. Cuando algo les molesta invocan a la fatalidad.

—Siempre puedo hacer una denuncia.

—¿Contra quién…? Su denuncia acabará en la papelera. No, deseemos que su mujer se recupere pronto y, luego, intente olvidar.

Chavane abrió la portezuela menos bloqueada y examinó el interior del vehículo.

—No hay nada —dijo el encargado—. Ya lo he comprobado.

—¿Y la guantera?

—Vacía.

Chavane reflexionó.

—Es decir —murmuró—, que han intentado matar a mi mujer.

El encargado pareció sopesar los pros y los contra.

—Yo diría más bien que se trata de una broma estúpida. ¿Tenía enemigos?

—¡Oh, claro que no! —exclamó Chavane.

—Bueno… Pues ya ve. Se trata de un simple suceso. Naturalmente, le he hablado de hombre a hombre porque eso me da náuseas. Pero no lo tenga en cuenta. Al fin y al cabo, puedo equivocarme.

Acompañó a Chavane hasta la entrada del garaje, y al pasar se detuvo ante un Citroen acariciando el capó.

—Es una buena ocasión —advirtió—. Si le interesa…

Chavane le estrechó la mano y se dirigió a la calle Pierre Demours. ¿Quién habría querido matar a Lucienne? Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Tendría que hablar de ello con Ludovic. Un antiguo comandante de la gendarmería debe de saber llevar a cabo una investigación. Imaginó la escena, el coche perseguidor encarnizándose, Lucienne acelerando, enloquecida por el miedo, y luego la farola brotando como un proyectil. Pero, incluso en ese caso, ¿por qué haber salido en plena noche? Luchaba contra su emoción y, al

mismo tiempo, se reprochaba no poder sentir una mayor. Tendría que estar desesperado. Detenido al borde de la acera, turbado por el flujo de sentimientos desconocidos y contradictorios, se preguntó cómo se reconoce que se ama. Se puso de nuevo en marcha. Tenía frío. ¡Qué sencillo era todo cuando corría hacia Niza!

En la Tintorería Moderna entregó el resguardo a una empleada que le trajo enseguida un abrigo que conocía muy bien, el del cuello de piel de conejo que Lucienne había comprado, un año antes, en unos almacenes del bulevar Diderot. Tendió a la empleada un billete de cien francos y, mientras ella buscaba el cambio en la caja, registró los bolsillos con gesto maquinal. En el bolsillo derecho, pegada al forro, había una delgada cartulina.

—Se lo envolveré —dijo la empleada.

Retrocediendo unos pasos, Chavane lanzó una ojeada al tarjetón.

Galería Berger
calle Bonaparte, 40
París VI
Retrospectiva de pinturas y dibujos
de Vincent Borelly
Inauguración el viernes 8 de diciembre de 1978
a las 6 de la tarde.

«¡Pero si estamos a 8 de diciembre!», pensó Chavane. ¿Quién pudo darle esa invitación y por qué la había conservado?

La empleada le tendió el paquete. Nunca supo cómo había regresado a su casa de tanto como le absorbieron sus reflexiones. A Lucienne la pintura no le interesaba en absoluto. Pero tal vez conociera a aquel Vincent Bonelly del que nunca le había oído hablar. A fin de cuentas, ¿por qué no?

¿Tal vez le hubiera conocido por casualidad, durante un paseo? Pero no le gustaba pasear sola y, además, ¿por qué iba a ocultarle ese encuentro? Había una explicación mucho más sencilla: en primer lugar, no se trataba de una verdadera invitación sino de una tarjeta publicitaria, de la que se habían impreso miles de ejemplares. Lucienne la había encontrado en el buzón, al salir, y se la había metido en el bolsillo… Chavane perdía el hilo porque las palabras del encargado del garaje lo enmarañaban todo. ¿Quién podía querer matar a Lucienne? Chavane decidió ir a la Galería Berger.

Visitó la nevera, que contenía algunos huevos. Se hizo una tortilla y comió en un rincón de la mesa pensando que, en aquel mismo instante, Amédée debía de estar preparando las truchas a la Cleopatra. Fuera de su restaurante no era ya nadie, no era nada. Estaba comiéndose un pan muy pasado, un verdadero pan de vagabundo. Y de pronto una sospecha le

atravesó como un disparo: aquel pan tenía varios días, pero a Lucienne le gustaba el pan fresco. ¿Dónde habría comido, entonces, durante esos dos días? Pan duro, una nevera casi vacía… Puso el cuchillo y el tenedor en el plato, incapaz de tragar un solo bocado. ¿Qué más descubriría? ¡Si al menos esos signos se organizaran de un modo coherente! Pero seguían siendo ambiguos y vagamente amenazadores. ¡Qué tarde le esperaba! ¡Primero el hospital y luego la galería! No sabía qué lugar le daba más miedo. Tal vez la galería.

Cuando llegó al hospital, vio a Ludovic esperándole en su viejo Renault.

—No tienes buen aspecto —observó Ludovic.

—Tú tampoco, padrino.

Les condujeron a una salita muy blanca, al final de un largo pasillo.

—El doctor Vinatier les recibirá enseguida —dijo la enfermera.

Chavane, impresionado por el silencio, prefirió de pronto guardarse, provisionalmente, todo lo que había sabido la víspera. El Mistral debía de estar llegando a Dijon.

4

LUDOVIC hizo las presentaciones.

—Siéntense señores —dijo el doctor Vinatier.

Él mismo se sentó tras una mesa atestada y miró a ambos hombres como si fueran pacientes. Tenía unos ojos muy pálidos, algo fijos, que intimidaban.

—No voy a infligirles una lección —continuó—; el estado de la señora Chavane es preocupante. De momento nos es imposible definir con seguridad el coma con el que nos enfrentamos. Hay muchas clases de coma. Les ahorraré sus nombres. Digamos, para simplificar, que hay comas leves, comas graves, agudos, reversibles e irreversibles. Y, por desgracia, creo que se trata de un coma agudo. Estamos realizando análisis. Hasta ahora no son demasiado reveladores, pero lo cierto es que el golpe produjo en alguna parte del cerebro una lesión que determina un estado de descerebración o, si lo prefieren, un estado de consciencia gravemente alterado. Es imposible prever la evolución de la enfermedad. La señora Chavane puede permanecer mucho tiempo todavía sin conocimiento o puede volver en sí en los próximos días… aunque me extrañaría mucho.

—¿Sufre? —preguntó Ludovic.

—Seguramente no siente dolor tal como nosotros lo entendemos. Y tengo razones para pensar que no sufre. Sin embargo, como podrán comprobar, no permanece totalmente inmóvil. Pueden observarse muecas faciales, movimientos de masticación, contracciones de la mano izquierda. Como imaginarán, nos veremos obligados a tenerla con nosotros algún tiempo. En primer lugar, debemos efectuar todavía bastantes exámenes. Y, luego, es un caso interesante, realmente muy interesante. Naturalmente podrán verla cuando lo deseen. Incluso por la mañana. Ahora está en una habitación

individual. En resumen, el pronóstico no es bueno pero tampoco es desesperado. ¡Vengan! Podrán comprobarlo ustedes mismos.

Les precedió por un pasillo que llevaba a un montacargas donde había una camilla vacía.

—Por fortuna —continuó el doctor Vinatier—, no necesita respiración asistida, y eso simplifica mucho los cuidados.

—¿Cómo se alimenta? —preguntó Chavane.

—¿Por vía intravenosa, supongo? —intervino Ludovic.

El doctor volvió hacia él la cabeza y asintió.

—Soy comandante de la gendarmería retirado —explicó Ludovic—. Como comprenderá he visto muchos heridos.

¿Qué necesidad tenía siempre de destacar? Lucienne no era su mujer. «¡Claro que tampoco lo es demasiado mía!», se dijo Chavane.

—La alimentamos con aminoácidos puros —prosiguió el doctor. Y, naturalmente, le administramos con regularidad antibióticos para evitar las complicaciones pulmonares.

El ascensor subía lentamente. Ludovic y el médico parecían no hacer ya caso a Chavane. El médico empleaba ahora un vocabulario técnico, como se hace con un colega. «… Materia subcortical… diencéfalo… tronco cerebral…». Chavane no les escuchaba. ¿Cómo se organizaría si Lucienne permanecía mucho tiempo sin conocimiento? ¿Y cuánto costaría todo eso? Estaba la Seguridad Social, claro, pero de todos modos…

El ascensor se detuvo. La habitación estaba a dos pasos. El doctor empujó la puerta. Chavane entró y la vio. Un apósito le cubría la frente. Tenía los ojos cerrados. Su rostro blanquecino parecía una máscara de cartón. Sus brazos estaban extendidos sobre la sábana, con las manos abiertas, inmóviles. Al lado de la cama, colgaban de un soporte frascos y tubos de goma, uno de los cuales se introducía en su nariz mientras otro desaparecía bajo el cobertor. Chavane no se atrevió a avanzar. Pero el doctor le empujó suavemente.

—Hemos tenido que cortarle una parte de los cabellos —murmuró—. Pronto volverán a crecer.

Tomó una mano de la herida.

—Casi no tiene fiebre; la piel está fresca. ¿Ven?, cuando se la toca crispa un poco los dedos, pero es un simple reflejo.

Una enfermera, cuya presencia Chavane no había advertido, avanzó hasta los pies de la cama y el doctor la presentó a ambos visitantes.

—Es Marie-Ange —les explicó—. La abnegación personificada.

Marie-Ange sonrió. Tenía unos cuarenta años y las resbaladizas maneras de una monja. Intimidado, Chavane miraba a Lucienne preguntándose si, en presencia de todos aquellos testigos, no debería besarla. Tocó casi atemorizado su mano y le asombró sentirla flexible y viva.

—Dígale algo a su mujer —dijo Marie-Ange.

—Marie-Ange tiene razón —dijo el doctor—. El sonido de una voz amada puede ser tan eficaz, en ciertos casos, como un medicamento. Hay que intentarlo.

Chavane se inclinó sobre el rostro grisáceo, percibió la mínima respiración que silbaba de modo casi imperceptible.

—Lucienne —murmuró.

Los otros formaban un círculo.

—Lucienne… querida…

Hacía muchos meses, más tal vez, que no le había hablado en ese tono y las palabras se le agarraban a la garganta.

—Está usted demasiado conmovido —dijo Marie-Ange—. Lo hace mal. Tiene que hablarle como si le oyera, contarle sus pequeñas cosas, ¿entiende?, exactamente como cada día. Les dejamos. Cuando vuelva, no olvide traer camisones y pasar por secretaría. En caso de necesidad, ahí está el timbre. Pero no tenga miedo. Vigilamos constantemente a su mujer. Valor, señor.

El doctor quiso también salir. Chavane le retuvo.

—¿Tendré que dejar mi empleo durante mucho tiempo? —preguntó—. Trabajo en el Mistral y estoy ausente cuatro días por semana; dos veces dos días.

—Por el momento no haga nada —respondió Vinatier—. Si este coma se prolongara mucho tendríamos que adoptar nuevas disposiciones, pues el hospital anda corto de camas. Pero dudo mucho que su estado permanezca estacionario. O mejorará o…

Hizo un gesto fatalista y estrechó la mano de Chavane. Eran un poco más de las cuatro. El Mistral debía de estar pasando frente al monumento levantado a la memoria de Niépce, justo después de Chalon-sur-Saône. ¡Qué suerte tenían los compañeros! Ludovic se había sentado a la cabecera de Lucienne y le hablaba en voz baja, como si quisiera arrullar a un bebé. «Que le cuente mis pequeñas cosas, pensó Chavane. ¡Qué idiota! Es ella la que tiene que contar, no yo. ¡Y está tan lejos!». Se quitó el abrigo porque tenía demasiado calor y se sentó al otro lado de la cama.

El tío se mantenía callado. De vez en cuando lanzaba una afligida mirada a su sobrino, por encima del cuerpo inmóvil. En las botellas, el nivel de los

líquidos descendía lentamente, como los finos granos caen en un reloj de arena, midiendo la vida que se va. Chavane pensó que debería volver cada día y permanecer, por decencia, largas horas en aquella habitación asfixiante, cara a cara con aquel… Buscó la palabra: ¿cadáver? No, no tanto; claro que, en cierto sentido, era todavía peor. No tenía nombre. E intentó revivir recuerdos capaces de despertar en él una emoción, un estremecimiento del alma, algún impulso que le acercara a aquella cosa inerte que, antaño, había tenido entre sus brazos sin, lamentablemente, conseguir llevarla al placer. El olor a farmacia que reinaba en la habitación era, por misteriosa correspondencia, el mismo de su frustración y su sequedad. Consultó disimuladamente su reloj. Por fin, dirigió una señal a Ludovic y se puso el abrigo. En el pasillo, buscaron el ascensor.

—Me ocuparé de ella cuando no estés —dijo Ludovic.

Bajaron silenciosos, distraídos. En el patio, Chavane detuvo a su tío.

—¿Crees que saldrá de esta? Francamente.

—No lo sé —dijo Ludovic—. Pero si tiene que permanecer meses y meses en ese estado, mejor será que muera. ¿Regresas a casa?

—Sí. Tengo que hacer unas cosas.

—Ya lo sabes, si te apetece ven a vivir conmigo. Siendo dos, podremos soportarlo mejor.

—Tal vez —respondió Chavane.

—Bueno —continuó Ludovic—. Me voy al garaje a ver qué puede hacerse.

Chavane no tuvo el valor de decirle que él había ido ya. El espectáculo de Lucienne medio destruida había hecho que algo se deshiciera en su interior. Le vacilaban el cerebro y las piernas. Entró en un bar, bebió un coñac y, luego, otro. Sacó de su cartera la invitación. *Galería Berger - calle Bonaparte, 40*. ¿Para qué ir? Nunca había puesto los pies en una galería de arte. ¿Iban a preguntarle el nombre cuando entrara? ¿Vestía adecuadamente?… Se examinó en el espejo que reflejaba el largo mostrador de estaño. Su abrigo era de buen corte. Lo criticable era su rostro. Insuficientemente intelectual. Vulgar, ¡eso es! Vulgar. Adecuado para un jefe de brigada, pero no lo bastante distinguido para alguien que iba a fingir estar interesado en la pintura de aquel… ¿cómo se llamaba…? ¡Borelly! Vaciló unos instantes. ¿Por qué perder inútilmente una hora? ¿Qué esperaba encontrar? Era como un perro extraviado siguiendo inciertos rastros. Si Lucienne había conservado aquella invitación, era que tenía la intención de ir; tal vez para hablar con alguien… Además, ¿qué importancia tenía perder allí

una hora o perderla en otra parte? Siempre podría echar una ojeada, como un viandante que, atraído por un cuadro, se detiene y vuelve sobre sus pasos. «Caramba, no está mal. Veamos el interior».

Se bebió un tercer coñac sin conseguir entrar en calor. Fuera, atravesaban la noche copos que no dejaban de posarse en sus mejillas, en sus párpados, dejando una fugitiva huella de lágrimas. ¡Las dieciocho diez! La imagen del Ródano, brillante de estrellas, un poco después de Valence, se asomó a su espíritu. Se sintió de pronto tan desalentado que llamó un taxi para probarse… Buscó por un instante lo que tanto quería probarse, luego se acurrucó y cerró los ojos. No quería seguir viendo esa ciudad en la que Lucienne llevaba, cuando él estaba ausente, una vida misteriosa y, probablemente, culpable. Pero se juró que, si le engañaba, descubriría a su amante. No para pegarle y dar un espectáculo, sino para probarse… Y una vez más su pensamiento se dispersó. ¿Tal vez quería probarse que era el más fuerte? No tenía sentido. Y sin embargo notaba claramente que estaba perdiendo su libertad, que nunca trataría ya de divorciarse, que Lucienne, al borde de la muerte, le tenía cogido con más fuerza que una amante y era indignante, odioso… Un poco repugnante también.

Le sorprendió encontrarse de pronto ante la galería. Había mucha gente. Se detenían otros taxis. Vaciló ante la puerta, vagamente avergonzado, como si se dispusiera a pedir limosna; pero nadie le prestaba atención. Entró. Ante las telas había ya empujones. Unos camareros con guantes blancos circulaban con bandejas. Chavane tomó un oporto, se fijó en los guantes del hombre, no muy limpios, en su pajarita de un negro brillante, y se formó enseguida mala opinión de aquel Borelly. El cuadro que pudo entrever entre dos cabezas y una hilera de hombros le dejó consternado. Era una especie de superposición de cubos multicolores que se diluían en manchas negruzcas. Un caballero flaco, de ojos enfebrecidos, le dijo a su vecino:

—Es de la primera época de Borelly. Advertirá usted que, en vez de ir del realismo a lo abstracto, ocurre lo contrario. Fue de lo no figurativo a cierto verismo que no carece de encanto…

Y añadió en tono sarcástico:

—… y que le hizo ganar mucho dinero. Sobre todo sus retratos. Hay uno sobrecogedor. ¡Venga!

Chavane les siguió. La galería formaba un recodo. La multitud era cada vez más densa. De vez en cuando podía ver un fragmento de cuadro; el mar aquí; un grupo de jugadores de petanca allá.

—Ya estamos —dijo el hombre de ojos vivaces—. Es un modo de hablar, claro. Veamos si nos dejan acercarnos.

Se deslizó entre dos mujeres con abrigos de visón, fue abriéndose paso poco a poco, seguido por su compañero y Chavane. Entre el tumulto, Chavane escuchó: «¡Es el retrato de Layla!».

Un remolino le llevó de pronto a primera fila. Layla era Lucienne.

Palpitándole el corazón, intentó en vano negarse a la evidencia. Si era Layla, no podía ser Lucienne. Se esforzó, tendiendo el rostro, como si pudiera ventear en aquella tela que olía a barniz otro aroma distinto.

«No hubiera debido beber», pensó.

El hombre de ojos oscuros tendía el brazo y seguía con el dedo, en el espacio, una curva invisible.

—Ese trazado —decía—, esa línea flexible del cuello. ¡Es tan voluptuosa…! ¡Tiene más fuerza que un desnudo!

«¡Falso! —aulló silenciosamente, en Chavane, una voz desconocida—. ¡Es falso! ¡Dejen tranquila a Lucienne, por favor!».

—¿Layla? —preguntó el otro—; ¿qué significa eso?

—«La muchacha de la noche», y le va bien. Ya sabe que tiene sangre árabe. La genial aportación de Borelly es haber imaginado ese tocado, con los pendientes en forma de media luna que se clava en una estrella.

—¿Era su modelo habitual?

—Oh, supongo que más todavía. Borelly fue siempre un calentorro.

Los dos hombres retrocedieron y desaparecieron, dejando a Chavane ante el cuadro.

«¿Qué puede importarme a mí eso? —se dijo—. Tiene un amante, lo sospechaba». Pero la voz no permitía que la amordazaran. «Lucienne, diles que es un sosias. ¡Dios mío! ¡Sé perfectamente que es un sosias!».

Sí, por fuerza tenía que serlo. Dio media vuelta buscando otro oporto. Sus manos temblaban como las de un drogado y derramó un poco de vino en la solapa de su abrigo. En las riberas mediterráneas no faltan rostros de inmensos ojos, en los que los reflejos sustituyen a la mirada. Y aquella tez algo bronceada, de melocotón olvidado en el árbol, es muy común. En Niza, por ejemplo… Miró, maquinalmente, la hora. Las diecinueve diecisiete… Falta un poco más de una hora para llegar… Divagaba. Empujado a derecha e izquierda, con su vaso vacío en la mano, ensordecido por el ruido de las conversaciones, no era ya capaz de elaborar una idea coherente. Solo estaba seguro de una cosa: no era Lucienne. Y, como prueba…

Volvió, no sin trabajo, sobre sus pasos y se halló de nuevo ante la tela. Esta vez no cabía duda. Lucienne había sido maquillada y ataviada por el pintor de un modo que le daba un extraño atractivo. Pero bastaba ocultar con una mano la peluca negra y lisa, como pelaje, que le daba aspecto de gata, para encontrar la auténtica Lucienne, la que se pasaba el día paseando en bata por la casa, con dos trencitas de colegiala balanceándose en la nuca. Para el marido no debía molestarse. Si se salía con él, bastaba con arrollarse un turbante alrededor de los cortos cabellos. La peluca, las mejillas maquilladas, los pendientes eran para el amante, para el amor. «La muchacha de la noche». Una zorra, eso era. ¡Una puerca!

Chavane contemplaba el cuadro con un indignado estupor. Como en sobreimpresión vio de nuevo aquel rostro parecido, bajo los vendajes, a una figura de cera y, luego, el otro rostro, el del despertar, el de todos los días en el que no se fijaba ya desde hacía mucho tiempo. Se sentía abominablemente estafado. ¿Quién sabe si Borelly no tendría telas mucho más atrevidas que aquel busto? Y si no las expondría algún día. ¿Dónde estaría el tal Borelly? Chavane comenzó a buscar entre los invitados cada vez más numerosos. Al entrar, los visitantes saludaban a un hombre vestido de azul marino y condecorado, que no estaba allí cuando Chavane había llegado. ¿Sería Borelly? Chavane se acercó.

—¿Señor Borelly?

El otro le miró de arriba a abajo, sorprendido y vagamente reprobador.

—¿Desea usted ver a Vincent Borelly…? Pero hombre, si hace dieciocho meses que murió. Soy el señor Berger, el organizador de esta retrospectiva.

Chavane se ruborizó violentamente.

—Perdóneme… Estaba fuera de París y…

Berger le daba ya la espalda y tendía la mano a un anciano que flotaba en una larga pelliza.

—Querido maestro…

Chavane salió, furioso. Tenía la impresión de que acababan de ponerle de patitas en la calle, de que era indigno de ser admitido entre aquellos artistas, aquellos críticos de arte, aquellos periodistas, todos aquellos privilegiados… En cambio, Lucienne… ¡No cabía duda! A ella el tal Berger la habría recibido solícitamente. Le habría besado la mano, la habría presentado a sus amigos… ¡Era absurdo, totalmente inimaginable! ¡Caramba! ¡Habría venido con su cuello de piel de conejo, acabado de salir de la Tintorería Moderna, y su turbante! ¡Vamos! Chavane no sentía ya el frío. Caminaba deprisa y, luego,

aminoraba la marcha cuando estaba a punto de atrapar una verdad que se le escapaba enseguida.

Borelly nunca había sido su amante, pero había otro que la amaba lo bastante… Más todavía, que estaba lo bastante orgulloso de ella… para encargar al pintor aquel retrato, el retrato de Layla. Qué ridículo era aquel nombre exótico. Y ese otro debía de regalar a Lucienne los atavíos que necesitaba, cuando la llevaba a cenar a algún lugar encantador. ¡Cómo debía de despreciar el vagón-restaurante del Mistral! No, decididamente lo veía demasiado negro. Si lo que estaba imaginando era cierto, ¿por qué había permanecido a su lado Lucienne…? Pero, como tenía una respuesta para todo, se dijo enseguida que Lucienne no se habría atrevido a enfrentarse con Ludovic, cuya intransigente honestidad conocía. De modo que solo era una zorra de media jornada.

Rio sarcástico y descubrió que estaba muy cerca de su casa. Había hecho, como un sonámbulo, el trayecto en metro. Ya en casa, con los pies en las pantuflas y de espaldas al radiador, borró de su espíritu la novela que había construido; elaboró enseguida otra, menos corrosiva. Lucienne había sido en efecto amante de Borelly… solo de pasada… el tiempo de pintar el cuadro. Y, luego, Borelly había muerto y ella le había olvidado. Lo probaba la invitación encontrada en el bolsillo del abrigo que había llevado a la tintorería, como algo sin importancia. ¿De dónde había sacado él que Lucienne frecuentaba un mundo al que, evidentemente, nunca tendría acceso? Como él mismo, por otra parte. Gentecilla, eso es lo que eran.

Sonó el teléfono sacándole del pantano de sus viscosos pensamientos.

—¿Paul…? ¿Ya has regresado?

—Sí. Hace un momento. Me ha entretenido un compañero que quería llevarme a una reunión sindical. Pero tengo en la cabeza otros problemas que la huelga.

Mentía con una facilidad y una naturalidad que le dejaban estupefacto.

—He visto el coche —continuó Ludovic—. Evidentemente está en muy mal estado. Claro que puede repararse. No hay que hacer mucho caso de lo que dicen los mecánicos. Sobre todo este, que solo piensa en colocarnos una ocasión.

—¿Te ha recibido el encargado? ¿Uno rubio que lleva bata blanca?

—¿Cómo? ¿También has ido?

—Sí. Olvidé decírtelo.

—He visto al director.

—¿Tiene alguna idea sobre la causa del accidente?

—No. Hemos quedado en ver al experto. Todo seguirá su curso; no tienes por qué preocuparte. Además, te compraré otro coche.

—De ninguna de las maneras.

—Sí, sí, insisto.

Chavane vaciló. ¿Tenía que mencionarle a Ludovic la hipótesis del encargado? El Peugeot perseguido, golpeado en la parte trasera, empujado… No. Se reservaba la investigación. Era una decisión que se había tomado sola, sin que él interviniese.

—¿Oye? ¿Paul? Creí que se había cortado.

—Estaba pensando en Lucienne. ¿La veías a menudo cuando yo no estaba?

—La telefoneaba de vez en cuando, ¿por qué?

—Oh, por nada… Me decía que si se hubiera encontrado mal o le hubiera preocupado algo… raro, te habrías dado cuenta.

—¿Piensas que, en un momento de depresión, podía intentar fugarse?

—Sí. Algo parecido.

Silencio. Ludovic pensaba.

—Es curioso —dijo—. Yo he tenido la misma idea. Pero no, no lo creo. Ya sé que siempre ha sido muy suya. Mentía a menudo, cuando era pequeña, pero solo para contar historias. Todos los chiquillos hacen lo mismo, más o menos. Tenía su mundo particular y quería protegerlo. Su primera infancia, la de antes del drama, no la conozco, claro, y nunca intenté provocar sus confidencias. Pero ya no es una mocosa. Debe de saber lo que hace.

—¿Crees que podía tener una amiga de la que no me hubiera hablado nunca?

—No es imposible. Hemos creído que había salido en plena noche, y eso no tiene pies ni cabeza. Pero muy bien pudo pasar la tarde y parte de la noche en alguna parte, y tener el accidente cuando regresaba. Me dirás que, de todos modos, era muy tarde…

Chavane no había visto todavía las cosas de este modo y permaneció mudo de estupor. El amante, carajo. Había pasado el día con su amante. ¡La secreta Lucienne! ¡La misteriosa Layla! Lo aclararía.

—Padrino… Estoy pensando en algo. No vale la pena ir juntos, cada día, al hospital. Cuando yo no esté, ocúpate de ella. Y yo te reemplazaré al llegar. De modo que, para empezar, mañana no es necesario que vayas.

—Como quieras.

Chavane no deseaba llevar siempre a Ludovic pegado a sus talones. Quería llevar a cabo solo sus investigaciones. Colgó tras un breve buenas noches y cenó un huevo frito, estructurando su horario del día siguiente. Primero iría a la estación para hacer su solicitud de permiso, luego pasaría por el hospital y volvería a la galería para comprar el cuadro. Lo necesitaba a toda costa. Cuando, de nuevo en casa, Lucienne descubriera el cuadro, muy a la vista, en la alcoba… ¡Ah, aquel momento le compensaría de todo lo demás! Cualquier explicación sería ya superflua. ¿Qué podía costar una tela como aquella? Chavane no tenía la menor idea del precio de los cuadros. Sabía que los Renoir, los Cézanne, los Picasso valían fortunas. Pero Borelly no era una celebridad. ¿Tres mil? ¿Cuatro mil? Tal vez más. Chavane llegaría hasta los diez mil para satisfacer su venganza.

¿Se trataría realmente de una venganza? Mientras buscaba, en la alcoba, el lugar donde colgaría la tela, intentó sacar a la luz el sentimiento que le animaba. ¿Lucienne? Apenas sí contaba ya. Era la otra mujer la que le fascinaba. Y por mucho que se dijera: ¡es la misma!, no podía impedirse imaginar a la otra en sus brazos. Se acostó extenuado. Se durmió y, en su sueño, su mano buscaba, a su lado, el lugar de aquella a la que había perdido.

5

—COMO SIEMPRE —dijo Marie-Ange—. El encefalograma no es muy bueno. Esta mañana, durante la cura, ha abierto los ojos. Su pupila izquierda está más dilatada que la derecha, que reacciona a la luz con cierto retraso. Ahora, como ve, los párpados están cerrados. Las manos contraídas. Tóquela usted mismo.

Chavane palpó con suavidad. La piel estaba seca. De la muñeca al extremo de los dedos, una extraña rigidez endurecía los músculos. Tuvo la impresión de sujetar una mano de madera.

—¿Qué piensa el doctor?

Marie-Ange hizo un gesto evasivo.

—Dice que hay que esperar. ¿Me ha traído la ropa?

—Sí. El paquete está sobre la silla.

—Gracias. La ordenaré enseguida.

—¿Puedo hablar con el doctor?

—Ahora no. Está en el quirófano. Además, no le diría nada nuevo.

Había abierto el armario blanco, al fondo de la habitación, y trabajaba, invisible detrás de los batientes.

—Pobre señor —dijo con voz ahogada—, me temo que va a necesitar mucha paciencia. Lo terrible, en estos casos, es la espera. Estamos ahí y no podemos hacer gran cosa…

Regresó hacia la cama y pasó una mano por la frente de Lucienne.

—¿Quién sabe lo que se oculta en esa cabeza? —continuó—. En líneas generales, lo sospechamos. Pero es como una batalla invisible en la que no podemos intervenir. Le dejo.

Chavane se sentó y miró a Lucienne. Cuando se había casado con ella, le parecía bonita, pero tal vez hubiera sido hermosa para ojos más sagaces.

Aquel rostro pedregoso, de hundidas órbitas, aquella boca descolorida, aquellos pómulos descarnados eran su parte, la suya. Los demás habían tenido derecho al brillo de las pupilas, a la sonrisa como una promesa de felicidad. Él era el pobre. Pobre, escarnecido, ridículo pero, sobre todo, frustrado, despojado. ¿Qué mujer iban a devolverle? Tal ver una disminuida. En el mejor de los casos, un ser envejecido, arruinado. A la otra, la hermosa, la fresca, la resplandeciente, aquella a quien nunca había visto, jamás la vería ya. ¿Cómo sería cuando iba a casa de Borelly? ¿Alegre? ¿Dispuesta ya a abandonarse? ¿Qué se dirían los dos?

Inclinado sobre el exangüe rostro, sentía deseos de murmurar: «¿Qué os decíais? ¿Os burlabais de mí? ¿O, antes de posar, solo pensabais en hacer el amor? Comíais juntos mientras yo, como un imbécil, corría hacia Dijon. ¿Y luego? ¿A dónde te llevaba? ¿A quién veíais? Por la noche, naturalmente, no regresabas a casa. Él deseaba exhibirte, para presumir. ¿Dónde?».

Lucienne, inmóvil como una estatua yacente, le oponía una ausencia inhumana. Nunca lo sabría. ¡Sí! Lo sabría. Seguiría la pista. Tardaría el tiempo que fuera necesario pero, si Lucienne estaba escapándosele, capturaría por lo menos a su doble, la tal Layla, tras haber seguido su rastro por todas partes y, primero, en el apartamento que ocupaba cuando él estaba ausente.

Porque, a fin de cuentas, tenía el manojo de llaves que, ahora, adquiría todo su sentido. Lo había casi olvidado, desde la víspera, y de pronto descubría algo sórdido. Si Borelly estaba muerto, utilizando esas llaves se veía con otro hombre. ¡Vivía con él media semana! Había pasado muy cerca de esta verdad y la había apartado con horror. Y, sin embargo, era la buena. Había sufrido su accidente al separarse de su amante para regresar y adoptar la personalidad que detestaba, como se abandona un vestido elegante para ponerse una bata de trabajo.

Lucienne apenas respiraba, tenía los ojos cerrados. Su boca, deformada por un ligero rictus que dejaba ver la blancura de los dientes, se crispaba sobre su secreto.

Chavane, que había arrojado el abrigo en el sillón, se quitó la chaqueta. Hacía demasiado calor en la habitación. Era asfixiante. Sus pensamientos corrían como una jauría de perros. No podía contenerlos. La hipótesis del encargado del garaje no era tan estúpida. Entre Lucienne y su amante surge una violenta discusión. Ella le deja plantado y toma el coche para regresar a su domicilio. El amante quiere retenerla. Intenta alcanzarla en coche. Persecución. El hombre, fuera de sí, golpea varias veces el pequeño Peugeot y se produce el accidente. Entonces, aquel odioso individuo, en vez de acudir en

socorro de su víctima, se limita a llamar anónimamente a la policía. Chavane aproximó sus labios al vendaje que cubría la cabeza de su mujer.

—¿Lucienne…? ¿Me oyes…? Ibais a romper, ¿verdad…? Quisiera estar seguro… Dime que habíais roto… Creo que después me sentiré mejor.

Se irguió. Las momias no hablan. Son cosas, solo cosas. Tampoco los cuadros hablan. Apartó la manga para mirar la hora. El hospital, la Galería Berger. Era como un juego de espejos que le devolviera el mismo rostro indescifrable. Se vistió, estuvo a punto de marcharse sin mirar hacia atrás. Pero, avergonzado, regresó junto a Lucienne y le estrechó la mano. Besarla estaba por encima de sus fuerzas.

En la galería casi no había nadie. Tres o cuatro curiosos que iban de una tela a otra, conteniendo el ruido de sus pasos. Una anciana dama, muy maquillada, con un collar de perlas y anillos en los dedos, estaba tras una mesa adornada con un magnífico ramo de flores. Chavane vio un montón de catálogos, tomó uno y fingió consultarlo mientras se dirigía al fondo de la galería. A lo lejos distinguió, contemplando cómo se acercaba, el retrato de Layla, y se sintió extrañamente conmovido. Si Layla hubiera sido su amante habría podido citarla aquí, en este lugar desierto. Poetizado por la distancia, el rostro de la joven parecía vivir. Estaba ligeramente inclinado, en un movimiento lleno de dulzura, como si se ofreciera a una caricia.

Chavane se detuvo. Nunca Lucienne le había recibido con tanta gracia. Sí, era muy hermosa y aquello suponía una abrumadora revelación. Sus ojos, que el lápiz había alargado oblicuamente, parecían soñar como los de una dulce bestia cautiva. Reemprendió la marcha, muy lentamente, como si temiera asustarla. Sus labios se movían: «Soy yo… Te llevaré conmigo… No tienes derecho a estar aquí…».

Y de pronto, cuando estuvo muy cerca, descubrió, en la esquina inferior izquierda del marco, un pequeño cartón: *Vendido*. El destino se encarnizaba. Arrugó entre sus dedos el catálogo. No podía decidirse a partir. Una vez más llegaba demasiado tarde. No había sabido retener a Lucienne; no había sabido retener a Layla, comprarla cuando no era demasiado tarde. Pero tal vez no lo fuera todavía. ¿Aceptaría vendérselo la persona que había adquirido el cuadro? Dudando, Chavane se preguntaba si valía la pena tomarse tanto trabajo. ¿Para qué? ¿Para gozar el amargo placer de tener la última palabra? Sería mucho más sencillo renunciar, regresar al Mistral una vez finalizado el permiso. Layla le vigilaba, le juzgaba, con aquella mirada, atenta y distraída a la vez, que adivinaba sus más ocultos pensamientos. ¿Iba a declararse vencido, a abandonar la partida? ¿Iba a ceder el paso al otro?, pues el que

había comprado el cuadro tenía que ser…, forzosamente era…, claro que sí, era su rival.

Chavane lanzó una última mirada al retrato. «¡Si te vieras!», le dijo pensando en la que agonizaba. Volvió sobre sus pasos hasta la mesa donde la anciana dama refulgente se parecía a una vidente esperando a la clientela. Le mostró el catálogo.

—¿Sabe usted si podría procurarme este cuadro?

—Está vendido.

—Ya lo sé. Pero tal vez el comprador aceptaría cedérmelo.

—Es poco probable. Pero nunca se sabe. Siempre puede intentarlo, caballero. La operación no es secreta y el comprador es un conocido coleccionista. El señor Massicot… Vive en el 66 de la avenida Mozart.

—¿En el decimosexto?

—Evidentemente —repuso ella con un matiz despectivo.

Chavane, aunque era mediodía, no lo dudó. Tomó un taxi y se hizo conducir a la avenida Mozart. El 66 era un magnífico edificio de estilo antiguo. Vasto vestíbulo. Noble escalera de piedra. Alfombra roja. Massicot vivía en el primero. ¿Habría estado Lucienne aquí? ¡Era demasiado hermoso para ella! Un criado, cuyo estilo apreció Chavane al primer golpe de vista, abrió la puerta. Introducido en un salón que olía a riqueza de un modo intimidante, pronto se le reunió aquel a quien odiaba ya con todas sus fuerzas. No muy alto, grueso, vestido de *beige* de la cabeza a los pies, con el aspecto de un director general acuciado por la prisa, Massicot le interrogó desde el umbral.

—¿Señor?

Chavane se lanzó.

—Chavane… Paul Chavane… He venido a verle por el cuadro que ha comprado usted en la Galería Berger.

El rostro de Massicot se iluminó.

—¿Se refiere al retrato de Layla?

—Exactamente. Estoy dispuesto a comprárselo.

—¿Es usted coleccionista?

—No… Pero este retrato me recuerda a alguien.

Massicot aproximó a Chavane, por encima de una mesilla, un estuche lleno de cigarrillos. Ahora parecía aburrido. «¡Es él! —pensó Chavane—. Forzosamente es él». Rechazó el estuche.

—¿Tiene una razón particular para desear ese cuadro? —preguntó.

—Sí.

—¿Esa mujer es, por casualidad, amiga suya?

—¡Oh, Dios mío, no! —exclamó Massicot—. Ni siquiera me interesa saber quién es.

—Entonces —dijo Chavane sorprendido— tal vez podamos entendernos.

Massicot le tomó familiarmente del brazo.

—Venga. Le enseñaré algo.

Condujo a Chavane a través de una biblioteca muy bien provista y abrió una puerta de complicada cerradura.

—Entre, señor Chavane. Está usted en mi museo.

Oprimió un interruptor y se encendieron unos globos en el techo. La estancia era larga y desnuda. De las paredes colgaban cuadros, muchos cuadros. La única ventana, a un extremo de la estancia, estaba cerrada por unos porticones metálicos.

—Solo me interesan los pintores modernos —prosiguió Massicot—. Mire. Apuesto a que no conoce usted uno solo.

Cada vez más asombrado, Chavane caminaba ante su anfitrión. A veces, Massicot se detenía delante de una tela.

—Un Knecht… Un Verhaeghe… No dejan de subir… Este Mijno valía treinta mil; ahora, si lo vendiera…

—¿Pinta usted?

—En absoluto. ¡Pero tengo esto!

Señaló su nariz.

—Raramente me equivoco. Para mí, la pintura es una inversión. Mire, estoy seguro de que Borelly, dentro de poco… Sobre todo, el Borelly del último período. El público comienza a fatigarse de los abstractos…

Señaló un cuadro que parecía la bandera japonesa.

—Es un Guisoni. Si le interesa se lo cedo. Ciento cincuenta mil. No, bromeo. No soy un comerciante. Simplemente me cubro. Cuando se tiene un poco de olfato, la pintura sigue siendo la mejor inversión. Por eso no quiero venderle el retrato de esa dama. Dentro de diez años tal vez sí. Habrá triplicado su precio. Lo siento, caballero. Pero nunca hay que mezclar pintura y sentimientos.

Massicot consultó un delicado reloj de oro que destacaba en su velluda muñeca.

—Lo lamento. Tengo una cita.

Chavane se despidió fríamente. ¿A quién acudir, ahora, para saber algo más? Su cólera había desaparecido. Tenía el corazón como la calle, vacío, lúgubre. Fue a comer un bocadillo en el bar de la estación de Lyon. Allí, al

menos, estaba en su verdadera «casa». Por un instante sintió deseos de pasar a los andenes, recorrer el Mistral hasta el vagón-restaurante para estrechar la mano a los compañeros. ¡Pero sería demasiado triste! Bebió dos cafés y un refresco de frambuesa y se resignó a regresar al apartamento. Se tendió en la cama para pensar y se adormeció.

La idea le aguardaba al despertar. Una idea no muy original pero, en el desierto por donde vagaba, significaba un mojón. Buscó *Borelly* en el listín. *Borelly… Cité Frochot…* Hojeó un plano de París y localizó la Cité Frochot muy cerca de la plaza Pigalle. Estaba a media hora de metro. ¿Tenía que telefonear para anunciarse? ¿Pero con quién iba a hablar? ¿Tenía familia Borelly? Y no sabía, todavía, qué excusa le convendría invocar. La que encontró por el camino no era nada del otro mundo.

Cierto día, en el Mistral, había tenido como cliente a un colono acabado de llegar del Congo. Tras diez años de ausencia, se asombraba por todo. «No puede figurarse, decía, lo que supone para un selvático como yo. ¡Es increíble cómo ha cambiado todo!». Chavane se imaginaba muy bien como un «selvático». Había entrado la víspera, por casualidad, en la Galería Berger y había encontrado el retrato de Layla. ¡Gran emoción! Diez años antes había conocido muy bien a aquella joven. E incluso se hubiera casado con ella, tal vez, si no se hubiese visto obligado a partir. Le complacería tanto, ahora, tener un recuerdo de Layla. A falta del retrato, ya vendido, se contentaría con un simple boceto… Caramba, la cosa se aguantaba. Lo esencial era hablar con alguien, despertar su curiosidad. Con un poco de suerte le extrañaría mucho no obtener alguna información sobre Layla.

«Al fin y al cabo —se dijo—, también tengo derecho a fabricarme, como ella, una falsa identidad». Era incluso agradable ponerse en la piel de otro. ¡El antiguo «novio» de Layla! Una manera como otra de comenzar de cero la pobre aventura de su matrimonio.

La Cité Frochot, extrañamente acurrucada entre la plaza Pigalle y la calle Victor-Massé, en un barrio de cabarés y bares de mala nota frecuentados por prostitutas y travestidos, era como un oasis de confort burgués y respetabilidad. Chavane llamó y le abrió la puerta una criada que le hizo entrar en un vestíbulo adornado con cuadros que representaban playas, barcos de pesca, torrentes montañosos. «Venía aquí, pensó. El estudio debe de estar en la parte trasera de la casa o en la buhardilla. ¿Pero cómo pudo conocer a Borelly? ¿Dónde pudo encontrarle? ¿A través de quién?».

La criada vino a buscarle y le introdujo en un salón donde le aguardaba una dama de cierta edad que tenía en las rodillas un caniche blanco que

parecía un dibujo al carboncillo. El perro saltó a la alfombra y soltó un agudo ladrido.

—Ven aquí. Mosca —dijo la señora Bonelly—. Perdone, caballero. Camino con dificultad… la artrosis, comprende… Siéntese.

Iba vestida de negro, sin joyas, como una viuda reciente. Molesto, Chavane contó la historia que había preparado. Ella le escuchó con mucha atención.

—Sí —dijo—. La recuerdo… A mi marido, en los últimos tiempos de su vida, le gustaba mucho pintar mujeres jóvenes…

Levantó los ojos hacia una tela puesta en un caballete, a su derecha.

—¿Es él? —preguntó Chavane.

—Sí. Es un autorretrato muy hermoso. Acababa de terminarlo cuando se lo llevó una crisis cardíaca.

Contemplaron juntos al difunto, muy bien parecido con su barba a lo Francisco I y el distintivo rojo de la Legión de honor.

—Tenía tanto talento —continuó—. Eso hacía que le perdonara muchas cosas.

Meditó unos instantes. El caniche había trepado de nuevo a sus rodillas y ella, muy suavemente, le rascaba la cabeza.

—No lamente no haberse casado con esa muchacha —dijo por fin—. Cuando se acepta posar para un pintor…

No terminó, pero el sentido de su frase estaba muy claro.

—¿Cree usted que Layla?… —murmuró Chavane.

—¡Oh! No tengo nada contra ella. Y además, ahora, ya no tiene importancia.

—Esperaba que su marido hubiera dejado algunos esbozos. He oído decir que los pintores se ejercitaban antes de comenzar un retrato.

Ella rio con cierta amargura.

—En efecto, dejó muchos dibujos… Sobre todo desnudos. Los quemé todos. Hay que destruir esas cosas.

Tal vez pellizcó al perro porque este soltó un breve gemido. Chavane se levantó. Ella le retuvo con un gesto.

—No se marche todavía… Estoy tan sola ahora. Cuénteme su vida allá abajo. Debía de ser muy duro.

—Sí… Bastante —improvisó Chavane.

—¿A qué se dedicaba usted exactamente?

—Bueno… cortaba árboles.

—¿Le gustaba el oficio?

—Sí, al principio… Y luego, cuando tuve bastante dinero, quise regresar.

—¿Y le escribía… esa persona?

—No muy a menudo… Y ahora no sé qué hacer para encontrarla… Pero, por cierto, ¿cómo se las arreglaba el señor Borelly cuando la necesitaba?

Ella sonrió con tristeza.

—La telefoneaba —dijo—. Lo sé porque no lo disimulaba. Telefoneaba delante de mí… A esta, a aquella… Éramos lo que se dice buenos compañeros.

Su voz se quebró y se encogió de hombros.

—Terminé sabiendo de memoria esos números de teléfono. Mi memoria le asombraba siempre. Puesto que así lo quiere, puedo informarle… Layla… 622-07-76…

—¿Sin apellido?

—Los apellidos no le interesaban.

—No sé cómo agradecérselo.

—¡Déjelo, déjelo! Todo está tan lejos ya… Pero, de todos modos, si vuelve a verla… ¿puedo confesárselo?… me gustaría estar al corriente. Venga cuando quiera.

Chavane, perplejo, se retiró. Si los celos de la señora Borelly tenían fundamento, Layla había sido efectivamente la amante del pintor. De modo que se veía devuelto a su primera hipótesis. Pero, en ese caso, el accidente… Recordó que tenía a dos pasos, en la plaza de las Abbesses, una oficina de correos y se dirigió allí a toda prisa. Le informaron con mucha amabilidad. Para saber la dirección correspondiente al 622-07-76, siempre que no estuviera en la «lista roja», es decir, la de los abonados que no desean que se comunique su dirección, bastaba con llamar al 266-35-35.

Llamó enseguida al 266-35-35, hizo su petición, indicó la oficina de correos donde se hallaba y aguardó, ¿lleno de temor o de esperanza? Ya no lo sabía.

Le informaron al cabo de un cuarto de hora. El 622-07-76 correspondía a un abonado que se llama Dominique Loiseleur y vivía en el 160 bis del bulevar Pereire, en el XVIIº.

Dominique Loiseleur… bulevar Pereire… Esta vez estaba en el buen camino. El licor que había bebido en el bar de la estación de Lyon le abrasaba el estómago. Bebió una caña en un café de la plaza Pigalle, entre una moza de cabellos azules y un negro que tenía una guitarra entre las rodillas. De modo que Lucienne había podido ser, perfectamente, la amante de Borelly y, luego, la de Loiseleur. O mejor, ya que Borelly le telefoneaba al 622-07-76, eso

significaba que vivía ya, ciertos días de la semana, en casa del tal Dominique. ¡Cuando él estaba de servicio…! Y el segundo manojo de llaves que había descubierto en el bolso probaba que, en el bulevar Pereire, se encontraba también en su casa. ¡Además era fácil de verificar!

Pero Chavane no sentía prisa alguna por comprobarlo. Daba vueltas, sin cólera alguna, alrededor de la verdad, como una bestia desconfiada gira en torno a la carroña. Borelly había muerto dieciocho meses atrás. El retrato podía tener dos años. De modo que Lucienne vivía, ya en esa época, en casa de Loiseleur. Dos años, o tal vez más. ¡Por qué no! Y durante tantos meses nunca sospechó nada. Sin embargo, una mujer enamorada no puede evitar que, de vez en cuando, algo de sus sentimientos trasluzca. Recordaba a Lucienne, siempre tranquila, siempre solícita. Cuando él regresaba, le preguntaba amablemente: «¿Todo ha ido bien?». Luego, naturalmente, no escuchaba lo que le decía. Pero sin demostrar impaciencia. ¡Soñadora, eso es! Era soñadora. Pero era su naturaleza. Probablemente no se mostraba más alegre con Borelly o Loiseleur. ¿Entonces? ¿Qué habían visto en ella? ¿Qué la hacía tan particularmente seductora? Su belleza, claro. Pero no había que exagerar. Cuando, por la mañana, paseaba lánguidamente por la cocina, sin haberse peinado ni maquillado, tal vez tuviera cierta gracia animal, pero nada capaz de enloquecer a nadie. Tampoco su conversación era muy excitante. ¿Sus capacidades amatorias? Pero si el amor le aburría como tantas otras cosas. Afinando mucho podía comprenderse por qué le había interesado a Borelly. Era el pintor quien se había sentido atraído. No el hombre. ¿Pero Loiseleur?

¿Qué representaba ese amante que aceptaba ver a la mujer amada solo cuatro días por semana? ¿Qué le habría contado ella para justificar sus ausencias? ¿Le habría dicho que su marido trabajaba en el Mistral? ¡Y aquel hombre consentía en compartirla! No debía de estar muy enamorado. O tal vez estuviera también casado. Tal vez era un hombre de negocios que solo venía uno o dos días por semana. Pero aquello suponía un nivel económico que no se adecuaba al tipo de vida de Lucienne.

—¡Basta! —dijo Chavane en voz alta.

A su lado, la moza le miró y ahogó una carcajada. Él arrojó una moneda en el mostrador y salió. En su cabeza, las preguntas se retorcían como gusanos. De nuevo el metro, de nuevo las escaleras. Y, para terminar, aquel apartamento silencioso, desierto, hostil. «Mejor estaría en un hotel», pensó.

Examinó otra vez, con más atención, las llaves. La más complicada era, evidentemente, la del apartamento. Las otras dos serían la de la puerta del

edificio y la del buzón. «¿Voy?, se preguntó. ¿Y qué haré si me doy de narices con el tal Dominique? ¿Qué cara ponerle? Pero siempre puedo estudiar el terreno, informarme».

No era ya momento de titubear. Llamó un taxi.

—Al 160 bis del bulevar Pereire.

6

POR FORTUNA, no había conserje. Nadie para preguntarle a quién buscaba. Se acercó a la hilera de buzones, les pasó revista rápidamente y, de pronto, se inmovilizó. En una placa de cobre, se leía:

> Dominique Loiseleur
> 3.º derecha

Justo debajo de la placa había una tarjeta de visita:

> Layla Ketani

Decididamente era muy audaz. Vivía aquí con el apellido de su madre. ¡Chavane no era lo bastante bueno para ella! O tal vez fuera una precaución suplementaria. Un prudente modo de organizar su doble vida.

Introdujo con rapidez la más pequeña de las tres llaves en la cerradura. La puerta de cristal del buzón se abrió enseguida. Lo había adivinado. Podría entrar en el apartamento sin dificultad alguna. Una circunspecta mirada a su alrededor. El ascensor estaba allí, muy cerca, con el camarín todavía iluminado. Alguien acababa de utilizarlo. Nadie en la escalera. Se habría oído el apagado ruido de los pasos en la alfombra. Chavane apretó el botón del interfono. Si Dominique Loiseleur respondía, fingiría ser un vendedor seguro de que, en ese caso, Loiseleur le mandaría a paseo. No corría ningún peligro. Volvió a llamar. El aparato permanecía mudo. Aquello significaba que el camino estaba libre. Penetró en el ascensor con aire desenvuelto. La madera, imitación caoba, era un signo de gran confort. En aquel edificio, el menor apartamento debía de costar, por lo menos, quinientos o seiscientos mil francos. Comenzaba a comprender por qué Lucienne bostezaba de aburrimiento allí, en el modesto tres habitaciones de la calle Rambouillet. Sin

duda, en cuanto él desaparecía por la esquina de la calle, corría a su verdadera casa.

Chavane se observó en el hermoso espejo que adornaba una de las paredes del camarín. No perdía ya ocasión alguna de lanzar a su rostro, en los escaparates, en los retrovisores de los taxis, una mirada de reproche. Tampoco aquel rostro era bastante bueno para ella. ¿Pero qué había provocado, a fin de cuentas, la ruptura? ¿De qué se había hecho culpable sin saberlo? Le parecía legítimo haber querido divorciarse. Pero consideraba monstruoso que ella hubiera sido la primera en cansarse.

El ascensor le dejó en el tercero. Solo había dos puertas; la de la izquierda tenía, sobre el timbre eléctrico, un pequeño tarjetón: *Huguette Platard*. ¡Era bonito, Huguette! Fresco como un ramillete de flores. En la de la derecha, la escandalosa tarjeta de visita: *Layla Ketani*. Exactamente como si Lucienne fuera la propietaria del apartamento.

La llave, como había previsto, encajaba en la cerradura. Chavane entró. No hacía más ruido que al avanzar hacia la cama, en el hospital. Escuchó. Pero Lucienne no podía estar aquí y allí al mismo tiempo. Pensó que perseguía fantasmas y buscó un conmutador en la pared. La estancia se iluminó. Almohadones de cuero blanco sobre una alfombra árabe, bandejas de cobre, una mesita baja; aquello recordaba más el interior de una tienda de beduino que un vestíbulo. Evidentemente, de Lucienne a Layla había un camino secreto que llevaba a una misteriosa infancia. ¿Pero por qué había elegido, para explicarse, a aquel Loiseleur de predestinado nombre? ¿Sabía acaso escuchar mejor que él? ¿Por qué nunca había intentado hablarle de su pasado? ¿Le consideraba demasiado patán o demasiado indiferente?

Adosado a la puerta, contempló, a sus pies, los complicados dibujos de la alfombra y una verdad, incierta todavía, fue insinuándose en él. Ella había decidido que existían demasiadas diferencias entre ambos, demasiada distancia a salvar. Su voz nunca llegaría hasta él. ¡Idiota! No había comprendido que también él esperaba una llamada. Sentía que se explicaba mal. Estaba dramatizando erróneamente. La verdadera clave de su incomprensión mutua debía buscarse en otra parte. Pero tenía algo que ver con esa alfombra, esos cobres y esos almohadones.

Cruzó el vestíbulo y entró en la sala de estar. Luz. No se trataba de abrir las contraventanas metálicas. Provocador modernismo. Tubulares, mucho metal brillante, cristal, blandos asientos que se adaptaban como arcilla alrededor del cuerpo que quería reposar en ellos. En las paredes, algunas telas como rompecabezas multicolores. La primera época de Borelly. Chavane,

ahora, ni siquiera necesitaba comprobar la firma. En una esquina, un bar, pequeño pero muy bien provisto. Chavane se sirvió un *whisky*, como desafío, para probarse que, también él, tenía derechos. Con el vaso en la mano, entró en la cocina buscando algunos cubitos de hielo. La nevera era grande y contenía muchas latas de conserva: *foie-gras*, caviar, pollo en gelatina, cosas muy caras que Lucienne nunca se hubiera atrevido a comprar. El tal Dominique gozaba realmente de una buena posición económica. Horno, lavavajillas, zona de trabajo equipada con aparatos eléctricos para moler, triturar, pelar, algunas placas calentadoras reguladas por cuadrantes, todo tan reluciente como la cocina del Mistral.

Bebiendo a distraídos traguitos, Chavane paseaba lentamente. Dio la vuelta a la estancia cuyo revestimiento de mosaico azulado le devolvía su reflejo, regresó a la sala de donde pasó a la alcoba. Allí experimentó una sorpresa vagamente escandalizada: la cama era redonda.

Había visto ya este tipo de camas en las revistas, pues los viajeros dejaban a menudo en el vagón sus periódicos, sus revistas y, antes de destruirlas, les echaba de vez en cuando una ojeada. Las camas redondas y cubiertas de pieles siempre le habían parecido licenciosas. Tenía delante la cama de Layla, sin duda una fantasía de aquel Loiseleur al que iba imaginando, poco a poco, rico, sensual, corrompido, y crispaba el puño alrededor de su vaso.

La alcoba, muy espaciosa, estaba forrada de un paño gris pálido, del mismo tono que la moqueta. A cada lado de la cama había un sillón, bajo y profundo, de cuero claro. Frente a la ventana, una silla de estilo Luis XV. Quizás. Chavane no era un entendido. Por fin, un mueble de madera oscura, no más alto que un trinchero, ocupaba la última pared. Seguramente servía de armario. Chavane tiró de la empuñadura. La puerta estaba cerrada con llave. En uno de los muros, una marina daba una nota de luz. La playa desierta, el mar, a lo lejos, tras los rompientes de espuma, y un cielo inmenso y vacío.

Chavane llegó al umbral del cuarto de baño. Baldosas rosas, bañera rosa, lavabo rosa. Espejo oval sobre un tocador lleno de botes, tubos, frascos. Dos pelucas puestas sobre cabezas de cera; castaña una, rubia la otra. Ningún detalle que no expulsara a Chavane hacia las tinieblas exteriores. Estaba, aquí, horriblemente de más. Sin embargo, se empeñó en huronear pues le asombraba no encontrar en parte alguna huellas de Loiseleur. ¿Dónde habría metido sus chancletas, su pijama, su bata?

Descubrió el armario, empotrado en la pared y apenas visible. Contenía abundantes vestidos, abrigos, pieles, zapatos de día y de noche. Pero ningún vestido masculino. Chavane descolgó unas pieles y las mantuvo con los

brazos extendidos bajo el aplique dorado que iluminaba aquella parte de la habitación: cordero de Siberia; ¡varias veces lo que él ganaba en un mes! Colocó de nuevo las pieles en su percha, palpó las telas, seda, satén, tuvo que sentarse junto a la mesilla de noche, al lado del teléfono y de un jarro donde se ajaban unos claveles blancos.

Ya no comprendía nada. Que Layla hubiera preferido a otro hombre, pase. Era abominable pero no increíble. ¡Pero ese lujo que le abofeteaba! ¡Y, sobre todo, que Lucienne se sintiera cómoda en él! ¡Y, además, que fuera capaz de renunciar para volver a ser la Cenicienta que le aguardaba leyendo *Lo que el viento se llevó*! Era una revelación que no sabía cómo interpretar. Junto al teléfono había una pequeña agenda de tafilete. Advirtió enseguida que algunos días estaban señalados con una cruz. Reflexionó, comparó fechas. No cabía duda. Los días señalados con una cruz eran los que él pasaba en el tren, los que pertenecían por entero a Layla. Lucienne llegaba, modestamente vestida. Era todavía la señora Chavane, en el ascensor, en el vestíbulo. Se libraba rápidamente de su atavío de servidumbre y se convertía en aquel personaje prestado que, tal vez, en los lugares refinados que debía de frecuentar, se hacía llamar señora Loiseleur. No le engañaba. Era peor. Le borraba. Se quedaba fuera, como un patán sin buenas maneras y con las manos sucias.

La noche del accidente, había salido de aquí, por una misteriosa razón, porque le quedaba todavía un día de libertad.

Y, entonces, alguien la había seguido, empujado. La idea de ese crimen gustaba a Chavane. En cierto modo, se lo había buscado. ¡Qué cara iba a poner Loiseleur al descubrir que su conquista había desaparecido! Ya podía remover cielo y tierra para buscarla. La herida del hospital era Lucienne Chavane. Layla no existía. Nunca había existido más que en forma de un cuadro sustraído, a partir de ahora, a las miradas de los curiosos. Por lo que a la tarjeta de visita se refería… Chavane cruzó el apartamento y fue a arrancarla. La rompió a pedacitos y los arrojó en el cubo de la basura. ¡Layla se había terminado!

¡Tal vez se hubiera terminado para los demás! Pero no podría romper a pedacitos su memoria. Layla continuaba viviendo en ella, con los cabellos peinados hacia atrás, sus pendientes brillando como estrellas, ¿qué imagen debían de mirar aquellos ojos?

Dio una vez más la vuelta al apartamento, fijándose en los detalles que se le habían escapado. Advirtió un tocadiscos que todavía tenía un disco en el plato… Enrico Mathias. A su lado, una cajetilla de Craven entreabierta.

Encendió uno y se arrellanó en uno de los sillones-bañera. Lucienne fumaba Gauloises. Sus pensamientos seguían divagando, advirtió que no había encontrado joyas. Sin embargo, Layla no salía ciertamente sin collar, sin brazaletes. La caja fuerte estaría, sin duda, en ese armario que debería abrir lo antes posible. ¡Saber lo que ocultaba! Esa historia de asesinato… Había olvidado algo. Evidentemente, Lucienne había sido empujada por su amante hacia la farola. Por lo tanto, este sabía que la habían llevado al hospital. ¿Intentaría verla? ¿Conocía acaso su otra identidad…? ¿Y si todo fuera solo una hipótesis, si nadie hubiera atacado a Layla…? ¿Y si Loiseleur regresara? Debía de tener también las llaves del apartamento. Al volver de su viaje, acudiría enseguida con el corazón en la boca y un regalo en el bolsillo. Sería divertido recibirle. «¿Quién es usted?». «¡El marido de Layla!».

Chavane se dijo: «Una de dos: o Loiseleur es el culpable del accidente y hay muchas posibilidades de que, aunque deba aceptar ciertos riesgos, acuda a informarse al hospital; o es inocente y será aquí donde me enfrentaré con él. ¡En ambos casos conoceré su sucia jeta!».

Aplastó rabiosamente su colilla y pensó que si el otro le provocaba… Pero, como era de una limpieza meticulosa, lavó el vaso y vació el cenicero; luego, antes de marcharse, examinó con atención la cerradura del armario. Con una hoja bastante gruesa no le sería difícil abrirla haciendo palanca. Mañana… Si el apartamento permanecía vacío.

Siguieron horas muertas, amuebladas con agotadores raciocinios. Cuando iba a acostarse, Ludovic llamó por teléfono.

—¿Te molesto…? Olvidaste darme los papeles del coche. Los necesito lo antes posible.

—Mañana por la mañana… En el hospital, si te parece. Pero no antes de las once.

—Muy bien… He pasado un momento por allí hacia las cinco. No podía estarme quieto, ¿comprendes?

—¿Y qué?

—Y nada. Como siempre. Parece dormir, con su rostro de niña.

Hay frases como esa, que se emplean sin querer hacer daño, y que se hunden muy profundamente, más allá de la carne, más allá del corazón. Chavane sintió que un espasmo de emoción le subía a la garganta. ¡Su rostro de niña! La imagen había surgido, clara como una presencia. ¡Lucienne! La de antes de la boda. La de antaño, que le echaba los brazos al cuello cuando le traía un regalo. Ludovic no lo había advertido.

—Si ese estado dura —continuó—, no podremos dejarla indefinidamente en el hospital. En primer lugar está tu trabajo. Estoy convencido de que podríamos arreglarnos con la ayuda de una enfermera. Yo tengo todo el tiempo y sabré cómo tratar a Lulú. He sido casi su madre. Nos instalaríamos en mi casa o en la tuya. Mejor en tu casa porque la estación está muy cerca.

—Todavía no hemos llegado a eso —dijo Chavane.

—No, claro. Pero prefiero preverlo todo. Ya sabes que puedes contar conmigo.

—Sí, sí. Gracias. Nos vemos mañana. Buenas noches, padrino.

¡Traer a Lucienne aquí! ¡Vamos hombre! ¡Si tenía un lujoso apartamento en uno de los barrios más agradables de París! Su cólera volvía a encenderse. Sentía tentaciones de llamar a Ludovic para arrojarle la verdad a la cara. Le gritaría: «¡Tu Lulú tiene un amante que ha querido matarla! ¡De modo que, créeme ya está bien donde está!». Estuvo paseando largo rato de la habitación al comedor. Deseaba que saliera de aquel coma que lo complicaba todo. Cuando estuviese en condiciones de escucharle, le diría: «Estoy al corriente de lo de Dominique. No nos enfademos. Tú por tu lado y yo por el mío». Era realmente lo que deseaba, y sin embargo… había otra cosa… deseaba con la misma fuerza que ella intentara explicarle cómo había llegado hasta ahí. Mientras Lucienne fuera Layla no podría dejarla partir. Sería una idea fija, una obsesión. Una especie de pasión a la inversa por la que se sentía ya herido. Buscó en el cajón donde guardaba los clavos, el martillo y los cordeles, un instrumento adecuado. Su vieja navaja suiza, de múltiples hojas, serviría. Descerrajar el armario apaciguaría, tal vez, la incontenida violencia que le incendiaba la cabeza. Exageró la dosis de somnífero y dejó de pensar.

A las nueve y media llegó al bulevar Pereire. Tal vez fuera demasiado pronto. Podía encontrar a alguien saliendo del ascensor. Tal vez se cruzara, incluso, con Loiseleur. O se daría de narices con él, en el rellano. La víspera había dudado mucho. Hoy estaba decidido a lanzarse. Advirtió al pasar, en el buzón, la mancha clara de un sobre. Abrió el buzón sin el menor escrúpulo. Todo lo que se dirigía a Layla le concernía. No era un sobre sino una simple hoja de papel, arrancada de un bloc y doblada en dos. El texto estaba escrito a lápiz. Lo leyó en el ascensor.

> Querida Layla,
> Quisiera verla. Intente pasar el próximo domingo, hacia medianoche, por Milord.
> Suyo
>
> Fred

Milord… Fred… Aquellos nombres parecían evocar algo turbio, inquietante. *El próximo domingo*… Normalmente se habría marchado en el Mistral. ¿Y por qué a medianoche? ¿De modo que Layla solía pasar la noche fuera? Y, como el tal Fred no hacía alusión alguna a Loiseleur, ¿significaba aquello que Layla salía sola?… El carrusel de preguntas giraba de nuevo en la cabeza de Chavane. Había olvidado utilizar el interfono. Llamó a la puerta. Ningún ruido. Abrió y encendió la luz.

El silencio era el de un apartamento vacío. Colgó su abrigo y su sombrero en una percha y, luego, pasó a la sala y encendió un Craven. ¿No estaba en su casa? En aquel instante sonó el teléfono y la emoción estuvo a punto de hacerle soltar el cigarrillo. ¿Dominique…? Vacilante, dejó su mano suspendida sobre el aparato. Luego prevaleció la curiosidad. Descolgó con gesto rabioso.

—Diga. —Había alguien al otro lado del hilo y, minúsculo pero claro, oyó el ruido de fondo de una cafetería. Encolerizándose, repitió—: Diga.

Allí, al otro lado, alguien se callaba, asombrado sin duda al escuchar una voz masculina y no la de Layla; eran como dos alientos espiándose. Por fin cortaron la comunicación. Chavane escuchó un momento y luego colgó suavemente el auricular. Acababa de rozar el mundo de Layla y tenía la impresión de que le habían prohibido la entrada. Pensándolo bien, no podía tratarse de Dominique. Este no habría dejado de preguntar: «¿Quién es usted?». No se toman precauciones llenas de desconfianza cuando se telefonea a la propia casa. Uno se da a conocer espontáneamente. ¿Quién entonces?

Chavane abrió la hoja más grande de su cuchillo y se dirigió resueltamente al armario. Estaba harto de misterios. Consiguió introducir la hoja entre los batientes, presionó hacia la derecha, hacia la izquierda y, sin que supiera exactamente cómo lo había conseguido, sintió que la puerta se liberaba. Se entreabrió como si la empujaran desde el interior. Tiró de los batientes y, de pronto, algo sedoso como unas pieles le cayó en las manos. Retrocedió vivamente con la hoja hacia adelante, dispuesto a defenderse, y luego su corazón se tranquilizó. Lo que yacía en la moqueta era un oso de peluche, rojo con las patas blancas que, tendiendo hacia él brazos y piernas, le miraba fijamente con sus ojos de cristal.

Chavane lo rechazó con el pie y examinó el interior del mueble. Había montones de ropa que depositó cuidadosamente sobre el lecho para explorar el fondo de los estantes. Vio una caja plana y la atrajo hacia sí. Levantó la tapa y se quedó estupefacto. Contenía un tren admirablemente miniaturizado,

locomotora Pacific, furgón de equipajes, vagones de metal claro con una franja roja en la que se leían las siglas: T. E. E. Ni siquiera faltaba el vagón-restaurante con minúsculas lámparas de pantalla en las mesas. En la parte inferior de la caja estaban los raíles.

Absurdamente conmovido, Chavane, como un chiquillo maravillado, tomó con delicadeza un vagón y, luego, otro. Los hizo correr por su brazo, empujando con la punta del dedo los bojes en ambas direcciones. Era tan incongruente que renunció a pensar. Colocó de nuevo los vagones en los alveolos de plástico, practicados en la caja como si fueran huellas, y apartó el tren. No había terminado su exploración. Del fondo del armario sacó una máquina de coser enana, un submarino, un coche de bomberos con su escalera, el Fuerte Álamo y otros juguetes, todos liliputienses y, sin embargo, de un alucinante verismo. ¿Se divertía Layla como una chiquilla cuando estaba sola? ¡Pero si Layla era Lucienne, y a Lucienne nunca se le hubiera ocurrido la idea de comprarse un tren eléctrico o un coche de bomberos!

Absolutamente desconcertado, colocó los juguetes como los había encontrado, el tren en último lugar, pero admiró una vez más el vagón-restaurante. Luego, alineó los montones de ropa y, por fin, recogió el oso. Pero descubrió entonces que la espalda de la bestia podía abrirse, como una bolsa, gracias a una larga cremallera. Layla debía guardar allí su camisón. Con un golpe seco abrió en dos el animal. El oso ocultaba en sus lomos fajos de billetes de banco sujetos con gomas elásticas.

A Chavane ya no podía asombrarle nada. Contó, casi distraídamente, los fajos… ¡Sesenta mil francos! Seis millones, como habría dicho Ludovic. Pasó la mano por el fondo de la bolsa para asegurarse de que estaba vacía. Sus dedos palparon un sobre y lo abrió. Había un texto muy corto, escrito a máquina:

> La abajo firmante, Léonie Rousseau, reconoce deber a la señora Layla Ketani la cantidad de cincuenta y cinco mil francos, que se compromete a devolver en seis meses.
>
> París, 1 de julio de 1978
> Léonie Rousseau

Sesenta mil más cincuenta y cinco mil, ¡ciento quince mil francos! Y Lucienne se quejaba siempre de que le faltaba dinero. ¿Por qué no se lo pedía a Layla? Chavane se sirvió un gintonic. ¿De modo que prestaba dinero? ¿Y a qué interés? Aquello suponía dotes de organización, fichas, contabilidad. ¿Sería aquel Fred un deudor? Y Dominique tenía que saberlo forzosamente. ¡Qué pareja de usureros! ¡Pero no! ¡Los usureros no coleccionan submarinos

ni máquinas de coser! Chavane encendió otro Craven. «¡Me estoy volviendo loco!», murmuró.

En el tumulto de sus pensamientos, comenzaba a imponerse con fuerza la idea del asesinato. ¡El dinero! Tal vez el dinero lo explicara todo. ¿Un deudor desesperado? ¿Por qué no? ¿Pero, y los juguetes? Chavane regresó a la alcoba interrogando, una vez más, cada uno de los objetos. La duplicidad de Lucienne le llenaba de una especie de admiración. Que hubiera podido engañarles, a Ludovic y a él, con tan tranquila audacia, le parecía un milagro. Tal vez con él, podía comprenderse. ¿Pero a Ludovic, que la llamaba tan a menudo? Salvo por la noche, claro. ¡Y la noche era el reino de Layla…!

Chavane se sentó ante el tocador, examinó los tubos, los frascos, los maquillajes. Aquí se instalaba Lucienne. Era el camerino de su teatro. Aquí cambiaba de rostro antes de salir a la calle como un hombre-lobo. Acarició las pelucas. ¿Qué aspecto tendría con el pelo rubio? La imaginaba acudiendo a su encuentro, balanceándose sobre sus altos tacones, con los claros rizos dando a sus ojos oscuros un desconocido fulgor. Era deseable. En los brazos de Dominique era una mujer de verdad.

Se puso en el puño la peluca rubia, la hizo girar lentamente, tomó un peine del tocador y lo pasó con cuidado por los cabellos que crepitaban un poco, despertando reflejos que parecían vivos. Era voluptuoso y horriblemente triste. Aquella peluca era todo lo que tenía de Layla. Se la metió brutalmente en el bolsillo. Era hora de ir al hospital.

Se levantó y vio el oso sobre la cama. No iba a abandonar aquella fortuna que ya no pertenecía a nadie. Se llenó de billetes los bolsillos de su abrigo y colocó en su cartera el reconocimiento de deuda. Ciento veinte billetes de quinientos no serían muy difíciles de colocar. Ignoraba todavía lo que iba a hacer con ellos. ¡Sin duda los utilizaría mejor que Layla!

Guardó de nuevo el oso en el armario, entornó las puertas y salió del apartamento sin intentar ocultarse. Para calmar la excitación que le dominaba, caminó hasta el hospital. Por la noche, la nieve se había fundido. Un sol exangüe flotaba entre nubes que corrían como humaredas. Tendría que reincorporarse pronto al Mistral. Y transcurriría el tiempo… Y, si Lucienne moría, nunca sabría quién era Layla. Layla, por su parte, continuaría su insaciable existencia. Él sería solo un semiviudo presa de una semipena.

Se detuvo en secretaría para completar las formalidades que había olvidado y subió a la habitación. Marie-Ange señaló la cama donde Lucienne parecía dormir.

—Sigue en el mismo estado. Los exámenes no han revelado nada nuevo. Tiene un poco de fiebre y está baja de tensión.

Chavane se acercó y tocó la frente de su mujer.

—¿Qué posibilidades tiene?

—El doctor no pierde la esperanza. De momento está en coma profundo. Pero eso puede cambiar en pocas horas.

—¿No molesto?

—Claro que no. La cura ha terminado, provisionalmente.

Chavane se sentó junto a Lucienne. Silenciosamente, Marie-Ange salió de la habitación. Lucienne en casa; Layla en el bulevar Pereire y, ahora, esa tercera mujer de rostro ceniciento y ojos cerrados.

Y él, yendo de una a otra, tambaleándose de un enigma a otro. ¡Pobre tipo perdido en ese juego mortal! Se quitó el abrigo crujiente de billetes y se inclinó sobre la yacente. ¿No se había movido? Tocó en su bolsillo, la peluca rubia. Saber por un instante, solo por un mínimo instante, qué cara tenía Lucienne cuando llevaba la peluca. No se atrevía a hacer el gesto. Le parecía un sacrilegio. ¡Y qué vergüenza si le sorprendían!

Los cabellos se arrollaban a sus dedos. Se humedecían de sudor. Sin embargo, nada más sencillo. Y bastaría tal vez para apaciguar su devoradora curiosidad. Decidiéndose de pronto, sacó la peluca y, con movimientos que no conseguía controlar, la colocó de cualquier modo sobre las vendas que ocultaban la frente y las orejas de su mujer. Lo que apareció le hizo retroceder. Aquellos labios grises, aquellas mejillas hundidas, aquellos párpados cerrados y, coronando la faz moribunda, la efervescencia alegre de los rizos, era algo… algo sucio… como una baja fornicación de la mirada. Había esperado que, por una especie de magia, surgiera Layla; pero la había perdido definitivamente. Tomó la mano de Lucienne.

—¡Perdón! —murmuró—. ¡Perdón!

7

CHEZ MILORD era un bar cuya dirección encontró Chavane con facilidad, estaba en la calle Quentin-Bauchart. Entró poco antes de medianoche. Había mucha gente, casi todos hombres. Las paredes estaban adornadas con fotografías de caballos y de *jockeys* célebres. El humo era tan denso que hizo toser a Chavane. Rodeó algunos grupos, oyó hablar, al vuelo, de terreno pesado, de un caballo que se pagaba doce a uno y se dirigió a la barra ante la que había un taburete desocupado.

—*Whisky* —pidió. Y añadió en voz baja—: ¿Sabe si ha llegado Fred?

—Todavía es muy pronto —repuso el camarero.

—¿Viene todos los días?

—Depende.

—No le conozco y tengo un encargo para él. Avísele de que alguien quiere hablarle. Me instalaré allí, cerca de la ventana.

Se llevó el vaso y se sentó en un profundo sillón de cuero, junto a una mesa que acababa de quedar libre, pues había una colilla de cigarro que humeaba todavía en el cenicero. El lugar era cita habitual de los aficionados a la hípica. Tal vez Fred fuera un apostador. ¿Qué relación tenía con Layla? ¿Qué buscaría Layla en un bar donde solo había hombres? ¿Apostaba? Una sorpresa no importaba ya. Todo aquel dinero que había colocado en lugar seguro era, tal vez, producto de algunas afortunadas apuestas. El tal Fred debía de aconsejarla. ¿Pero cómo comprender que Layla fuera, en todo, tan distinta de Lucienne?

Si hubiera jugado a las carreras, el domingo no habría apartado los ojos del televisor cuando dieran los resultados. Pero siempre le permitía elegir la emisión que prefiriese. Películas, deportes, variedades, nada le interesaba demasiado. Miraba unos momentos y siempre terminaba cogiendo un libro.

Sin embargo, Fred no habría dado esa cita a Layla si ella hubiera ignorado la dirección de Chez Milord.

Chavane miró la hora. Repasó la pequeña historia que había imaginado y que le permitiría hacer toda clase de preguntas sin despertar desconfianza. Antes de venir, había leído varias veces, en la enciclopedia Larousse que, inexplicablemente, estaba junto a un libro de cocina que Lucienne no abría nunca, el artículo referente al Gabón. Ahora sabía donde estaba el Gabón. Producción: madera de ocume, caucho, cacao, manganeso. Para la fábula que había inventado, lo más conveniente era el ocume. El árbol era limpio, rentable e incluso poético. Y un hombre que vive en la selva tiene derecho, cuando regresa a París, a sentirse desplazado. No olvidar las palabras clave: Libreville, Port-Gentil, Ombooué, Lambarene. Recordar también el nombre del presidente: Bongo. Con esas nociones y un poco de habilidad, le sería fácil dar el pego. Nadie iba a verificar lo que decía.

Vio al camarero hablando con un hombre bajo, embutido en un raglán. Sin duda era Fred. El hombre se volvió, dio las gracias al camarero y avanzó hacia la mesa de Chavane. Era delgado, lampiño y no parecía que le sobrara el dinero. Chavane se levantó.

—Vengo de parte de Layla —dijo.

—¡Ah! ¿No ha podido venir?

—No.

Se estrecharon la mano.

—¿Qué quiere tomar? —dijo Fred.

—Lo mismo.

Fred hizo una señal al camarero. «¡Dos!», gritó. Se quitó la gorra y el raglán. Tenía los cabellos blancos y llevaba una chaqueta a cuadros y unos pantalones de montar.

—¿Está enferma? —continuó.

—No.

—Nunca le he visto por aquí.

—Acabo de regresar a Francia. Estaba en el Gabón. He pasado siete años allí. Layla tenía que acompañarme. Y luego, en el último momento, no quiso marcharse conmigo.

—No me sorprende —dijo Fred riéndose.

—De todos modos, nos escribimos algunas cartas… Y, luego, le avisé de que llegaba y nos hemos encontrado en el aeropuerto esta mañana. No la habría reconocido. ¡Cómo se cambia en siete años!

—¡A quién se lo dice!

—Hemos tomado una copa y se ha marchado. Un viaje imprevisto, al parecer. No ha querido que me instalara en un hotel y me ha dado las llaves de su apartamento. También me ha dado su nota.

Puso sobre la mesa el papel que había encontrado en el buzón.

—Por eso estoy aquí —añadió.

—Qué mala suerte —mascull ó Fred—. ¿No le ha dicho cuándo regresará?

—No.

—¡Oh! Estoy acostumbrado. Con ella nunca se sabe.

El camarero sirvió los dos *whiskies* y preguntó.

—¿Ha hablado con Bertho…? Va a jugársela a lo grande, con Foupoule, mañana, en la tercera; en Cannes.

Fred tomó a Chavane como testigo.

—¡Foupoule! ¿Se da usted cuenta? Hay algunos que parecen querer tirar el dinero.

Entre Fred y el camarero se produjo un intercambio de frases tan técnicas que Chavane no comprendió nada. Luego, alguien gritó «¡Antoine!».

—Ya va… Ya va… —respondió el camarero alejándose rápidamente.

—Tiene que saber que he sido *jockey* —explicó Fred—, y *jockey* de obstáculos además. Nueve fracturas. Sin hablar de las demás castañas. Ya no corro, claro. Pero todavía me preguntan mi opinión.

—¿Le consulta Layla?

Fred levantó una ceja.

—A ella le importan un pimiento los caballos. No es eso lo que cuenta para ella.

—¿Qué cuenta entonces?

Fred miró fijamente a Chavane. Había sido pelirrojo porque sus cejas, mal blanqueadas todavía, dejaban ver, aquí y allá, algunos pelos dorados.

—¿Quiso llevársela allí? —dijo.

—Sí. Estábamos vagamente prometidos.

Fred se concentró en la contemplación de su vaso. Por fin, se encogió de hombros.

—Zapatero a tus zapatos —murmuró—. ¿Le ha dado un mensaje para mí?

—Bueno… Se disculpa.

—¡Ah caramba! Se disculpa. ¿Y eso es todo?

—Sí.

—¿Parecía tener mucha prisa?

—Sí.

Fred bebió de un trago su *whisky* y sacó una libreta de su bolsillo interior, arrancando una página. Chavane le tendió el bolígrafo que nunca le abandonaba y Fred escribió dos palabras con aplicada lentitud porque su mano temblaba. A Chavane no le costó leerlas: «*Corre prisa*».

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Sí. Lo comprenderá.

Fred se echó la mano al bolsillo pero Chavane le detuvo con un gesto.

—Déjelo. Pago yo —y puso en la mesa uno de los billetes de quinientos francos sacados del botín de guerra de Layla. Fred se puso el raglán.

—Buenas noches. Y no lo olvide. En cuanto la vea dele mi nota. Gracias.

Se deslizó entre los clientes que estaban de pie, entre las mesas, y Chavane le perdió de vista. Pero su imagen permaneció ante sus ojos con la claridad de una fotografía: las tres arrugas superpuestas en la frente, las pupilas grises, la pequeña cicatriz en la comisura de la boca, la nuez que se movía incesantemente sobre el cuello cisne de su jersey, el aire inquieto también, desamparado incluso, de un hombre que había venido a buscar algo. «¡Dinero! —pensó Chavane—. De ahí la extraña nota: “*Corre prisa*”. Tendría que habérselo ofrecido, ¿pero cuánto? ¿Y no le habría parecido extraño que Layla, que no me había visto desde hacía años, me encargara así, de sopetón, sin explicación alguna, algo tan delicado? En suma, no es que haya adelantado mucho».

Meditó por unos instantes ante su vaso vacío. Se sentía tentado a renunciar; qué importaba, Layla seguiría siendo para siempre una mujer surgida de ninguna parte y regresada a su oscuridad. Pero sabía muy bien que vendría de nuevo a Chez Milord, que interrogaría a Fred para obtener de él, sin levantar sospechas, algunas informaciones que le permitieran ir más lejos, capturar a Layla que, pese a estar tendida en aquel lecho de hospital, seguía siendo un ágil fantasma que se le negaba sin cesar. Antes de partir, le hizo todavía unas preguntas al camarero.

—Fred esperaba a una joven muy morena, cuyo nombre me ha dicho aunque no lo recuerdo. Era algo como Alá… ¿La conoce?

—No. No caigo. Pero solo estoy por las noches.

—Y, confidencialmente… ¿de qué vive Fred si ya no monta?

—Supongo que tendrá algún chanchullo —dijo el camarero—. Pero aquí nadie quiere saberlo.

—¿Qué edad tiene?

El camarero comenzó a mirarle con desconfianza.

—¿Por qué no se lo pregunta?

Alguien golpeó el mostrador con una moneda. Chavane no insistió. Salió y llamó un taxi en los Campos Elíseos.

—Al 160 bis del bulevar Pereire.

Tenía ganas de acostarse en la cama de Layla, de ocupar como propietario aquel apartamento en el que quedaban, tal vez, algunos descubrimientos por hacer. Tomó el ascensor, se imaginó a Layla, junto a él, envuelta en su abrigo de pieles, perfumada, capciosa. Le cedía el paso, abría la puerta. ¿Y después…? Se quitaba el abrigo, el sombrero, mientras ella iba a la habitación donde se le reuniría tras tomar una última copa. Ella se encerraba en el cuarto de baño y él se desnudaba. Si hubiera tenido el oído más fino, habría escuchado el ruido de la ducha. Si hubiera levantado los ojos, la habría visto salir del aseo, con una toalla en la cintura y los pechos desnudos. Pero sentado en la cama, con las manos colgantes, inclinada la espalda, estaba desesperadamente solo, como un prisionero, y en vano se decía: «Es mi mujer», en vano se esforzaba por escuchar los pasos de la otra, ligeros en la moqueta.

¿Y luego, cómo hacía el amor? Ese era el secreto de Dominique. Se quitó la chaqueta y los zapatos, se aflojó la corbata, se tendió en el lecho para intentar coser juntos, en un sorprendente *patchwork*, los detalles, los indicios que había reunido. Se durmió, despertó una hora más tarde, sobresaltado, acabó de desnudarse y se metió bajo el cobertor. No quería tener contacto alguno con las sábanas. Derrengado, despertó muy tarde, hacia las nueve y media, y buscó en vano un pensamiento alegre. Dentro de poco estaría en su puesto, en el vagón. Pero ni siquiera tenía ya ganas de partir. Ni siquiera tenía ganas de lavarse, de comer, de realizar los gestos cotidianos. Solo deseaba una cosa: esperar… Esperar el regreso del tal Loiseleur, que un día u otro iba a manifestarse. Y, entonces, sin cólera, le preguntaría cómo había conocido a Layla y cómo se portaba con él, coqueta, sensual, enamorada al fin.

A medida que aquellas palabras iban formándose en su espíritu, le desgarraban y no conseguía comprender cómo había podido pensar en el divorcio. No, no es que quisiera más a Lucienne. Pero a Layla, sí… Ese tormento, esa angustia… Aquello se parecía a una especie de pasión absurda, monstruosa. Pasión por una sombra que ni Dominique, ni Fred, ni él mismo, lograrían saciar.

Se sentó, bostezó, se rascó la cabeza, vio la agenda de tafilete. Perezosamente, fue a buscarla y la hojeó Además de las cruces que había interpretado sin ninguna dificultad, había, de vez en cuando, algunas cifras: 8, 5, 8, 10… Aquello no tenía para él significado alguno. Abrió una ventana.

Abajo, por el fondo de una zanja, corrían las vías del ferrocarril. El tiempo se había suavizado y llovía suavemente, como por inadvertencia. Chavane cerró. El cielo gris le enturbiaba el corazón. Ahora tenía prisa por alejarse. Enseguida, a alguna parte, hacia el familiar ruido de un café, los panecillos que se mojan en la taza, los clientes acodados, ¡la vida sin problemas!

Se lavó rápidamente y se fue. Pero había algo en el buzón… Una tarjeta postal… El puerto de Ajaccio y, al dorso, unas líneas escritas con un bolígrafo que perdía tinta:

> Viaje excelente. Ya te contaré. Pasaré el viernes por la mañana.
> Besos.
>
> Dominique.

Chavane hizo un rápido calculo. Le quedaba todavía un día de permiso Luego, dos días de Mistral. Sí, el viernes por la mañana podría estar aquí para recibir a Dominique.

Subió al apartamento repitiéndose las palabras de la postal. ¡Ajaccio! En diciembre no debía de ser, sin duda, un viaje de turismo. Tal vez Dominique fuera viajante de comercio. Pero en ese caso no habría dicho: Ya te contaré. ¿Cuál podría ser su profesión? Pasó revista a todas las clases de ocupaciones posibles y, de pronto, le sobresaltó el timbre de la entrada. No era Loiseleur. ¿Quién entonces…?

Trastornado, de puntillas, Chavane fue a pegar su ojo a la pequeña mirilla practicada en la puerta y distinguió, extrañamente deformado por la convexidad del cristal, la silueta de un hombre vestido con abrigo de pelo largo. Tenía su sombrero en la mano, como un pedigüeño. Sin duda no era Loiseleur. Chavane se decidió a abrir. El desconocido iniciaba ya un movimiento para entrar. Chavane le detuvo.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de Layla. ¿Y usted…? ¿Un amigo también…? Decididamente, esta mañana tiene muchas visitas.

La frase, el tono, todo desagradó a Chavane. Algo le dijo que iba a sufrir.

—No está en casa —dijo—. De momento soy el dueño de la casa. Pase.

Cerró la puerta a espaldas del hombre y le siguió hasta el salón. El visitante se sentó. Muy relajado, puso el sombrero sobre la mesilla y se quitó los guantes. Llevaba los cabellos cortados a cepillo. Era fuerte, pesado, sanguíneo; la cincuentena muy pasada; bolsas bajo los ojos, mejillas como muslos de oca, orejas escarlatas, labios relucientes. Chavane sintió que le

detestaba ya, pero se obligó a parecer amable. Le sirvió su pequeño estribillo: el aeropuerto, el encuentro con Layla.

—No quiso que me alojara en el hotel y me dio las llaves. No sé cuándo regresará.

—Bueno, pues dígale que Patrice Mancelle ha venido a verla. Mancelle… ¿Lo recordará? Soy un antiguo cliente.

Chavane se sobresaltó.

—¿Un antiguo cliente? ¿Qué quiere decir?

Mancelle, sorprendido, le contempló.

—¿Ha vivido usted mucho tiempo en el Gabón?

—Siete años.

—¿Y no hizo vacaciones durante este tiempo?

—No.

—Es decir que descubrió a Layla cuando llegó. Comprendo. Y antes, claro, fue su amante.

—Quería casarme con ella.

—Pues fue una suerte que no lo hiciera. Ahora es la amante de muchos hombres.

Chavane estaba pálido.

—Quiere usted decir que…

Mancelle, bonachón, sonrió.

—No… No tema. No es una puta cualquiera. Tiene demasiada clase. Es toda una dama, ya ha debido de darse cuenta. Pero cuando vuelva a verla, no le costará mucho ser agradable con usted… muy agradable. Sobre todo porque un colono como usted debe de tener mucho dinero… ¿Verdad?

Guiño. Sonrisa de complicidad.

—En suma —dijo Chavane—, que me bastaría con hacer una llamada telefónica…

—Eso es.

—¡Una prostituta!

Mancelle movió los labios como si degustara un vino desconocido.

—N… no —dijo tras reflexionar—. N… no. No es exactamente eso. En primer lugar porque no está lo bastante disponible. Solo dispone de algunos días a la semana… Nunca he sabido por qué.

—Tal vez esté casada —dijo Chavane malignamente.

—No. En absoluto. Es viuda.

—¿Cómo?

—Ya veo que olvidó enviarle la participación. Estuvo casada, hace tiempo, con un empleaducho…; es un período de su vida del que no le gusta hablar.

—¿Pero cómo llegó a… a eso?

Mancelle tendió a Chavane su estuche de cigarros.

—¿No? ¿De verdad? Me los mandan directamente de Holanda. Son excelentes.

Encendió uno, meticulosamente; echó por la nariz dos chorros de humo y continuó:

—¿Cómo llegó a eso…? Nunca me ha hecho confidencias, pero no es difícil adivinarlo… Los tiempos son duros, señor mío, y cuando se es una mujer hermosa, cuando el dinero gusta, no hay demasiadas maneras de ganarlo. No es realmente prostitución…, ni siquiera galantería…, es una inversión como otra, pero más rentable. Si lo prefiere, la mujer se convierte en su propio director general.

Chavane, poco a poco, iba recuperando la sangre fría necesaria para no parecerle imbécil a Mancelle.

—No esperaba que… —comenzó.

—Me pongo en su lugar. Se separó usted de una jovencita y se encuentra con una mujer muy, pero que muy liberada. Claro que la cosa no es sorprendente. ¡Aunque para alguien que sale de la selva virgen…!

Rio y se levantó.

—¿Quiere tomar algo?

—Pero soy yo quien debiera…

—¡Déjelo! ¡Ya imaginará que conozco bien el lugar! Tengo incluso mi botella personal de *schiedam*… Ya me dirá.

Era ágil a pesar de su obesidad. Se metió detrás del bar, separó varios frascos, y llenó, con la atención de un farmacéutico que midiera cuidadosamente un producto peligroso, dos pequeños vasos. Llevaba un gran anillo de sello que brillaba. Chavane, fascinado, dominado, le miró. Estaba soñando. No cabía duda. Mancelle regresó llevando con precaución los dos vasos llenos hasta el borde. Tendió uno a Chavane.

—¡A su salud! Eso le hará bien. Es bueno. Layla no le hace ascos.

Chavane estuvo a punto de atragantarse. ¡Si Lucienne detestaba el alcohol!

—Excelente —murmuró con cortesía—. ¿Dónde la conoció usted?

—Ya no lo recuerdo… Espere, sí, me la recomendó Mérigaux, un amigo del círculo.

—Y sin duda, a él se la había recomendado, como usted dice, otro amigo.

Mancelle depositó el vaso y se secó los labios con un fino pañuelo.

—No quisiera herirle —dijo—. Tal vez he sido brutal… Pero bueno, imagino que, después de tanto tiempo, ya se le habrá pasado.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó Chavane.

—Además, no vaya a creer que tiene amantes a destajo. Me guardo mucho de meter la nariz en sus asuntos pero, tal como la conozco, estoy casi seguro de que se ha hecho una pequeña clientela selecta que…

Chavane le interrumpió.

—Habla de ella como si no amara a nadie.

Mancelle recogió en la palma de la mano un largo cilindro de ceniza que iba a caer en sus pantalones de costoso paño y lo depositó en el cenicero.

—¿Sabe usted? —dijo—, en su oficio el corazón molesta bastante. Pero es posible que tenga algún favorito.

—¿Y no le importa?

—Señor mío, cuidado, está a punto de ser indiscreto… Si ignorara de dónde viene usted, me diría: «¿Pero de dónde sale?». De todos modos, le responderé. Lo que le pido a Layla no es lo que usted piensa. He conocido a mujeres más dotadas que ella… No, Layla es el pequeño refugio maravillosamente confortable. Me peleo todo el día con el teléfono, los expedientes, los corresponsales en el extranjero… La exportación es un rompecabezas… En casa, mis dos hijos me ponen mala cara y mi mujer nunca está. Aquí encuentro el descanso. La siento en mis rodillas y le cuento cualquier cosa. Posee una virtud extraordinaria. Sabe escuchar.

Ciertas imágenes desfilaron por la cabeza de Chavane. Recordó a Lucienne sumida en sus novelas. Él le decía: «¿Dónde has puesto mi camisa…? ¡Eh, Lucienne!, ¿me estás escuchando?». Ella lanzaba un breve gruñido y volvía la página. No. Había cosas que nunca podría comprender.

—La próxima vez —continuó Mancelle—, telefonearé para asegurarme de que puedo venir… No hay prisa… Cuando haya tenido usted tiempo de volver a conocerla.

Apartó su manga descubriendo un cronómetro de oro.

—¡Caramba! ¡Las once ya! ¡Me largo! Ha sido un placer conocerle, señor… ¿Señor…?

—Mattei —dijo Chavane.

Más valía ser prudente.

—Pues bien, señor Mattei, ¿querrá usted complacerme…? Venga a comer conmigo. Sí, sí. Venga. Hablaremos de ella… A las doce y media en

Raymond Oliver. Será divertido. Le presentaré a uno de mis amigos, Fernand Aufroy. Un muchacho encantador que dirige un laboratorio de análisis médicos.

—Bajo con usted —dijo Chavane.

En la acera, se estrecharon la mano. Mancelle tomó un taxi que pasaba y le dirigió un signo amistoso por la ventanilla.

«¡Que el diablo se te lleve!», pensó Chavane. Se levantó el cuello del abrigo. Tenía frío, sobre todo por dentro.

8

CUANDO CHAVANE llegó al Grand Vefour, Mancelle estaba tomando un aperitivo con un hombre canoso que parecía mucho mayor que él. Terminadas las presentaciones. Chavane se sentó frente a ellos. Mancelle se inclinó.

—Podemos hablar con mucha libertad —dijo—. Mi amigo Aufroy está al corriente de lo de Layla.

—¡Ah! Él también…

—Sí —intervino Aufroy—, pero se acabó hace mucho tiempo. Y quisiera darle un buen consejo. No la trate. Mancelle me ha contado su historia mientras esperábamos. Le decepcionaría.

—Exageras —dijo Mancelle—. Aunque lo tuyo no funcionara…

Y, dirigiéndose a Chavane:

—El pobre Aufroy se encaprichó de ella.

—¡Nunca!

—¡Vamos, sé franco! No hay ningún mal en ello.

—Esa moza —dijo Aufroy con amargura—, es el egoísmo personificado…

—¿Y si comiéramos primero? —propuso Mancelle.

Estudió el menú con las cejas fruncidas, como un diplomático que analizara un tratado. En un aparte, Aufroy murmuró:

—Según tengo entendido acaba de llegar del Gabón. ¿No le perjudicó el clima?

—No —respondió Chavane—. Vivía al aire libre, en la selva.

—Supongo que se dedicaba al ocume.

La llegada de Raymond Oliver le impidió a Chavane seguir mintiendo. Se estrecharon las manos. Estaba claro que Mancelle era un cliente habitual. Se inició una discusión bizantina acerca del gratinado de cangrejos y, luego,

Oliver propuso, con su cálida voz que prometía maravillas, un jamón de jabato al estilo montero que fue aceptado enseguida. Llegó el *sommelier* para anotar el pedido.

—Tú eliges las armas —le dijo Mancelle a su amigo.

—¡Ah, demonios! —exclamó este—. Esa es la madre del cordero.

Había adoptado una voz risueña de penosa vulgaridad. Chavane miró sus manos y, luego, las de Mancelle… Manos que habían corrido como bestias por la piel de Lucienne. Tenía que haber arrojado la servilleta en la mesa y marcharse, pero una inconfesable y ardiente curiosidad le mantenía inmóvil, como encadenado.

—¿Comenzamos con un blanco de Alsacia? Es una cosita que no está mal —dijo Aufroy imitando el acento de un payaso—. ¿Qué le parece, *mister* Mattei?

«Si sigue así, le planto el puño en la cara», pensó Chavane. Se encogió de hombros.

—Como quiera —murmuró exasperado por el buen humor de sus compañeros.

Por fin hicieron el pedido.

—Lo que le reprochas a la pequeña —prosiguió Mancelle— es ser demasiado seria.

—Exactamente.

—Necesitas cortesanas como las de antaño, para que toquen el laúd a tus pies.

Aufroy puso por testigo a Chavane.

—¡Será estúpido! —dijo—. En fin, señor mío, cuando usted les hacía una visitita a sus negras no era, ciertamente, para discutir el precio de la madera. Layla pretendía que yo le hablara de mis negocios como si fueran cosa suya.

—Pues bueno —intervino Mancelle—, a mí no me disgusta. E incluso, a veces, créame, Mattei, le pido consejos. ¡Ni más ni menos! Tiene un gran sentido comercial.

—Está absolutamente turulato —exclamó Aufroy, adoptando esta vez el acento marsellés.

Mancelle, en tono confidencial, dijo inclinándose hacia Chavane.

—Sentimos curiosidad por saber cómo era cuando la conoció usted.

Chavane, horriblemente molesto, reflexionó.

—Razonable —dijo por fin.

—¡Ah, lo ves —triunfó Aufroy—, razonable! Una mujer cerebral. Y eso es lo que le reprocho.

—Una mujer cerebral —repuso Mancelle—; eso depende. ¡Sí, les juro que depende del momento!

Rio con aire goloso y llenó el vaso de Chavane.

—Aunque en su cabecita de pájaro —continuó—, hay mucho lugar para las cifras.

—¡Oh! Si te refieres a eso —dijo Aufroy—, sé muy bien lo que me ha costado. Si la hubiera dejado hacer, ahora estaría arruinado.

Chavane, con la ayuda del vino, no sabía ya muy bien de quién estaban hablando. Recordó los millones en el oso de peluche.

—¿Gana mucho dinero? —preguntó.

Mancelle adoptó el rostro de un conspirador.

—Ahí —dijo—, está usted metiendo la nariz en pleno misterio. No es que lleve un tren de vida extraordinario, pero tiene cosas buenas, y las cosas buenas cuestan caras. Sin embargo, estoy seguro de que recibe a muy pocos hombres. ¿Cómo se lo hace? Porque, al revés de lo que afirma el farsante que está sentado a mi lado, nunca ha intentado desplumarme. A veces he calculado, oh, no por celos, como puede suponer, sino porque me gusta saber las cosas. Por término medio, está libre tres días a la semana. Por la mañana me recibe a mí, y eso es todo porque se levanta tarde; y no termina nunca de emperifollarse. En resumen, eso nos lleva a mediodía. Pongamos que reciba luego a dos o tres visitantes, no más, porque detesta la prisa. Pues bueno, saquen la cuenta.

Chavane sacaba la cuenta y no podía tragar bocado.

—Es una mantenida —dijo Aufroy—. Forzosamente tiene, entre bastidores, a alguien que suelta la pasta. Cuando desaparece debe de estar con él. Yo imagino una hermosa propiedad, en provincias… Con un jardinero…, tal vez monta a caballo…

Chavane se atragantó, se cubrió el rostro con la servilleta. Aufroy se levantó para golpearle la espalda.

—Perdónenme —murmuró Chavane.

Se secó los ojos llenos de lágrimas. Llegó el jamón, en una larga fuente, cubierto con una salsa espesa como sangre.

—*Beautiful!* —exclamó Aufroy—. Sírvase más; eso le compensará de la trompa de elefante y la fritada de serpiente.

—¿Y qué va a hacer usted ahora? —preguntó Mancelle—. ¿Tiene intención de volver a la normalidad? Para arrancarse la espina…

—Todavía no lo sé.

—¿Ha vendido el negocio o está de vacaciones?

—He vendido.

—Explíqueselo todo —dijo Aufroy con la boca llena—. Ábrale sus libros de contabilidad y ella le abrirá su corazón… ¡Ese jabato no es una tontería!, ¿verdad?

Raymond Oliver se detuvo ante ellos y se inició una larga conferencia sobre el modo de preparar las carnes de caza. Chavane, a hurtadillas, miró su reloj. Estaba harto de aquella odiosa comida y, sin embargo, no se había saciado todavía de detalles innobles. Durante muchos años se había visto privado de aquella mujer que los otros se disputaban y, ahora, necesitaba saberlo todo sobre ella, convertirse en su familiar al no poder ser su amante. Cuando Raymond Oliver se hubo alejado, formuló la pregunta que le atormentaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Pero no es un oficio peligroso…? Porque puede telefonearle cualquiera. —Recordó la misteriosa llamada—. Y si saben que es rica…

—Tiene ciertos riesgos —admitió Mancelle—. Pero, a su nivel, no son tan graves. Sin embargo, me recuerda usted algo. Siempre tomaba grandes precauciones, por ejemplo, cuando salíamos juntos. Miraba a su alrededor, utilizando el espejo, por ejemplo, cuando retocaba su maquillaje. Incluso, cierta vez, le dije: «¿De qué tienes miedo?». Naturalmente, se burló de mí.

Calló y Aufroy dijo:

—Hablando de dinero…

La conversación pasó a la política.

—Perdónenme —dijo Chavane—. Tengo que llamar por teléfono, volveré enseguida.

—¿Quiere postre? —le lanzó Mancelle.

—Un helado y un café.

Se dirigió al teléfono y llamó a Ludovic.

—Padrino, ¿puedes sustituirme esta tarde en el hospital? Tengo muchas cosas que hacer y mi presencia no es indispensable.

No podía decirle a Ludovic que, hoy, ver a Lucienne estaba por encima de sus fuerzas.

—Claro —respondió Ludovic—. Tengo mucho tiempo.

Chavane colgó. No quería hablar ya con nadie. Subió.

—Una cita urgente —dijo—. Tengo que dejarles.

Bebió su café de un trago.

—¿No será Layla, por casualidad? —sugirió Aufroy guiñándole un ojo.

Trajeron el abrigo de Chavane.

—Espero que volveremos a vernos —dijo Mancelle—. Si me necesita, puede encontrarme en el listín telefónico… Raymond Mancelle…

—Y no lo olvide —añadió Aufroy—. Dele un beso de nuestra parte.

Chavane huyó. Necesitaba refugiarse en su casa, cerrar las contraventanas, no pensar en nada. Pero cuando llegó a aquel apartamento que, de pronto, le pareció extraño, sintió náuseas. Todo daba vueltas en su estómago, Aufroy, el jabato, Lucienne, sus millones, sus amantes… Con la frente sudada, se dejó caer en la cama e, inmediatamente, brotaron las preguntas. Los signos de interrogación bailaban ante él como si fueran cobras. Una especie de húmeda siesta, entrecortada por sobresaltos y gemidos, le mantuvo hasta la noche entre la vigilia y el sueño.

Cuando emergió de la niebla, dolorido de cuerpo y alma, un pensamiento hizo penetrar en él algo de luz: «¡Pasado mañana estaré lejos! ¡Lo demás me importa un rábano!».

Dos días después, en cuanto estuvo en camino, con las llaves del vagón en el bolsillo, sintió que ya nada sería igual. Primero, tenía que responder a los amigos. «No, no está peor… Sí, hay alguna esperanza», e iba a ser así durante todo el viaje. Y, luego, había otra cosa que se precisó cuando, tras la breve alegría de haberse encontrado con su equipo, inspeccionó su territorio. En el fondo, partir ya no le interesaba. Si hubiera podido, habría vuelto enseguida al bulevar Pereire para aguardar a otro visitante, para llegar hasta el fondo del drama, para saberlo por fin todo sobre aquella Layla cuyas metamorfosis eran otras tantas provocaciones. Y cuando el tren se puso en marcha, al placer de sentir ascender por sus piernas la muelle trepidación de la partida, sucedió una extraña opresión en el pecho, como si dejara a sus espaldas, por primera vez, a una mujer amada, que no era Lucienne, que no era Layla, que no tenía nombre y que, de pronto, le importaba más que nada en el mundo. Y luego, poco a poco, los gestos familiares recuperaron su seguridad. Se absorbió en el servicio con, en lo más profundo de su pecho, algo brumoso que se parecía al paisaje invernal que desfilaba por las ventanas.

El medallón de rape Dugléré precedía al medio pollo a la americana que parecía tener mucho éxito. Chavane adivinaba fácilmente lo que complacía a la clientela. Se advertía en imperceptibles signos: las conversaciones se animaban; había sonrisas en los ojos y se pedía pan. Los viajeros eran bastante numerosos. Chavane, hasta Marsella, no tuvo tiempo de pensar en sus problemas. Había claro, de vez en cuando, un nombre que pasaba

rápidamente por su espíritu como pasaba ante sus ojos el de una estación, devorada enseguida por la velocidad. Mancelle… Fred… Conseguía desviar su atención. Pero, a medida que el Mistral se acercaba a Niza, sintió miedo, como un drogado nota la inminencia de la crisis. También él sufría el síndrome de abstinencia. Necesitaba de nuevo sus fantasmas.

En cuanto el tren se detuvo, realizó sus tareas habituales, estrechó algunas manos… «Sí, hay esperanzas»… y, atravesando la explanada, se fue al Barthélémy. Un coñac… Dos coñacs… El aire era tibio; tras los cristales se veía pasar a los ociosos viandantes. Chavane recordó que, la última vez, en este mismo café, había pensado mucho en su divorcio. ¿Cuándo había sido…? Intentó contar los días; pronto renunció a ello. Estaba lejos, en un pasado incalculable. Pero subsistía una certidumbre: si había decidido romper, era porque había olfateado algo anormal en el comportamiento de Lucienne. Pero en ese caso, si tanto se aburría Lucienne a su lado, ¿por qué no había tomado la iniciativa de divorciarse? Pues, pensándolo bien, esa era la pregunta de las preguntas. Todo parecía demostrar que le gustaba el lujo. Divorciada, libre, podía ganar dos veces más. Y, sin embargo, aceptaba regresar a aquel mediocre apartamento, esperar a aquel hombre mediocre, para compartir con él aquella existencia gris.

El cuadro, Chez Milord, los millones del oso de peluche, el reconocimiento de deuda firmado por Leonie Rousseau, todo aquello formaba un rompecabezas incomprensible cuya pieza central, la que permitía interpretar todas las demás, era la propia Lucienne. Lucienne en su casa. Lucienne arrastrándose durante todo el día, con un cigarrillo en la boca y un libro en las manos.

Si su vida doméstica era una carga, ¿por qué no terminar con ella? Chavane se lo había preguntado ya y, ahora, veía claramente que las razones que se había dado no reunían el menor examen. Lucienne había elegido. Había aceptado el riesgo de ser descubierta algún día. El temor que le inspiraba Ludovic no habría bastado para retenerla.

Más allá de estas reflexiones, Chavane solo avanzaba a tientas. ¿Habría aceptado divorciarse si hubiera estallado la verdad? ¿O habría fingido corregirse para mejor adormecerle? ¿Pero por qué, Dios mío, por qué?

Chavane, vencido, fue a acostarse. Tanta prisa tenía, antaño, por alejarse de París cuanto, ahora, ardía en deseos de regresar. Durmió mal; llegó muy pronto al vagón. Había olvidado entregar sus dos chaquetas a la lavandería y se prometió lavarlas él mismo, en cuanto regresara. Estaban, como él mismo, llenas de arrugas y deterioradas, pero eso no le incomodó en absoluto. A

causa de Layla, se sentía mancillado, ensuciado en lo más profundo. De modo que su apariencia externa…

Se zambulló en su trabajo con una especie de triste fervor, contando las horas en las paradas. Veía, con la imaginación, como en un mapa, al Mistral alejándose del Sur y elevándose lentamente hacia el Norte. Un esfuerzo más y llegarían a París, al bulevar Pereire y, tras una espera que sería más penosa que todo lo demás, ¡a Dominique!

A las once llegó a su casa, vació su maletín, tomó el pijama y el cepillo de dientes y llamó un taxi para dirigirse al bulevar Pereire. Nada en el buzón. La casa estaba profundamente dormida. Entró sin ruido, encendió todas las luces, inspeccionó las estancias para volvérselas a grabar en la memoria. Tal vez este apartamento fuera propiedad de Layla, pese a la placa que había en el buzón. ¿Por qué no? Se quitó el abrigo y la chaqueta, se sentó y garabateó algunas cifras en la agenda. Recordó la frase de Mancelle: «Saque la cuenta». El apartamento, en este barrio, costaba como mínimo seiscientos mil francos. Era difícil calcular lo que Layla ganaba por año. Pero de cualquier modo no podían ser más de ochenta o cien mil… Y practicaba el oficio desde hacía solo algunos años. No, no había podido disponer de seiscientos mil francos. Solo era una inquilina. Pero, entonces, había firmado un contrato. Y por lo tanto había tenido que presentar su documentación, su verdadero nombre. ¿Se había atrevido a hacerlo? ¿No sería más bien el tal Loiseleur quien, a la vez, era su propietario y su amante?

Paseó unos instantes entre la alcoba y la sala. Tal vez se equivocaba de cabo a rabo. Tal vez una mujer como Layla ganaba muchísimo más de lo que él podía imaginar. Era solo un pobre tipo que no conocía, más que de oídas, los entre bastidores de la vida. Fatigado, se desnudó… «¡Soy solo un mastuerzo!», pensó moviendo los dedos de sus pies martirizados por horas y horas de ininterrumpido pateo. Aquella cama redonda le repugnaba. Se acostó con desconfianza. Una ducha le habría hecho bien, pero estaba demasiado cansado. El sueño se lo tragó y durmió diez horas seguidas como una bestia.

En cuanto abrió los ojos, su primer pensamiento fue para Dominique. ¡Sobre todo, nada de violencia! Al fin y al cabo, el tal Loiseleur tal vez ignorara que Layla tenía marido. Sin duda les había dicho que era viuda a todos los que la conocían. No. Bastaría con revelar la verdad al muchacho, poner al descubierto la verdad como se limpia una llaga infectada. Chavane abrió los grifos de la bañera y, mientras se llenaba, telefoneó a Ludovic.

—¿Cómo está?

—Los médicos hablan de coma estabilizado. Ayer me entrevisté con tres. No son muy locuaces, ¿sabes? Tengo la impresión de que no saben muy bien por dónde andan.

—¿Pero cuánto puede durar?

—Eso… mi pobre Paul… No me siento muy optimista. ¿Y tú no has tenido problemas?

—No. Pero yo no importo… Te veré en el hospital después de comer. Hasta luego.

Corrió a cerrar los grifos, se desnudó y se zambulló en el baño con satisfacción, pese a su inquietud. Un coma estabilizado, aquello significaba que Lucienne se instalaba en la ausencia y, si aquel estado se prolongaba, tendría siempre ante los ojos el espectáculo de una Layla destruida pero petrificada en su insolencia. Se restregó enérgicamente, como si quisiera arrancar las muertas pieles de una antigua quemadura.

De pronto, en la habitación contigua, sonó una voz:

—¿Layla? ¿Estás ahí?

Repentinamente incapaz de moverse, Chavane escuchó cómo alguien se acercaba a la puerta del cuarto de baño y la empujaba.

—Bueno, ¿por qué no respondes?

La joven que estaba en el umbral estuvo a punto de lanzar un grito cuando distinguió, a través del vapor, el rostro de un desconocido.

—¿Quién es usted? —dijo.

—¿Y usted?

—Yo soy Dominique.

—Y yo… un amigo de Layla.

Se observaron con desconfianza.

—No tenga miedo —dijo Chavane.

—No tengo miedo. Me he visto en otras peores. Pero me gustaría saber cómo ha entrado.

—Layla me dio las llaves.

—¿Cómo me ha dicho que se llamaba usted?

Chavane recordó a tiempo el nombre que le había dado a Mancelle…

—Mattei… Georges Mattei.

—¿Y dice ser amigo de Layla? Nunca me habló de usted.

—Es que estaba en el Gabón. Acabo de regresar a Francia.

Ella le examinó sin que su desnudez pareciera molestarle en lo más mínimo.

—No está muy moreno para ser alguien que viene de África.

Recuperaba con rapidez su seguridad y le tendió un albornoz.

—Salga de ahí —dijo—. No es que ande sobrado de delicadeza. Por lo que veo, cuando le invitan a casa de alguien, comienza usted por sacarse la mugre de encima.

—Se lo explicaré.

—Eso espero y le diré a Layla lo que pienso de usted. ¡Vamos! ¡Salga! Ya jugará en otra ocasión a la virgen pudibunda.

Salió de la bañera retorciéndose y ella soltó una carcajada de chiquilla.

—¡Qué tío! ¡Es usted muy divertido!

Chavane, aturdido todavía por la sorpresa, se envolvió en el albornoz y la siguió hasta la sala. ¡Dominique Loiseleur! ¡Era ella! Su frágil castillo de hipótesis se derrumbaba. Una mujer, y hermosa además. Vestida con un gusto perfecto. Tal vez demasiado maquillada. Ella se afanaba, detrás del bar, manejando unas botellas. Era rubia, no con el espeso rubio de las polacas sino con el rubio ligero, espumoso, de las escandinavas.

—Creo que nos vendrá bien algo para darnos moral —dijo—. Toparse, así, con el Papá Noel en la bañera da un buen susto. Tómese eso.

Le tendió un vaso.

—Y ahora siéntese. Puestos a ello, siga considerándose como en su casa. A su salud.

Bebió y sus ojos reían por encima del vaso. Lo dejó sobre la mesa, cruzó muy arriba sus piernas bastante rotundas.

—¿Mattei? —dijo—. ¿Es eso, no…? Cómo nos divertiremos cuando le cuente a Layla lo que ha pasado… ¿Cuándo la vio?

—Ayer por la tarde, en el aeropuerto.

—¿Cómo? ¿Le esperaba?

—Sí. Le había escrito.

—No me dijo nada. Cada vez se vuelve más reservada. ¿Hace mucho tiempo que la conoce?

—¡Oh! Más de siete años… La conocí en casa de unos amigos, un poco antes de mi marcha. Bailamos y luego… No necesito puntualizárselo. Me agarró bastante fuerte. Me habría gustado llevármela, si ella hubiese querido.

Dominique vació su vaso pensativamente.

—Es extraño —dijo— el efecto que produce en los hombres. ¿Cómo la ha encontrado al volver a verla? No se le ha ocurrido que era demasiado… ya sabe…

—No. No se lo que quiere decir.

—Después de siete años, supongo que para usted es solo ya una antigua amiga. De modo que puedo decírselo todo… El oficio al que nos dedicamos… Ya lo ha comprendido… Prefiero avisarle enseguida para evitarles a ambos penosas explicaciones. ¿Le escandalizo? Sea franco. Un poco. Me pongo en su lugar. Acaba de llegar de otro planeta para saber que la mujer a la que no había olvidado es una mujer de mala vida… como dicen los imbéciles… ¡Ah! Me dio mucho trabajo, puedo asegurárselo. Tuve que enseñárselo todo. Yo fui quien tuvo la idea de llamarla Layla, debido a su rostro. Significa «la muchacha de la noche». ¡Confiese que no está mal! Su madre tenía sangre berebere, ¿lo sabía? Y además tuve que enseñarle a vestirse para que su estilo resaltara. En fin, fui yo quien la hice. ¿No me lo reprocha? No… Es usted un cielo. ¿Otra copa?

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia el bar.

—¿Por qué le dio sus llaves?

—Para que no fuera al hotel… Como iba a tomar el avión…

Dominique pareció estupefacta.

—¿El avión? ¿A dónde iba?

—No lo sé.

—¿Cuándo volverá?

—No me lo dijo.

—¿Llevaba equipaje?

—No me fijé.

Dominique echó en los vasos unos cubitos de hielo.

—¡Realmente es un caso perdido! Le mando una postal desde Córcega para avisarla de mi llegada y ella se larga a la chita callando.

—¿Vive usted aquí con ella? —aventuró Chavane.

—No, en absoluto. Le alquilé el apartamento amueblado.

Sonrió con coquetería.

—No está mal, ¿verdad? Todo es mío, salvo los cuadros. Regalos, como puede imaginar. Ella no es una chica que compre pintura. Le interesa demasiado el dinero. Pero hábleme de usted para que nos conozcamos mejor.

—¡Oh! —dijo Chavane—. No tengo ningún interés.

—Vamos, vamos… ¿Está de vacaciones?

—No. He regresado definitivamente. Tengo en perspectiva algunos asuntos.

—¿Es cierto que los colonos ganan todavía mucho dinero?

—Menos que antes.

—¡Bueno! Ya veo que tendré que arrancarle las palabras con sacacorchos. Es usted como ella. ¡Habrían hecho una buena pareja! Pero cuando ella vuelva, usted no podrá seguir viviendo aquí.

—Iré a un hotel.

—Si ahora tiene mucha pasta, tal vez quiera casarse con usted.

Se echó un poco atrás para reírse a gusto, luego miró la hora y se levantó.

—Me gustaría quedarme para charlar —dijo—. Me agrada usted. No es del tipo tío bueno pero tiene algo… Despierta deseos de ayudarle a cruzar la calle, como si fuera un ciego. ¿Volveremos a vernos?

—Sí, sí, claro —dijo Chavane precipitadamente—. Allí me convertí en un bruto. Necesito que me ayuden a adaptarme.

—Bueno, pensaremos en ello.

Se inclinó hacia él y le dio un breve beso en los labios. Él la tomó del brazo.

—Comamos juntos —propuso.

—¡Caramba, eso es correr! Ciertamente es usted un verdadero salvaje.

—¿Dónde nos encontramos?

—En la Coquille d’Or. Está al comienzo del bulevar de las Batignolles. Digamos a la una. Ya verá, no está del todo mal. Layla va a menudo.

Agitó la mano y se marchó dejando un rastro de perfume. Chavane oyó la puerta que se cerraba. Permaneció postrado en su sillón. Vagos pensamientos, como los de un operado que vuelve en sí, desfilaban por su espíritu. Dominique… Sí, ¡era una mujer!… Lucienne no tenía amante fijo… Desde hacía días había perseguido a un fantasma. Es decir que, por un lado, el misterio era un poco menos impenetrable. Lucienne llevaba sencillamente una doble vida y ganaba mucho dinero gracias a clientes ricos y poco exigentes, como Mancelle. Pero, por otro lado, el misterio se hacía mayor aún, debido a Fred, debido a los juguetes del armario. ¿Qué relación tenían con la vida galante?

Se vistió distraídamente; la incertidumbre le roía el cerebro. Abrió de nuevo el armario y sacó los juguetes. Pero por mucho que les diera vueltas y vueltas seguía sin comprender. Tal vez Dominique pudiera explicárselo… Debía considerarla ahora su única aliada, tanto como la había odiado cuando creía que era un hombre. Rubia, elegante, bonita era, además, otra cosa. Era una nueva Layla; sentía deseos de tenerla en sus brazos.

Encendió un cigarrillo; el humo le ayudaba a pensar. En el fondo, lo importante no era que Layla fuera eso o aquello sino por qué la amaban. ¿Qué le había arrebatado, pues, para dárselo a los otros? Y, sin duda, Dominique

poseía también aquello que les daba a los demás. Divagó un momento alrededor de esta idea y se levantó la manga. Las once y media. Tendría tiempo de pasar por el hospital. Volver a ver a Lucienne antes de encontrarse con Dominique era como asegurarse contra… Ignoraba contra qué… ¿Contra algún peligro tal vez?

En el hospital todo el personal de la planta le conocía. Era el infeliz marido del «coma». Le sonreían con aire alentador cuando se cruzaban con él. Marie-Ange, ayudada por otra enfermera, estaba terminando de ponerle polvos de talco a Lucienne.

—Pobre pequeña —dijo—; si no lo hiciéramos podría llagarse.

—¿Quiere que le ayude?

—No, déjelo, estamos acostumbradas. Además, pesa muy poco. Ha adelgazado mucho.

Colocaron de nuevo a Lucienne boca arriba, abotonaron el camisón abierto sobre sus colgantes pechos. Lucienne agitó un poco los dedos y, luego, quedó inmóvil.

—Es triste ver en ese estado a una mujer que ha debido de ser muy bonita —dijo Marie-Ange—. ¿No es cierto?

—Sí, era bonita.

—Esperemos que vuelva a serlo.

Palabras hueras. Desgastados consuelos. Contempló su nariz, que se había afinado, las mejillas que parecían aspiradas desde el interior, los párpados oscurecidos, morados, maquillados por la enfermedad. En cambio, Layla… O, mejor, Dominique… En su cabeza se iniciaba una especie de juego del escondite entre ambas mujeres. Si conseguía entrar en la intimidad de Dominique, entraría al mismo tiempo en la de Layla.

«Tú me has obligado», pensó sentándose a la cabecera de Lucienne. «Por tu culpa siento que voy hacia donde no quisiera ir».

Para él, el mundo de las mujeres a las que bastaba con llamar por teléfono era un descubrimiento. Antes lo imaginaba de un modo bastante tonto; sin embargo no era ingenuo ni gazmoño, pero llevaba una vida demasiado seria para no despreciar a unas criaturas que solo servían para venderse. Su mundo era el de la noche… Layla… ¿Y qué sucedería cuando Layla no respondiera ya a sus clientes? La frase torturaba a Chavane, pero era preciso estudiar todas las eventualidades. ¿Acaso Mancelle, o Aufroy, o algún otro podía avisar a la policía? Y, entonces, tal vez la investigación les llevara hasta él. Tendría que dimitir. Devolvería sus galones como una especie de militar felón.

Unas gotas de sudor humedecían la frente de Lucienne. Las secó con una esquina de su pañuelo. Pero no habría investigación. A nadie interesa la desaparición de una mujer de esas.

A nadie salvo a Dominique, que aguardaría en vano el alquiler que Layla le pagaba. Por ese lado no tardaría en llegar el peligro.

—¿Ves en qué situación me pones? —murmuró Chavane.

Escuchó voces en el corredor y reconoció la del doctor Vinatier. Salió rápidamente. El doctor se detuvo y dijo a la enfermera que le acompañaba:

—Voy enseguida. Avíseles.

Luego estrechó la mano de Chavane.

—¿Ha visto a su mujer? Es un caso muy curioso pero, por desgracia, bastante frecuente. Las equimosis han desaparecido. La herida de la cabeza ha cicatrizado por completo. Todo vuelve a la normalidad, salvo el cerebro. La tendremos con nosotros algún tiempo todavía… Y luego ya veremos… Pero nada se ha perdido, se lo aseguro… ¿Me dispensa?

Corrió detrás de la enfermera. Chavane no tuvo valor para regresar a la habitación. Lanzó una última ojeada antes de cerrar la puerta. Lucienne, con los párpados caídos, trágico el rostro, descansaba. Si hubiera tenido las manos cruzadas habría parecido muerta. Pero no estaba muerta puesto que, en cierto modo, iba a encontrarse con ella en el restaurante. Tanto absurdo le escocía como un sarampión. Caminó por el bulevar.

Era un lugar que no le gustaba demasiado a causa de sus *sex-shops*, sus cines pornográficos y su inquietante fauna. Estaba acostumbrado a codearse con los ricos. Al pasar los años había adquirido los mismos prejuicios que un conserje de gran hotel y se sentía vagamente desplazado en ese marco.

Pero el restaurante estaba situado en la zona burguesa del barrio. Le recibió un *maître* en exceso servicial que le indicó una mesa en un rincón tranquilo.

—Espero a alguien.

—Muy bien, señor.

Layla solía venir aquí. ¿Con quién? ¿Quién era el elegido del día? ¿Y por qué Chavane sentía aquella extraña impresión de angustia? Para alejarla, miro su alrededor con ojos críticos; aquel aspecto de templo del buen comer era algo excesivo, con sus cabezas de jabalí como exvotos y sus apliques difundiendo sobre manteles y cubiertos una luz distinguida. El vagón-restaurante, en su sobriedad, era mucho más chic. Estudió el menú. Adecuado, pero caro. Meterse en la cabeza que Layla, Dominique y sus

semejantes están acostumbrados a los alimentos finos. No andarse con chiquitas. Convertirse en un señor, vulgar tal vez pero munificente.

Y, de pronto, llegó, vestida de astracán, llevando sombrero, con los ojos alegres como la Cenicienta a su llegada al baile. La señora del guardarropa se apresuró; el *maître* acercó un sillón. Se instaló en la mesa, volvió la cabeza a derecha y a izquierda, como una profesional que cuenta al vuelo las miradas masculinas.

—Se está bien aquí, ¿verdad? Y podremos hablar. ¡Tenemos tantas cosas que decirnos!

Sacó un espejo de su bolso y examinó su maquillaje.

—¿Un aperitivo? —propuso Chavane.

—Claro. Un oporto.

—Dos oportos —pidió—. No me ha dicho todavía dónde vive.

—¡Oh! No es que esté ahí al lado. En la calle Troyon. El alquiler es ruinoso pero debo defender mi nivel de vida. Si lo desea, se lo enseñaré. Ya verá, es algo más pequeño que el piso de Layla, pero muy agradable. Por lo general, gusta…

Hablaba sin el menor empacho. Tenía los ojos azules, límpidos, fáciles de leer, en cambio los ojos negros de Lucienne eran trampas llenas de reflejos.

—Tengo un hambre de lobo —declaró—. ¿Usted no?

En ella todo era ligero, gracioso, espontáneo. En su voz había risa como hay burbujas en el champaña. De pronto, Chavane se sintió celoso de los hombres que la trataban. Para romper el encanto, exclamó:

—¿Y si le echáramos una ojeada al menú? Veamos… ¿Comenzamos con unas ostras?

—Oh sí —dijo con los ojos brillantes—. Sí, ostras y un buen *muscadet*.

—¿Y luego un pescado?

Ella estudió la lista de platos con las pintadas cejas unidas en un esfuerzo estudioso.

—¿Sabe lo que me gustaría? —dijo por fin—. Un *tournedó* muy poco hecho, con patatas fritas… Parece tonto, pero apetece, ¿verdad…? Con un *beaujolais* del año.

—La comprendo muy bien —dijo Chavane cuyos últimos escrúpulos se fundían rápidamente.

Dio las instrucciones al *maître* y se inclinó hacia Dominique.

—¿Hace mucho que conoce a Layla?

Dominique le palmeó el hombro con la mano.

—Espero que no me hable de ella continuamente. También yo existo.

—No tema.

Se calló mientras el camarero colocaba, entre ellos, en un soporte metálico, una gran fuente llena de magníficos ostrones.

—¡Qué hermosas son! —dijo Dominique—. Georges, es usted un cielo.

Chavane se sobresaltó. ¡Georges! Lo había olvidado. Georges Mattei, sí. Nada de imprudencias. Y sería muy agradable corresponder llamándola «Dominique».

Ella tragó la primera ostra y continuó:

—Tengo la impresión de que nos conocemos desde siempre. Fuimos juntas a la escuela, en Argelia. ¿Sabe usted que es hija de un granjero de los alrededores de Bône?

—Siempre fue muy discreta conmigo. Pero recuerdo vagamente que, en efecto, me habló de esa ciudad.

—Su padre se había casado con una berebere, pero cuidado, con una berebere de buena familia, muy hermosa. Layla tiene el tipo de belleza de su madre. ¡A ciertos hombres les gusta!

Chavane sonrió y llenó el vaso de Dominique.

—Pues no parece ser su tipo.

—¡Oh no, en absoluto! Nunca he comprendido lo que los hombres ven en ella. A usted, por ejemplo, ¿qué le atrajo? Explíquemelo.

Molesto, Chavane fingió reflexionar.

—¿Qué me atrajo? Francamente, no lo sé. Tal vez su aspecto algo… exótico.

—¡Exótico! ¡No me haga reír! —Qué lástima que fuera un poco vulgar, pensó fugitivamente Chavane—. Cómo se ve que nunca la ha visto por la mañana, al natural. ¡Le aseguro que es como todas las demás!

—Me sorprende usted, Dominique. La creí más indulgente. Y, sin embargo, Layla es su amiga.

—¡No tiene nada que ver!

Se secó los dedos y comentó:

—Adoro las ostras pero mire cómo me he puesto los dedos… Se lo ruego, querido Georges, no me sirva demasiado *muscadet*. La agarro enseguida.

Vació su vaso y se tocó delicadamente las mejillas.

—Comienzan a estar calientes —dijo—. Va a creer que soy una curda.

—Sírvase más ostras —insistió Chavane—. Eso no perjudicará su línea.

—¿No está mal mi línea, verdad? —rio Dominique—. ¿Le gusta? Ya veo. Le importa un pimiento. La que le interesa es Layla. Bueno, ¿qué estaba diciéndole? Ah sí. Su padre era rico. Si no se hubiera producido aquella

matanza, Layla habría sido un buen partido. Pero la recogió un pobre hombre que la trajo a Francia. Y aquí, asómbrese, se casó. Estuvo casada. No lo sabía, ¿eh? Una boda bastante lamentable, según creo, porque era un tema que siempre evitaba. El tipo murió algún tiempo después. ¡Fue una suerte!

—Sí —dijo Chavane herido—. Fue una suerte… ¿Pero, y usted? Me gustaría que me hablara de usted.

Calló mientras limpiaban la mesa y traían los lavamanos. Dominique encendió un Gauloise y se excusó.

—No tendría que fumar. Estropea el gusto y quita categoría. Pero, es extraño, con usted no me siento incómoda.

Llegaron los *tournedós* y Chavane pidió una ensalada verde. Dominique entreabrió, golosa, su cubo de carne y contempló el sangrante interior murmurando con aire devoto.

—¡Qué tierna es! Podría cortarla con el tenedor.

El *maître* llenó los vasos de *beaujolais*.

—Está buenísimo —continuó Dominique—. Georges, ¿me permites que te tutee? ¿Servirá de algo hablarte de mí?

—Me parece indispensable.

—Pues bien, mis padres y yo vinimos a Francia después de los acontecimientos que ya conoces. Pasamos momentos bastante malos… Y, luego, vine a París… Y aquí… ¿Qué quieres que hiciera una chica que no tenía un céntimo? Comencé en plan modesto y la cosa estuvo a punto de terminar mal un par de veces. Es duro, te lo juro amigo mío, hacerse independiente… Pero no sé por qué te cuento esas cosas. Imagino que, en el Gabón, también debe de costar lo suyo.

—¿Y se encontró con Layla?

—Sí, fue una casualidad. En los Trois Quartiers. Estaba comprando guantes. Yo también. Estábamos una al lado de otra, así, sin darnos cuenta. ¡Qué extraña es la vida! Luego nos miramos… Ella parecía un poco despistada. Me la llevé a casa. Charlamos. Allí supe que se había casado y que era viuda. Se veía perfectamente que no le sobraba el dinero. Le dije: «Haz como yo. Ya verás, una vez te has acostumbrado…».

—¿Y se acostumbró?

—¡Oh! No enseguida. Tenía miedo del tipo que la había recogido y adoptado… Pero por fin comenzó. Yo conocía bastante gente. Se la presenté.

—Fue muy generosa —dijo Chavane con una voz que temblaba un poco.

—Tenemos que ayudarnos —dijo Dominique—. Pero, luego, me dejó de una pieza. ¿Sabes por qué? Generalmente, los tipos que nos necesitan, no

hablo de los que solo quieren divertirse, sino de los otros, de los melancólicos, bueno, son como niños que necesitan consuelo. Con ella sucedía lo contrario. Ya sé que no me explico bien; la cosa es bastante retorcida… Pero me comprendes… Ella era la chica que ha sufrido… Se hacía la interesante. Eso le permitió hacerse una clientela de viejos que podrían ser su padre.

—¿Le devuelven el gusto por la vida? —dijo Chavane.

—Eso es. Reconocerás que es una buena idea.

—Pero tal vez sea cierto que fue desgraciada. No hablo de su infancia sino de después… Si estuvo casada…

Dominique, que se disponía a beber, contuvo su gesto y pareció reflexionar.

—Sí —dijo—, sí… Tal vez quería tomarse la revancha.

Otra palabra que se le hundía en las carnes. Chavane calló. El camarero trajo la ensalada y Dominique pretendió servir.

—¡Permítame! —dijo Chavane.

Maquinalmente, tomó el tenedor y la cuchara con una sola mano, la cuchara por encima, y tomó con habilidad las hojas de lechuga.

—Bravo —exclamó Dominique—. Parece que lo hayas hecho toda tu vida.

Él se ruborizó.

—He hecho un poco de todo —murmuró—. Pero, volviendo a Layla, ¿gana mucho dinero?:

—Eso es lo más extraño —exclamó ella—. Sé que ve a muy poca gente y, además, solo trabaja la mitad del tiempo… ¿A dónde va? Misterio. Lo cierto es que dispone de grandes sumas mientras yo las paso canutas para llegar a fin de mes… De acuerdo, es un modo de hablar, pero, en fin, no es que me sea fácil. Y la señora, como si nada, se llena los bolsillos.

Chavane la tomó por la muñeca.

—En confianza, Dominique… No la quiere mucho, ¿verdad?

Ella se esforzó en sonreír y tendió su vaso.

—Un poco más.

—No me ha contestado.

—Y qué importa si la quiero o no. No, no la quiero puesto que me lo preguntas. No estoy celosa, no. Más bien irritada. Es como una hormiga entre las cigarras, no sé si me entiendes. Una mujer que amasaría y amasaría sin nunca sentarse a la mesa.

Soltó entonces una carcajada y ocultó el rostro en la servilleta.

—Estoy borracha —balbuceó—. ¿Qué digo?

Se secó los ojos y cambió de tono.

—Ahora basta. Ya hemos hablado demasiado de Layla.

—¿Un helado? —propuso Chavane.

—Con mucho gusto.

—¡Dos helados entonces!

—¿La esperarás? —dijo enseguida Dominique.

—¿A quién?

—A Layla, carajo. No puede tardar en volver… Pero te lo aviso, mi pequeño Georges, si no desconfías te desplumará.

Chavane vio, como en un relámpago, la habitación del hospital, los frascos colgando por encima de la cama, y sus ojos bajaron por los tubos hasta el rostro inmóvil.

—¿Sabes? —dijo Dominique—, el pasado es como un gato. Si lo despiertas, araña. Déjala estar. Créeme.

—Tal vez tenga usted razón.

Pidió la cuenta mientras Dominique se arreglaba el maquillaje.

—Las dos y media —dijo ella haciendo muecas alrededor de su lápiz de labios—. Tengo cita a las cuatro y media. Tenemos tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Chavane.

—Para pasar por mi casa. Me gustaría enseñarte dónde vivo porque espero que, alguna vez, vengas a tomar una copa. Debes de sentirte muy solo.

—Mucho.

—Pobre amor. Vamos, ven conmigo.

—¿No quiere tomar café?

—En mi casa.

Se levantaron y los camareros se afanaron a su alrededor. Fuera, Dominique posó su brazo en el de Chavane.

—La cabeza me da vueltas —murmuró—. Pero me siento bien. Aquí cerca hay una parada de taxis.

A Chavane le turbaba sentir la enguantada mano de la muchacha en la calidez de su axila. Lucienne, cuando salían juntos, caminaba siempre algo separada. Y él era, cuando la multitud llenaba la acera, quien le daba el brazo. En la parada quedaba un taxi.

—A la calle Troyon —dijo Dominique.

Se acurrucó contra Chavane.

—El apartamento es mío —dijo—. El del bulevar Pereire también. Me han aconsejado que invierta en la construcción. Está muy bien, pero he tenido

que pedir unos créditos y estoy pagando unos intereses ruinosos. Ahí donde me ves, vivo unos momentos bastante difíciles.

Chavane fingió no comprender.

—¿Qué es esa cita de las cuatro y media? —preguntó.

—Oh, nada importante. Un joven imbécil que me regala flores y me hace declaraciones idiotas. ¡Qué bobos llegan a ser a esa edad! Imagino que tú debías de ser así antes de ir al Gabón.

—¡Gracias!

—¡El amor! ¡Es una pérdida de tiempo!

Se separó de Chavane y guardó silencio, como si la importunaran unos pensamientos dolorosos. El taxi se detuvo. Se apearon y Chavane pagó al taxista.

—Aquí es —dijo Dominique—. En el segundo piso. Da a la avenida Mac-Mahon. Te lo enseñaré.

En el ascensor, acarició con la yema de los dedos la pared cuyo color recordaba el de una caja fuerte.

—Es muy nuevo. De todos modos he hecho un buen negocio. Está al extremo del corredor.

Abrió la puerta y encendió el aplique del vestíbulo, luego le tomó de la mano y le llevó de habitación en habitación.

—Es muy pequeño pero está bien distribuido. Tengo una terracita. Hace demasiado frío para que salgamos pero no puedes imaginar qué agradable es cuando llega el buen tiempo… Quítate el abrigo.

Levantó una cortina. Chavane se acercó y descubrió la avenida bajo un cielo encapotado que pesaba como plomo sobre los tejados. En ciertos lugares había todavía delgadas líneas de nieve.

—Voy a hacer café —propuso Dominique.

—No —dijo Chavane—. Perdóneme pero también yo tengo una cita.

Debía regresar al hospital. En cierto modo tenía que justificarse ante Lucienne.

Dominique le rodeó el cuello con los brazos.

—¡No podemos separarnos así, mi pequeño Georges!

9

A PARTIR DE AQUEL MOMENTO, Chavane perdió la noción del tiempo. Tenía la impresión de estar viviendo en una burbuja, de estar siempre en otra parte con Dominique. Cada partida le era un sufrimiento, cada regreso a París, una alegría. Apenas llegado a casa, se arrojaba sobre el teléfono, dejaba que sonara mucho tiempo repitiéndose: «Está a punto de llegar. No puede estar muy lejos». Y cuando por fin descolgaban el teléfono, la invisible mano que le ahogaba soltaba su presa. «Oye, Dominique… Quería decirte buenas noches… No, nada nuevo. No, no he encontrado nada que me convenga. La Bretaña me gustaría bastante…». Le había hecho creer que estaba buscando una pequeña propiedad para invertir convenientemente su dinero y que eso le obligaba a desplazarse mucho, porque desconfiaba de los anuncios del periódico, muy engañosos a menudo. Pero, algunas veces, Dominique no respondía o, lo que era peor, le decía:

—Esta noche no es posible.

Y él no podía evitar devolver violentamente el auricular a la horquilla. Caminaba con rabia por el salón, sentía deseos de dar patadas a las sillas. Y, luego, se derrumbaba en el sillón torturándose con inaguantables visiones. Dominique en los brazos de algún Aufroy libidinoso; Dominique en éxtasis, pues ahora sabía de qué era capaz; y sabía también que nunca había conocido nada semejante. Era como una enfermedad que le corría por la sangre y, a veces, le llenaba los ojos de lágrimas. Se decía a sí mismo: «No es posible. Por fuerza tiene que pasar. A fin de cuentas, es una estupidez. ¡No tengo ya edad para enamorarme!».

Y entonces se examinaba indefinidamente, recoveco a recoveco, como un mono que se despiojara. ¿Amaba realmente a Dominique? ¿Había bastado, pues, haber hecho bien el amor, una sola vez? ¿E, inmediatamente después, el

flechazo, la pasión? Las cosas no debían de ser tan simples. Sin la existencia de Layla, sin duda Dominique no le habría interesado. Dominique era solo una intermediaria, una intérprete. Y como Layla era suya, también Dominique le pertenecía… Comenzaba a perderse en extraños pensamientos. Se veía jugando a la gallinita ciega con sombras que se le escapaban burlándose… Dominique… Layla… Lucienne… Las amaba a las tres, y las odiaba alternativamente. Los días desfilaban ante él como esas estaciones abofeteadas por el rápido y que se perdían en la noche con sus carros, sus luces, sus andenes desiertos. De vez en cuando, se encontraba con Ludovic en el hospital. Un poco antes de Navidad, su tío le dijo:

—¿Sabes, pequeño?, me preocupas. Tienes un aspecto que da miedo. No creí, y no te lo tomes a mal, no creí que la amaras tanto. ¿Qué quieres? Tenemos que resignarnos. Ya nunca será como antes.

Chavane estuvo a punto de encogerse de hombros. ¡Nada era como antes! Nada ni nadie. Comenzando por él mismo.

—El doctor me ha dado a entender —prosiguió Ludovic—, que pronto podremos llevárnosla a condición, claro, de que nos ayude una enfermera para las perfusiones.

Chavane le escuchaba distraídamente. Se dirigía en silencio a su mujer. «No te estoy engañando, Lucienne… Compréndeme. En cierto sentido te estoy buscando… Dominique… ¿La recuerdas? Es tu amiga… Ella es lo que tú eras… Y yo solo soy, para ella como para ti, un hombre entre los demás…». Y cuando acababa de pronunciar el nombre de Dominique, le retorcía las entrañas el deseo de verla enseguida. Dejaba precipitadamente a Ludovic, tras una última mirada a la extraña criatura de ojos cerrados. Saltaba a un taxi y se hacía conducir a la calle Troyon. Y allí, como un gestor a quien nada desalienta, aguardaba. Cuando se abría la puerta, estrechaba a Dominique entre sus brazos. En vano pretendía ocultar sus emociones.

—He subido a pie —explicaba intentando recuperar el aliento.

—¡Pobre Georges! Estás tan loco como los demás.

Y se lo llevaba al salón, le ofrecía una taza de café, fuera la hora que fuese. Le examinaba de los pies a la cabeza.

—¿De dónde has sacado esta corbata? Pareces salido de tu poblado en la selva. ¿Y por qué vas siempre tan oscuro? Como si fueras un enterrador. ¿Ves cómo me preocupo por ti? Sí, comprendo. ¡Más tarde! De momento, no es eso lo que quieres. ¡Vamos, ven!

Y era la primera que entraba en la alcoba…

Pero, a menudo, la puerta no se abría. Chavane acercaba el rostro a la mirilla practicada en la madera. Tal vez estuviera allí, observándole pero negándose a abrir porque no estaba sola. Imaginaba la chaqueta en una silla, el pantalón encima, los zapatos al pie del lecho… Apretaba los puños, gruñía algunas injurias y, luego, apoyando su frente contra la puerta balbuceaba: «Layla, no tienes derecho». Por fin se alejaba volviendo, a veces, sobre sus pasos para llamar de nuevo. Tal vez no le hubiera oído.

Cierto día, aturdido, entró en el apartamento del bulevar Pereire pensando que tal vez hubiera regresado. ¿Quién? Pues bien, Layla. «Me estoy volviendo completamente tarumba, pensó. ¡Pobre estúpido, sabes muy bien dónde está Layla!». Sin embargo, miró en el buzón. Estaba vacío pero habría podido contener una nota de Fred. «Me interesaría volver a verle», se dijo.

Pasó Año Nuevo como los ramilletes de luz que huían a lo largo del Mistral. Dominique comenzó a inquietarse.

—No estaría mal avisar a la policía. Esta ausencia no es normal. Ya sé que Layla tenía sus secretillos. Pero si hubiera tenido intención de hacer un viaje, me habría avisado.

—¿La veías a menudo?

—No, a menudo no. En este oficio cada una va a lo suyo. De todos modos nos encontrábamos cada ocho o diez días, o nos llamábamos por teléfono. Tal vez le haya ocurrido algo. Y no bromeo, mi pequeño Georges. Basta dar con un tipo medio mochales para que te encuentren estrangulada.

—¿Has corrido peligro alguna vez?

—Al comienzo, sí. Luego aprendí a desconfiar. También Layla era prudente, pero por dinero habría hecho cualquier cosa. Claro que ir a la policía no me gusta. Aunque tú podrías hacerlo… Sentías afecto por Layla, ¿o no?

—Naturalmente… Pero no quiero mezclarme en sus cosas.

Chavane le daba vueltas a estas frases, y a otras muchas, durante todo el viaje. Recordaba detalladamente sus conversaciones. Recordaba también el reconocimiento de deuda descubierto en el oso de peluche. Tal vez por su causa habían atacado a Lucienne. Mientras servía a sus clientes, iba estudiando sus sospechas. Luego, a su pesar, sus pensamientos se perdían en Dominique. En cuanto estaba lejos de ella, juzgaba fríamente la situación. No tenía salida. ¿Qué podía esperar de Dominique? Lo que deseaba era tenerla solo para sí, a ella que, precisamente, era la mujer de todo el mundo. La tenía en alquiler, para una salida de vez en cuando. Ella le concedía su buen humor, sus divertidas reflexiones e impulsos amistosos que, a veces, parecían accesos

de amor. Formaba parte del contrato. Pagaba por ello, y pagaba caro. Con el dinero de Layla. Era Layla la que le ofrecía esa intimidad con Dominique. Y cuando el dinero se hubiera agotado, Dominique le mandaría a paseo, y entonces…

Ignoraba lo que ocurriría pero se sentía dispuesto a todas las barbaridades. El tipo medio mochales del que le había hablado Dominique, tal vez fuera él. Después del accidente de Lucienne, los acontecimientos se habían desarrollado de tal modo que se sentía cogido en una red de ataduras que nada podía ya aflojar. Solo le quedaba la irrisoria facultad de asistir a su propia decadencia. La palabra no era demasiado fuerte. Estaba, en efecto, cayendo por la pendiente. Todo lo que hacía era feo. Antaño era una especie de aristócrata de la comida. Ahora se comportaba como un mercachifle. Su equipo, además, sospechaba algo. Seguían demostrándole la misma confianza, pero él sabía que, a sus espaldas, murmuraban. Por fortuna, el vagón-restaurante vivía la afluencia de los grandes días debido a las vacaciones de invierno y a los congresos en la Costa Azul. Chavane se absorbía en su trabajo con una sonrisa comercial pegada a sus labios. ¡Llegar pronto a París! El apartamento necesitaba una limpieza. De vez en cuando él hacía una comida rápida, lavaba la ropa, sus chaquetas blancas, a toda prisa, y volaba al encuentro de Dominique.

—Te estás volviendo muy pesado —le dijo una noche.

—¿No quieres que me quede?

—Tú lo has dicho. Quiero estar sola en mi casa.

—¿Te aburro?

—Eso es. Me aburres. Vamos, no pongas esa cara. Somos buenos amigos, ¿no es cierto? Eso debiera bastarte. ¿Qué más quieres?

Y, de pronto, estalló.

—Sabía que iba a llegar este momento. ¿No puedes meterte en la cabeza que no soy propiedad de nadie? ¡Hala! ¡Aire! Ya volverás mañana.

—¡Ten cuidado!

—¿Cómo? ¿Que tenga cuidado? ¿Pero te has creído que soy tu mujer?

Fue a abrir la puerta del vestíbulo.

—¡Dominique!

—No hay Dominique que valga. Que te aguante Layla. Al fin y al cabo, es cosa suya.

Él tomó su sombrero y se detuvo en el umbral.

—¿Me echas?

—Claro que no, idiota. Solo te pido que me dejes respirar un poco. No es tan difícil comprenderlo.

—¿Podré volver?

—¡Carajo!

Le empujó fuera. Caminó bajo la lluvia hacia el Arco de Triunfo. La cólera y la pesadumbre le aturdían. Entró en un café y llamó a Ludovic.

—Perdona, padrino. Hubiera debido llamarte antes, pero el tren llevaba mucho retraso. ¿Hay alguna novedad?

—Sí. Necesitan la habitación de Lucienne. Tenemos que tomar una decisión. Para mí, lo más sencillo es lo que te he propuesto. El médico piensa también que es la mejor solución. Lo han intentado todo. De modo que, ahora, ya no podemos dudar. No te preocupes. Aquí estoy yo.

—Gracias padrino. ¿Pero cómo puede evolucionar ese coma?

—¿Cómo saberlo? Según Marie-Ange, el cerebro de Lucienne está muerto. ¡Ya conoces a Marie-Ange! No se anda con remilgos. ¿Podrías encontrar a una buena mujer para la limpieza preguntando a los comerciantes? Yo me encargaré de la enfermera, porque necesitaremos una para las noches. Nos costará muy caro, ¿pero qué vamos a hacerle? Durante algunas semanas, o algunos meses, no hay más solución. La pobre pequeña está perdida. Y, ¿sabes?, desearía que se fuera enseguida. Sería mejor para ella y para nosotros.

Chavane, atrapado en la estrecha cabina, miraba con la cabeza en otra parte las inscripciones de la pared, alrededor del teléfono. Con Lucienne en casa sería difícil salir libremente. Ludovic haría preguntas. Lo de Dominique se había terminado.

—¿Cuándo tenemos que llevarnos a Lucienne? —preguntó.

—Lo antes posible.

—¿Qué quiere decir eso?

—Este fin de semana.

—¿No podríamos esperar un poco más? Este fin de semana tengo viaje.

—Si estás de acuerdo, no tendrás que ocuparte de nada. Decide.

¡Lucienne en casa! ¡El hospital a domicilio! ¡Siempre con una enfermera en medio! ¡Sin hablar de Ludovic! ¡No habría modo de telefonear sin ser oído! «¡Pero qué les he hecho, Dios mío!», pensó.

—Oye —dijo Ludovic. ¿Estás ahí?

—Sí, sí. Pensaba. Bueno, de acuerdo. ¡No tenemos elección!

Colgó y, antes de marcharse, se bebió un coñac. Fuera, la noche sabía a infortunio.

El traslado tuvo lugar el sábado, mientras Chavane servía la juliana de verduras, cerca de Sens. Al regresar, la casa se había transformado. Había en el salón una cama plegable. Allí dormiría él en sus días de descanso, mientras Ludovic regresaría a su casa. Y cuando estuviera de servicio, Ludovic le reemplazaría. El mejor sillón había sido colocado en la alcoba, para la vela, y Ludovic se había procurado una mesa que, colocada junto a Lucienne, serviría de mesa para todo. Lucienne seguía tan horriblemente inmóvil, con el rostro tan blanco como la almohada. Ya solo había un frasco colgado del soporte que, en el familiar decorado de la alcoba, adquiría un siniestro significado.

—Se vacía cada cuatro horas —explicó Ludovic—. Después, se cambia. Lo he apuntado todo en una libreta; allí está. El doctor ha precisado muy bien los detalles; pero la enfermera se encargará de todo.

—¿Dónde está?

—En la farmacia. Se llama Françoise. Ya verás, está muy bien. Ella nos proporcionará una colega para las noches. Pero tranquilízate; no es necesario que vigilemos constantemente a Lucienne. Cuando los cuidados de higiene han terminado, basta con lanzar una ojeada de vez en cuando y cambiar el frasco.

Ludovic tomó a Chavane del brazo y le apartó un poco.

—Entre nosotros —dijo en voz baja—; tomaremos todas las precauciones, claro, pero la cuidemos o no el resultado será el mismo. Lo que está aquí no es ya Lucienne. ¡Pobre pequeña! Te dejo, Paul.

Y Chavane se quedó solo, al pie de la cama, mirando a su mujer dormida. Hacía tiempo ya que habían retirado las vendas que le cubrían la frente. Los cabellos volvían a crecer. Ya no eran del mismo color que los otros sino menos negros y rebeldes. Solo ellos vivían en aquella cabeza parecida a una figura moldeada. El rostro tenía ahora algo de infantil y enfurruñado al mismo tiempo, como si Lucienne se hubiera apartado de este mundo para refugiarse en otra parte, en un lugar que solo ella conocía, donde estaban sus juguetes y sus osos de peluche. Y ahora, ella, con su sola presencia, iba a vigilarle, a ser testigo de sus salidas nocturnas y sus vergonzosos regresos. ¿Cómo podría, tras haber hecho las paces con Dominique y apenas separado de sus brazos, comparecer ante Lucienne, tocarle la mano y, tal vez, bajo la atenta mirada de la enfermera, darle un beso en la frente? ¿Cómo podría, ante la una, dejar de pensar en la otra? Aquí desearía terminar con Dominique y allí esperaría, con todas sus fuerzas, que Lucienne muriese. Y cuando las hubiera perdido a ambas —lo que sin duda sucedería algún día— seguiría viviendo con el

fantasma de Layla que le hablaría al oído, con las palabras de la una a veces, a veces con las de la otra. ¿Y entonces? ¿Intentaría recuperar su sueño corriendo tras las faldas de mujeres más o menos ligeras de cascos? Comprendió que el apartamento del bulevar Pereire iba a servirle de refugio cuando no pudiera ya soportar esta habitación.

Tres días más tarde pasó allí la noche, tras haber telefoneado a Dominique.

—¿Podemos vernos?

—Esta noche no, amorcito. Lo siento.

—¿Mañana por la noche?

—Imposible. Estaré con un argentino muy exigente, pero muy guapo, agradable y todo. Me gustaría que le conocieras.

—¡Puerca! —dijo Chavane entre dientes.

Cortó la comunicación con gesto seco. A la mañana siguiente, a las siete, regresó a su domicilio. La enfermera de noche le miró reprobadora pero no hizo ningún comentario.

—¿Nada nuevo?

—No. Nada.

Entró en la habitación y se acercó a la cama. Se sentía furioso y destrozado.

—He dormido en tu casa —murmuró como si ella pudiera oírle—. Y lo haré de nuevo. ¡Y no serás tú quien me lo impida!

Pero cuando, dos horas más tarde, tuvo que ayudar a Françoise a lavar a Lucienne, ante aquel cuerpo descarnado que se abandonaba blandamente, como el de una muñeca de trapo, sintió que iba a llorar. ¿Por quién? No lo sabía. Habría querido estar solo y no escuchar los dulzones comentarios de Françoise: ¡Tan joven! ¡Qué lástima! ¡Realmente no somos nada!

—¡Y una mierda, vejestorio! —aulló silenciosamente Chavane—. ¡Es que nunca vais a dejarme en paz!

El día transcurrió con nauseabunda lentitud. Fue a buscar un paquete de cigarrillos, salía con el menor pretexto, se detenía un instante junto a la cama. Cuando la enfermera de noche reemplazó a Françoise, él huyó. Regresó al bulevar Pereire. Estaba cansado y se prometió una buena noche de sueño en la redonda cama de Layla… Bueno, no iba a comenzar de nuevo a torturarse.

En el buzón había un papel. Lo leyó. *No puedo más*. Era la caligrafía de Fred, una caligrafía temblorosa como si hubiera escrito a tientas.

Chavane vaciló. Los estados de ánimo de Fred le importaban muy poco. Pero se dijo que Layla habría sabido por qué el antiguo *jockey* le dirigía

aquella extraña frase, que se parecía a una petición de auxilio. ¿Acaso Fred necesitaba dinero? Pero en ese caso se habría expresado de otro modo. Era el momento de salir de dudas. Chavane contó los billetes que llevaba en la cartera; tenía de sobras.

Un taxi le llevó a Chez Milord. Eran casi las once y el bar no estaba muy animado. Chavane distinguió a Fred, al fondo, sentado ante un licor verde. Se le plantó delante. Fred levantó la cabeza.

—¿No me reconoce? —preguntó Chavane.

—Espere —dijo Fred con voz enronquecida por el tabaco.

Y, de pronto, sus ojos se animaron.

—El amigo de Layla.

Se levantó a medias.

—¿Dónde está? ¿Le envía ella?

—¿Podemos hablar?

Chavane hizo una señal al camarero que le trajo lo mismo mientras se sentaba junto a Fred.

—No —continuó—. No me envía porque no ha regresado todavía.

—¡Tanto tiempo fuera! Entonces es que la han pillado.

—¿Pillado? ¿Quién?

Fred bebió un trago de licor para darse el tiempo de examinar a Chavane. Tenía los ojos inyectados en sangre y su mano libre se abría y se cerraba como si hubiera escapado a su control.

—Si lo es —dijo—, ya puede llevárseme.

—Pero… No comprendo —protestó Chavane—. Soy el amigo de Layla, eso es todo. Encontré su nota en el buzón y vengo a ver lo que va mal. ¿Necesita dinero?

Fred sonrió con tristeza.

—Es cierto que estoy con el agua al cuello —dijo—. ¿De modo que no es de la pasma?

—Claro que no.

—¿Y no sabe lo que Layla me pasaba, bajo mano, cada semana?

—No.

—Pues bueno, me soltaba unas pocas rayas, ¡eso es todo! Muy pocas. Las necesarias para empalmar, porque tengo otro proveedor.

—¿Rayas? ¿Quiere decir… cocaína?

—¡Shtt! Claro… Y de la superior. Pero no tengo suerte. Mi proveedor ha desaparecido y Layla me abandona… Siento que la cosa acabará mal. Si sabe dónde esta Layla, sea bueno. Avísela enseguida.

Chavane tenía la impresión de estar borracho. ¿Layla se dedicaba al tráfico de droga? Claro, debía de pertenecer, por alguna inconfesable conexión, al mundo paralelo del hampa. Hubiera debido sospecharlo. Una moza que hace la carrera pronto es descubierta, sufre presiones y, sin duda, también amenazas que la obligan a portarse bien, a obedecer sin discutir. Y si tiene la osadía de no ser lo bastante dócil, se la manda contra una farola. Todo comenzaba a aclararse.

—¿Para quién trabajaba? —preguntó Chavane.

—Pero… Para nadie.

—¿Cómo? ¿No pertenecía a alguna organización?

—Claro que no. Es muy independiente. Es como un pequeño comercio que se ha montado sola. Cómo se ve que no la conoce bien. ¡Nunca habría trabajado por cuenta de otro! ¡De ningún modo! Por lo que he podido deducir, en Niza hay alguien que le hace llegar, cada semana, una pequeña cantidad de nieve. Luego, se las arregla para venderla aquí. Debe de tener algunos clientes fijos, muy discretos. ¡Todo queda en familia! No hay casi riesgos.

—De todos modos, los hay.

—Por fuerza.

—Necesita un proveedor, o algún cómplice, que le traiga la droga a París.

—Como imaginará, se lo pregunté. Para ponerla en guardia. Se rio. Me dijo que, por ese lado, estaba absolutamente tranquila.

—Veamos, hay dos posibilidades. O alguien viene de Niza a París o ella va a buscar la droga.

—No. Ninguna de las dos. Me dijo que utilizaba un truco.

—¿Cuál? ¡La droga no puede venir sola!

—Me pareció increíble.

Chavane revisó rápidamente algunas hipótesis. Ninguna resistía el menor análisis. Estaba seguro de que Lucienne, cuando él descansaba, no salía de casa. ¿Viajaba regularmente en avión cuando él estaba de servicio? ¿A riesgo de que la descubrieran? Era impensable.

—¿Y le habló de un truco?

—Esa es, exactamente, la palabra que empleó. Añadió que nadie podría sospechar nunca la verdad.

—¡Qué curioso! Créame, me aturde lo que me está diciendo. Dejé a una jovencita tímida, reservada; ¿y qué encuentro cuando regreso a Francia? Pues a una persona que se dedica a la vida galante y trafica con droga. No puedo creerlo.

Fred agitó la cabeza.

—No es eso exactamente —dijo—. Tampoco es fácil explicarlo. En primer lugar, Layla no es lo que usted cree. ¡No es una furcia que se acueste con todo dios! Vive con mucha libertad, como otras mujeres. Eso no me escandaliza. Y, luego, pone a disposición de ciertos amigos algunas rayas.

—Gramo a gramo, una vez tras otra, la cosa puede significar mucho dinero.

—Bastante, sí. Pero, una vez más, Layla no es una profesional. Y lo prueba que las pocas rayas que me proporciona, me las regala. Le he hecho algunos favores; es su modo de agradecérmelo. ¡Layla es una chica estupenda! Si no vuelve pronto, me hará mucha falta… Pero, ahora que lo pienso… Recuerdo que, la última vez, me pareció un poco preocupada… Inquieta no… Pero tampoco tranquila. Tal vez se haya marchado por eso. ¿No advirtió usted nada en el aeropuerto?

Chavane estuvo a punto de preguntar: ¿en qué aeropuerto? Estaba hundido hasta el cuello en sus mentiras y en las de Lucienne.

—No —dijo.

Y, para terminar con la conversación, añadió tomando su cartera:

—Digamos que es de parte de Layla… Para que se procure algunas dosis.

Contó algunos billetes de quinientos francos. Era dinero del tráfico que pagaba las confidencias de Fred. Chavane estrechó la mano al antiguo *jockey* y se marchó. «Tenía un truco —pensó—. ¡Un truco infalible!». ¿De qué podía tratarse?

10

LA IDEA SE LE OCURRIÓ mientras el Mistral flanqueaba la laguna de Berre, iluminada como una ciudad en fiestas por los altos faroles de las refinerías que alumbraban cúpulas, depósitos, torres, chimeneas coronadas por las llamas. Reflexionaba, en la entrada del vagón-restaurante, revisando una vez más los datos del problema: nadie traía la droga, nadie iba a buscarla y, sin embargo, circulaba fácilmente entre Niza y París. O Fred le había contado un cuento chino o…

Entonces lo comprendió. Claro, alguien iba y venía… ¡Él! Él era el involuntario camello. Solo podía ser él. La droga iba oculta en alguna parte de su pequeño equipaje, cuando salía de Niza, y Lucienne solo tenía que cogerla. Pero su equipaje se reducía al maletín y el maletín solo contenía su maquinilla de afeitar, su brocha, su jabón, su dentífrico, su cepillo de dientes, su peine y sus dos chaquetas blancas… Eso era todo. Cuando llegaba, colgaba su chaqueta de paisano en la percha, pero volvía a cogerla al salir del Mistral, tanto en Niza como en París. ¿Ocultarían algo en el forro?… En ese caso, habría sido necesario descoser y volver a coser la tela, durante el viaje, con el personal pasando y volviendo a pasar ante el armario. Absolutamente imposible. ¿Habría algún escondrijo en su estuche de aseo?… No era posible en la maquinilla, ni en el jabón, ni en el tubo de pasta dentífrica, ni en el peine; ¿en la brocha o en el cepillo de dientes? ¿Una brocha hueca, un cepillo con el mango vacío? No era absurdo, pero habrían tenido que colocar una brocha o un cepillo especiales en lugar de la brocha que su mano reconocía solo con tocarla o del cepillo que cambiaba con mucha frecuencia. Hipótesis descartada.

Quedaban las chaquetas blancas. Pasaban la noche en Niza, en el vagón, y regresaban a París donde Lucienne las lavaba. Habrían podido, mirándolo

bien, servir de vehículo para la droga, pero no tenían forro. Chavane se palpó rápidamente. La tela era flexible y no ocultaba escondrijo alguno. Y, sin embargo, estaba seguro de haber dado con la explicación. En Niza, cuando el tren permanecía aparcado en una vía muerta, alguien se introducía en el vagón con una copia de la llave. Alguien que Layla había conocido, sin duda, en París; un amante, un drogadicto tal vez. Entre ambos habían puesto a punto ese medio de transportar la mercancía en cantidades muy pequeñas pero cuya suma, a la larga, debía de ser importante.

Aquella era la razón de que Lucienne siguiera viviendo a su lado. Nunca habría aceptado el divorcio. Necesitaba ese marido con eclipses que le traía, a intervalos regulares, algunos gramos del polvo que ella vendía luego sin dificultad. Evidentemente, debía de compartir los beneficios con el desconocido proveedor, pero ya no era asombroso que dispusiera de tan considerables medios económicos. Los millones del oso de peluche eran solo calderilla. La mayor parte del capital debía de prestarlo, como demostraba aquel reconocimiento de deuda.

El Mistral estaba llegando a Marsella. Iba a comenzar el segundo servicio. Chavane dejó de pensar en Lucienne, pero mientras servía los canapés de salmón, sentía su humillación como un gran frío en el pecho. Él, el empleado modelo, transportaba la droga en aquel vagón que la Compañía le había confiado…

Llevaba una cesta de pan, un jarro de agua y sentía deseos de rascarse, como si estuviera cubierto de mugre. Porque la noche del accidente transportaba la droga, como de costumbre, y desde entonces debía de estar oculta junto a él, o en él incluso, porque Lucienne no había podido tomar posesión de la entrega. ¿Pero dónde? ¿Dónde…? Repetía aquellas palabras como una aberrante letanía. No en el jabón, no en la maquinilla, no en el dentífrico, no en el peine… Y ya no quedaba nada más.

En Niza se demoró con el pretexto de terminar sus cuentas y, cuando todo el mundo se hubo marchado, se puso a registrar el vestuario, vació luego el maletín, examinó sus paredes, el fondo, la tapa con la atención de un especialista en el descubrimiento y desactivación de minas. En vano. Se quitó la chaqueta blanca y, de pronto, pensó en las charreteras. Un grueso entorchado dorado estaba cosido en una plaquita azul que le servía de zócalo. ¿Y si el entorchado estuviera hueco?

Quitó las charreteras fijadas con cierres a presión, siguió con el dedo los entremezclados lazos de la pasamanería y descubrió, a un lado, una especie de minúsculo tapón de plástico que le costó mucho quitar. El entorchado

formaba una especie de tubo. Dentro había un polvillo blanco. Lo hizo caer en la palma de su mano. Cocaína, sin duda. Solo unos pellizcos. También la segunda charretera reveló su contenido. En total una decena de gramos. Pero a razón de dos viajes por semana eso hacía casi un kilo al año. ¡Y al precio que tenía cada gramo…! ¡Oh! Fred tenía razón. Se trataba de un pequeño negocio artesanal. ¡No importaba! Él era su cómplice. Abrumado, metió las chaquetas en el maletín y, tras haber entregado las cuentas y el dinero en la oficina de la estación, fue a acostarse en el local reservado para los agentes de la Compañía.

Allí, en la oscuridad, en el silencio, hizo que Lucienne compareciera ante él. Pero en la pantalla de su memoria solo vio a una mujer sorda, muda y ciega. Nunca podría justificarse. Él tendría que imaginar sus auténticas razones. Estaba el dinero. Pero para qué tanto dinero si, en el fondo, lo gozaba tan poco. El apartamento del bulevar Pereire no era suyo. Sus vestidos, sus pieles estaban muy lejos de suponer un gran capital. La mitad de la semana vivía muy modestamente. Durante la otra mitad, sin duda, hacía algunas locuras. Pero si iba a los restaurantes, a los espectáculos no pagaba ella. Y, además, aunque lo hubiera querido, no habría podido comprar a voluntad, ni invertir, pues se habría visto obligada, de vez en cuando y según la naturaleza de sus compras, a revelar su verdadera identidad. De modo que tenía prohibido el gasto como otros tienen prohibida la entrada a los casinos. ¿Por qué, entonces, entregarse a tan mezquino tráfico de droga?

Chavane no comprendía nada. Que Lucienne, alentada por el ejemplo de Dominique, hubiera cedido a la tentación del dinero fácil, podía concebirse. Pero también ahí se planteaba, con toda su fuerza, una objeción: ¿por qué Lucienne acumulaba sus ganancias? La vida galante, para ella, era solo un medio. Según sus propios amantes, no estaba especialmente dotada para este oficio. ¿Por qué perseveraba…? Y se hacía inconcebible que se le hubiera ocurrido la idea de multiplicar sus beneficios gracias a la droga. A menos que se lo hubiesen insinuado. Pero Chavane, ahora, tendía a creer que se le había ocurrido a ella sola. Lo probaba que ninguno de los hombres que la frecuentaban sabía que estaba casada. De modo que nadie había podido sugerirle que utilizara como escondrijo las charreteras de su marido.

Había en ese detalle una especie de refinamiento en la doblez que asustaba a Chavane. ¿Era Lucienne una neurótica, una paranoica? ¿Por qué no, a fin de cuentas? Tal vez sentía un intenso placer burlándose de todos los que estaban a su alrededor. Tal vez deseaba estar sola en un mundo donde recuperaba sus juguetes y la infancia que le habían robado. Pues, al fin y al

cabo, aquellos juguetes ocultos en el armario debían de tener algún significado. Chavane percibía, al final del túnel, como una especie de verdad infinitamente lejana todavía, que Lucienne tal vez no fuera un monstruo, sino una niña extraviada entre seres que no le prestaban atención alguna, que transitaban sin verla por su rudo camino de hombres. Por primera vez. Chavane sintió compasión por ella y advirtió hasta qué punto le había fallado.

Tal vez… Solo podía, aún, formular aquellos tal vez… Pero una evidencia comenzaba a imponérsele: había realizado su investigación en pleno rencor, con la intención de confundir a Lucienne, para poder desprenderse de ella y despreciarla, y, a través de ella, odiar a las mujeres como ella, a riesgo de caer en la trampa de una zorra como Dominique. Había creído enseguida que era culpable, que había decidido engañarle, ensuciarle… Pero, sin duda, no había tenido otra elección.

Chavane advertía que estaba expresando mal lo que sentía y que las palabras le traicionaban porque deformaban un poco lo que, penosamente, estaba adivinando.

Aquel local tenía demasiada calefacción. Se levantó para beber un vaso de agua y, repentinamente lúcido, advirtió que había soñado a medias. ¡Vamos! ¡Admitir que, en cierto modo, Lucienne era inocente! ¡Imposible! Las dos de la madrugada. Tenía que dormir. Y la primera cosa que haría, en París, sería registrar a fondo, como no lo había hecho todavía, el apartamento de Layla, un nombre sobre el que le hubiera gustado escupir, para asegurarse de que no había una pequeña reserva de droga.

Chavane, que no estaba acostumbrado a pensar tanto, se durmió de madrugada y tenía la cabeza vacía cuando, en París, abandonó el Mistral. Ludovic echaba una cabezada en el salón, junto a una taza vacía.

—Te estaba esperando —farfulló.

—¿Nada nuevo?

—Nada. Ayer vino el médico. Se encoge de hombros cuando le pregunto su opinión. Es de la escuela moderna y piensa que es cruel mantener en vida a los enfermos que duermen ya su muerte. Son sus palabras.

—¿No estás muy cansado?

—Sí, un poco. Llevamos una vida muy extraña, mi pobre Paul. No sé si podré resistirlo mucho tiempo. Buenas noches. Intentaré regresar a casa. Y digo que lo intentaré porque el coche está como yo. Ya no puede más.

Chavane entró en la alcoba. La enfermera leía. Le impidió levantarse y se acodó al pie de la cama, mirando a Lucienne como si la viera por primera vez. Sus huesos abultaban. Los entreabiertos labios descubrían sus dientes. Pensó

en la joven del cuadro. ¿Cuál era la auténtica? Para disimular ante la enfermera, dio la vuelta a la cama y posó sus labios en los cerrados párpados, que no reaccionaron. Luego acarició la mano izquierda, abandonada, y advirtió que Lucienne no llevaba ya la alianza. ¿Desde cuándo? ¿Desde su accidente?… ¿Hasta este punto se había distraído? ¿O la había perdido antes? Era muy capaz de haber vivido junto a ella sin advertir nada. Tal vez si hubiera estado menos ocupado…

—Vaya a descansar —le dijo a la enfermera—. Yo velaré un poco.

—Dentro de un rato. Cuando haya cambiado el frasco.

Era muy sencillo, se quitaba la alianza cuando se convertía en Layla y luego se la volvía a poner. Pero la noche del accidente la metamorfosis no había concluido todavía y el anillo debía de estar guardado en algún sitio. Tendría que buscarla Chavane sintió deseos de fumar, de caminar, para alejar aquella impresión de velorio fúnebre. El cuerpo tendido sin movimiento, la lamparita de cabecera. Solo faltaban las flores. Chavane intentó recuperar los pensamientos de la noche anterior; recordaba que, en algún momento, se había dicho que Lucienne era tal vez, en cierto modo, inocente pero el hilo del razonamiento se había roto. Había entrevisto algo importante, que habría podido devolverle la paz, y ahora tanteaba de nuevo entre tinieblas. Terminó durmiéndose, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y la boca abierta, como un muerto.

A la mañana siguiente, tras haber ayudado a Françoise a cuidar a Lucienne, se hizo llevar al bulevar Pereire. Había una carta para Layla o, mejor dicho, una tarjeta de visita lacónicamente redactada.

> Estaré varios días en París. Pasaré a verla el jueves por la tarde, hacia las cuatro. Me interesa saber si le gusta el nuevo juguete. Amistosamente.

El nombre y la dirección del remitente eran sorprendentes: *Félix Dehaene, Mechelsesteenweg 120. Antwerpen.*

Chavane abrió el buzón de los impresos. Había un pequeño paquete plano. Examinó los sellos. Un tipo que enviaba juguetes desde Bélgica. ¿Qué significaba ese nuevo misterio? Chavane estaba tan nervioso que comenzó a desgarrar la envoltura del paquete en el ascensor y lo destripó en cuanto llegó a la cocina. Era un juego rompecabezas. Cada puzle, cuyas piezas tenían forma de volutas finamente ajustadas, representaba un paisaje nórdico. Salvajes fiordos, sol de media noche en el glaciar, bosque siberiano cubierto de nieve… ¿Por qué el tal Dehaene le pedía a Layla su opinión? ¡Y hoy era jueves, el día en que iba a venir! Chavane tenía tiempo, hasta las cuatro, de telefonear a Dominique. ¡Un rompecabezas! No podía creerlo. Antes de

marcar el número de Dominique, siguió pensando. Jamás Lucienne había mostrado el menor interés por ese tipo de diversiones. Tampoco le gustaban las cartas, ni el dominó, ni el chaquete. Y entonces, ¿cómo un belga podía consultarla, dando a entender que era especialmente competente en materia de juegos? Perplejo, llamó a Dominique y escuchó al otro extremo del hilo una voz desconocida, una voz de mujer.

—¿Puedo hablar con Dominique? —preguntó.

—La señora no está.

—¿Quién es usted?

—La mujer de la limpieza. Vengo a limpiar cuando la señora está ausente.

—¿Y se ha marchado por mucho tiempo?

—Una semana.

—¿Sabe dónde está?

—En Córcega, en casa de su prima.

Chavane, furioso, colgó. ¡Al diablo la prima! De pronto, se sentía impaciente por hacer mil preguntas sobre Lucienne. Le parecía que, hasta entonces, lo había hecho mal; porque había deseado, sobre todo, torturarse en vez de comprender. Ludovic sabía menos que Dominique sobre la infancia de Lucienne. La primera confidente había sido Dominique, su compañera de escuela. Antes de pervertir a Lucienne e inventarse a Layla, había jugado con aquella niña desconocida. ¿Era feliz Lucienne? ¿Se llevaban bien sus padres? ¿Habría sido rica si la revolución no hubiera estallado? ¿Acaso…? ¿Acaso…? Saberlo todo antes de que fuera demasiado tarde. Si Lucienne moría…

Chavane descubrió que ese pensamiento le hacía sufrir. Y aquello era tan nuevo que quedó atónito y vagamente sorprendido. ¡Después de todo lo que le había hecho! Resumió: el cuadro, aquella doble vida, aquellos juguetes que se burlaban de él y, por fin, la droga de la que había sido el imbécil transportista. Pero tal vez, puesto que había llegado demasiado lejos, no era culpable del modo que había imaginado.

Aguardó al visitante con huraña impaciencia. Sin duda era un antiguo amante. ¡Forzosamente! Adivinaba que, entre Dehaene y Layla, existía una amistad vieja, confiada, exactamente el tipo de amistad que Lucienne le había negado. Cuando, por fin, el hombre llamó a la puerta, se sentía desbordante de rencor.

Dehaene se extrañó.

—¿No está la señora Layla?

—Está enferma.

—¿No será grave?

—Por desgracia, sí. Pase.

Dehaene era un tipo alto, de unos cincuenta años, con un rostro rubicundo lleno de pecas y ojos azules sin malicia alguna. Chavane colgó en el vestíbulo su abrigo de piel de camello y su sombrero de curvadas alas, mientras le contaba el accidente. Dehaene inclinó la cabeza.

—Lo siento, lo siento mucho… ¿Podría visitarla?

—De momento es imposible.

—¿Es usted pariente suyo?

—Su primo hermano… ¿Qué le sirvo?

—Un *whisky* sin hielo, por favor.

Chavane sirvió el licor tomándose tiempo para pensar. Con Dehaene el cuento del Gabón era inútil. Al contrario, era preciso demostrar que estaba al corriente de algunas cosas para darle confianza. Le tendió el vaso.

—Layla me pidió que la reemplazara —dijo—, pero no estoy al corriente de todos sus asuntos. Naturalmente, conozco la naturaleza de sus ocupaciones. Cada uno vive como quiere, ¿verdad? Pero ahora tengo que ser curioso si deseo serle útil. Ya ve, he abierto su paquete. Y no comprendo nada. ¿Cómo puede interesarle a mi prima este rompecabezas?

Dehaene ofreció a Chavane un robusto cigarro holandés y encendió otro para sí.

—Primero tiene usted que saber cómo la conocí —dijo.

Su acento flamenco daba un tono extraño a sus palabras y, con sus espesas cejas pelirrojas y su boca que se redondeaba para expeler el humo, se parecía a un personaje de teatro.

—Nos presentó un amigo —continuó—. Yo dirijo una fábrica de juguetes, en Amberes. Desde hace algunos años, la demanda ha aumentado mucho, sobre todo en lo referente a juguetes miniaturizados que interesan cada vez más a los coleccionistas… Layla y yo hablamos mucho…

—¿Se convirtió usted en su…?

—Oh no, en absoluto —dijo Dehaene agitando su cigarro en signo de protesta—. No. Solo es una excelente amiga a la que visito cuando paso por París. Invirtió bastante dinero en mi negocio.

—¿Cuánto?

—¡Perdóneme! —dijo Dehaene levantando la ceja de un modo voluntariamente cómico—. Tal vez no le gustara que fuese demasiado comunicativo. Todo lo que puedo decirle es que es una mujer con muy buena cabeza. Enseguida confié en sus juicios. Y suelo enviarle nuestras muestras para saber qué piensa de ellas.

—¡Ah, de modo que es eso!

—¿Perdón?

—¡Nada, nada! Mire, me preguntaba por qué la atrajeron precisamente los juguetes. Si buscaba una buena inversión, podía hacerla en inmobiliarias, por ejemplo. Entonces, ¿por qué los juguetes?

—Yo lo sé —dijo Dehaene—. Conmigo hablaba muy libremente. ¿Puedo serle franco?

—Por supuesto.

—Es una mujer maltratada por la vida y, al mismo tiempo, una chiquilla que no ha salido de la infancia. Al menos eso es lo que deduje escuchando sus confidencias.

—Le confieso que no comprendo muy bien. En su infancia sufrió aquel drama, pero…

—Me lo contó. Quedó muy marcada. Y, precisamente hay en ella algo que no se ha desarrollado. Quedó bloqueado en aquel instante. Lo he advertido muy a menudo, hablando con ella. No soy médico, pero creo que no me equivoco. Mire, le daré una prueba: cierto día me dijo que nunca desearía tener un hijo, que dar vida era un crimen.

—¿Eso le dijo? —murmuró Chavane pensativamente.

—Sí, pero, al mismo tiempo, le gustan los juguetes. Es muy curioso. Por un lado se nota que está de vuelta de todo, como una anciana; y por el otro la he visto palmear ante un conejito tocando el tambor. ¿Le sorprende…? Y, sin embargo, debe usted de conocerla un poco.

—¡Tan poco!

—¿Nunca le habló de sus proyectos? No dejaba de hacer proyectos.

—Viajo mucho, ¿sabe?

—Ah, por eso nunca me habló de usted.

—¿Qué proyectos?

—Bueno, le habría gustado tener una tienda de juguetes. Incluso le había buscado algo, en Amberes.

—¿En Amberes?

—Sí. Decía que nada la retenía ya en Francia.

—¡Ah caramba! —dijo Chavane herido.

—Claro que, seguramente, no habría seguido adelante. En fin, no lo sé. Con ella, nunca se sabe lo que es cierto o lo que es falso. Vive en una especie de sueño. Salvo en lo que respecta al dinero. Le juro que en eso tiene los pies bien plantados en el suelo.

—¿Es avara? —preguntó Chavane.

Dehaene, con el dedo meñique, echó en el cenicero la larga ceniza de su cigarro.

—¿Avara? ¡No! Es más complicado que todo eso. A mi entender tiene siempre una enorme necesidad de seguridad. El dinero es como un capullo a su alrededor, una protección, una defensa, la calidez. Se abriga con el dinero como alguien que tuviera frío y se abrigara con una manta. ¿Me comprende?

—Me parece que sí.

—A mi entender, lo cierto es que siempre ha vivido con miedo. El miedo nunca la ha abandonado. Pero no un miedo ordinario… Un miedo vivo, que lleva en su vientre como si fuera un feto.

—Cállese —dijo Chavane—. Parece que la ame.

—Es cierto —dijo Dehaene—. Se lo merece. Está tan sola.

Soltó una carcajada que le congestionó.

—Pero no se haga ideas equivocadas… Estoy casado… Tengo hijos… Layla…

Intentó precisar su pensamiento y concluyó, en un tono repentinamente grave:

—¡Layla es Layla! Se salvará, ¿no es cierto?

—Lo dudo —dijo Chavane.

—¡Es terrible! Una muchacha tan afectuosa… Y tan bonita. Me apena mucho. Me marcho pasado mañana… ¿Puedo llamarle para preguntar por su estado?

—También yo estaré de viaje —dijo Chavane con frialdad.

Dehaene aplastó su cigarro y se levantó.

—Si le sucediera algo, y espero que no sea así, sería necesario arreglar algunas cosas. Me hablaba muy poco de su familia. No tiene notario. Confiaba totalmente en mí y tenía razón. Pero ahora…

—Si muere —dijo Chavane—, le avisaré. Tengo su dirección.

Tras la marcha de Dehaene, permaneció mucho tiempo en el salón, caminando con la cabeza baja alrededor de la mesa. Colocaba uno junto a otro los elementos del problema y la auténtica Lucienne comenzaba a tomar forma. Lo que descubría le oprimió el pecho. Nunca había dejado de huir, no solo de él —que no había contado demasiado para ella— sino también de algo vago y lacerante que le costaba imaginar, como si hubiera sido una pequeña bestia acosada buscando un refugio perdido. El gran Dehaene lo había adivinado. «Decía que nada la retenía en Francia». Esta frase vibraba como un cuchillo en la herida. Pero lo cierto es que nada la retenía ya en parte alguna. Y tal vez, al final de la carrera, había decidido soltar el volante como

una sonámbula atraída por el vacío. Nunca lo sabría. Nunca acabaría de buscar nuevos indicios, de vagabundear tras de sus huellas.

Sintió de pronto necesidad de volver a verla y, precipitadamente, regresó a su casa como si temiera no encontrarla ya. Allí estaba, tendida de espaldas en la posición en que la había dejado. La enfermera hacía calceta. Solo se escuchaba el ligero tintinear de las agujas y sus labios se movían al contar los puntos. Chavane se sentó junto al lecho y murmuró al oído de su mujer.

—Soy yo, Lucienne… Te prometo que no volveremos a separarnos.

Se levantó, contempló los cerrados párpados del color de las violetas ajadas. Sentía deseos de apoyarse en la pared y llorar sobre su doblado brazo, como antaño, cuando era niño.

11

—NO SÉ SI TENDREMOS bastante pan —dijo Amédée—. Esta huelga de aviones nos la va a jugar. Tendrían que avisar con antelación. Todo el mundo querrá tomar el tren. Para el primer servicio, bastará. Pero ya verá, jefe, en Marsella estaremos desbordados.

Chavane no respondió. Pensaba en los seis días de descanso que iba a solicitar. Su oficio no le interesaba ya. En cuanto se ponía la chaqueta blanca, se sentía culpable. Varias veces ya, en París, había examinado sus charreteras, pero no contenían polvo. El misterioso proveedor de Niza había comprendido que el tráfico debía interrumpirse y no volvería a manifestarse. Quedaba la vergüenza. Marcaba a Chavane como un tatuaje, le hacía taciturno. «No es extraño —murmuraba Amédée—, después de la desgracia que le ha ocurrido».

Chavane se afanaba maquinalmente. Con la bandeja bien apoyada en el antebrazo, con un hábil movimiento de la muñeca derecha, tomaba el pedazo de buey, la cuchara recogía algunas gotas de jugo, regaba la carne, tomaba algunos pedazos de patata, un poco de ensalada, y al siguiente. Avanzaba por el pasillo, por un surco, sembraba en los platos, sin ver, al mirar de reojo, más que cabelleras con diversos peinados, cráneos calvos, orejas que el burdeos comenzaba a enrojecer.

A hurtadillas, una ojeada al reloj. Contaba las horas que le separaban de París. Tenía prisa por hallarse a la cabecera de Lucienne, para recomenzar obstinadamente la instrucción del caso. «Veamos. Estábamos cuando tu padre había descubierto, en las paredes del granero, inscripciones amenazadoras. ¿Tuvisteis miedo…? Claro que tuvisteis miedo… Ludovic me lo dijo. Incluso fue entonces cuando dejaste de ir a la escuela…». Así, fragmento a fragmento, iba reconstruyendo el pasado de Lucienne. Habría deseado

reconstruirlo minuto a minuto, para descubrir el instante en que se había producido la fractura, en que la niña había decidido que el mundo era una ilusión horrible y se había vuelto, para siempre, hacia sí misma.

—Por favor, un poco de mostaza.

—Aquí está.

El servicio le absorbía de nuevo. Amédée preparaba los helados. De vez en cuando se distinguía el mar, de un azul muy pálido, y grúas que entrecruzaban sus brazos por encima de inconclusos muros. Se trataba de una verdadera instrucción. Ludovic hacía lo que podía para encontrar, más allá de los años, detalles olvidados.

—¿Cómo quieres que recuerde de qué modo vestía entonces? —decía—. Sí, me parece que le gustaba arreglarse. ¿Pero qué importancia puede tener ahora?

Una pequeña muchedumbre aguardaba al Mistral en Marsella. ¡Mejor así! Cuantos más clientes hubiera más deprisa pasaría el tiempo. El restaurante se llenó rápidamente. Amédée preparaba los *vol-au-vent*. Chavane pensó que si Lucienne moría dejaría su empleo; o pediría ser destinado a otra línea, París-Venecia, por ejemplo. El Mistral le traería malos recuerdos. Aceptaría incluso ser encargado de un coche-cama. Dispondría de todas las noches para hacer desfilar su vida y la de Lucienne, como una película montada por un loco. El segundo servicio fue muy largo; no quedaba ni un lugar libre. Luego, a partir de Aviñón, el restaurante se transformó en café. Era la hora en que las damas ancianas, balanceándose por los pasillos, atravesaban con desconfianza los fuelles de suelo móvil, vacilando ante las puertas de cristal que se apartaban en el último momento, y venían a beber una taza de té. Chavane dejaba actuar a sus subalternos. Se permitía una pequeña charla con Amédée. Era una pausa que no iba a durar mucho pues era preciso ocuparse de la cena.

La fatiga ascendía solapadamente por las piernas. A partir de Dijon, Chavane funcionó como un robot. Todas las mesas estaban ocupadas. Amédée, ante sus fogones, parecía el batería de un conjunto de *jazz*, con los brazos en todas partes a la vez, el cuerpo trepidando al ritmo de las ruedas. Chavane y el pequeño Michel se seguían, se cruzaban, rápidos, eficaces, con una mueca de amabilidad en los labios.

Y le llegó el turno al segundo servicio. Los viajeros se apretujaban en las dos entradas del vagón. Chavane, cuando vacilaban, les indicaba con rapidez los lugares que quedaban libres. De pronto, se encontró ante Dominique. Sus miradas se cruzaron y fue un momento abominable. Pero Chavane estaba tan

bien adiestrado por años y más años de oficio que no dejó adivinar nada de su pánico.

—Somos tres —dijo Dominique con una extraña sonrisa en los labios.

Él extendió el brazo.

—Por aquí, por favor.

Ahora la sala estaba llena. Chavane se había refugiado en la entrada de la antecocina; pensaba: «No tendré fuerzas. No puedo más». Sudaba como un actor que ha olvidado su texto y ve cómo se levanta el telón. «¡Cómo debe de estar burlándose de mí! ¡El hombre del Gabón! ¡El rico colono! Pues bueno, ¡es un camarero!».

—¿Qué te pasa? —preguntó Amédée—. ¡Si te vieras! Tienes el color del camembert. ¿No te encuentras bien…? Toma. Ahí va el salmón.

Chavane apoyó la fuente en el antebrazo y comenzó la distribución. Recordó la huelga de Air-Inter. Era normal que regresara de Córcega en el Mistral; no había avión. La joven y el niño que le acompañaban eran, sin duda, sus primos. Avanzó con la frente llena de sudor. Era muy capaz de hacerle alguna observación desagradable, de humillarle públicamente, delante de su personal. O soltaría la carcajada. O le diría: «¿Qué estás haciendo aquí?». ¿Y qué responderle entonces? «Intento reciclarme. He aceptado este trabajo a la espera de algo mejor». Sabía que iba a ponerse en ridículo. Con el rabillo del ojo observaba a Dominique. Su mano nerviosa desmigajaba el pan. Llegó a su altura. Dominique volvió hacia él una mirada que le ignoraba.

—Tomaremos cordero.

Chavane acabó de vaciar la fuente. En adelante sería inútil llamar a la puerta de aquella zorruela. Y todas las preguntas que pensaba hacerle sobre Layla quedarían sin respuesta. Aquello terminaba de un modo odioso.

Valerosamente, no aminoró su ritmo. La rozaba al pasar en sus idas y venidas, esperando a cada instante ser interpelado, pues no era mujer que aguantara una afrenta y debía de estar diciéndose que le había tomado el pelo. Mientras, sirvió las chuletas de cordero con la facilidad de gesto que era su orgullo; y no ocurrió nada. El duelo se celebraría cuando pagaran la cuenta y él se detuviera más tiempo ante su mesa. Evidentemente, podía pedir que alguien le reemplazara. Pero a él le correspondía hacer el cobro y nunca había pedido a nadie que hiciera el trabajo en su lugar. «A fin de cuentas —pensó—, aquí estoy en mi casa y si quiere un escándalo lo tendrá».

Pero la procesión iba por dentro cuando les llevó el queso y, luego, los helados. Dominique, preocupada, no parecía prestarle la menor atención; pero

él habría jurado que, desde el comienzo de la comida, era el centro de sus pensamientos.

Avanzó por el pasillo, llevando ante sí, como un escaparate, su caja registradora. Ya vería. Tuvo que detenerse, justo detrás de Dominique, para cambiar libras por francos en una mesa ocupada por ingleses. Estaba acostumbrado a este tipo de ejercicio, que se repetía frecuentemente y que realizaba con facilidad gracias a su tabla de cambios. Advirtió que Dominique sacaba del bolso el talonario. Se volvió.

Sus miradas se cruzaron de nuevo. Chavane puso todo su valor para no bajar los ojos. Ella fue la primera en ceder y rellenó su cheque, lentamente, con una exasperante aplicación. Luego se lo tendió con la punta de los dedos, como si temiera ensuciarse, y su sonrisa fue más insultante que un bofetón.

Impasible, Chavane verificó el cheque, leyó la firma: *Léonie Rousseau*. Estuvo a punto de hacerle observar que se había equivocado. Nunca había pensado tan deprisa. Lo comprendía todo, lo veía todo en una especie de trance lúcido… La prima que se empolvaba… Dominique que devolvía el talonario a su bolso… Dominique que no se llamaba Loiseleur sino, prosaicamente, Rousseau. Dominique Loiseleur era tu nombre de guerra, su nombre de zorra. Colocó el cheque bajo las monedas, en su cajón. Se alejaba ya cuando ella le llamó.

—¡Mozo!

Empujó sobre el mantel dos monedas de cinco francos.

—Olvida la propina.

De nuevo las miradas se golpearon, se desafiaron. Con mucha dignidad, Chavane se inclinó.

—Gracias, señora.

Pero tuvo que refugiarse enseguida en la cocina, con los dientes prietos de rabia. Pues estaba descubriendo, con brutales iluminaciones, como la tempestad alumbra un paisaje nocturno, todo lo que hasta entonces se le había escapado. La deudora, la que había firmado con su auténtico nombre: Léonie Rousseau, el reconocimiento de deuda; la que debía cincuenta mil francos a Layla, era Dominique… Y era también Dominique la que había empujado el Peugeot contra la farola, para desembarazarse de una rival de la que estaba celosa, que ganaba mucho más que ella y a la que tenía que devolverle su dinero. Dominique no solo había corrompido a Lucienne, iniciándola en aquel horrible oficio, sino que la había matado. Era evidente. Layla tenía miedo desde hacía algún tiempo lo había advertido. Sin duda las dos mujeres se habían peleado violentamente…

Pero había algo más, algo peor todavía. Si Dominique había provocado el accidente, supo enseguida, a la primera ojeada en el bulevar Pereire, que Layla nunca había esperado a nadie en el aeropuerto. Supo inmediatamente que el pretendido amigo de Layla, el colono recién llegado del Gabón, era solo un impostor. ¡Ah, cómo le había engañado! ¡Con que doblez! ¡Eso dolía!

—Dame algo fuerte —le dijo a Amédée—. Lo que quieras. La cabeza me da vueltas.

¡Y pensar que se había encaprichado de aquella perra! Pero no por mucho tiempo. Justo lo bastante para saber qué podía sentir un amante de Layla. Ahora se había terminado. E iba a confesar su crimen. Tendría que escupir la verdad. Bebió de un trago el licor que le abrasó la lengua.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Amédée—. Dentro de una hora estarás en casa. Una buena noche y mañana te sentirás de perlas, ya verás.

… Pero una hora más tarde, Chavane corría hacia la calle Troyon. No eran todavía las once; la puerta del edificio no estaba cerrada. Y, en efecto, entró sin dificultad, prefiriendo subir a pie para liberar el exceso de energía que le hacía temblar como una máquina pasada de revoluciones.

Un discreto timbrazo… Nadie… No había llegado todavía. La luz se apagó. Se apoyó de espaldas en la pared, con las manos en los bolsillos y, luego, en la oscuridad, caminó un poco a derecha e izquierda. Escuchó una lejana música de baile, que atravesaba grandes espacios de silencio y de noche para invitarle a la alegría. ¿Dónde estaba Dominique? Probablemente había acompañado a su prima y al chiquillo al hotel, pues su apartamento era demasiado pequeño para albergarles de un modo decente. Por lo tanto, llegaría pronto. ¿Qué le diría? ¿Y cuando hubiera confesado, qué iba a hacer? ¿La denunciaría? Lo ignoraba. Y si murmurase con ternura: «No hay que contrariar a los locos como tú. Del Gabón o de cualquier otra parte, estabas ahí y me gustabas», ¿volvería a caer en la trampa?

Escuchó el ruido de las puertas del ascensor y la claridad del camarín subió hacia él. Era Dominique. Para no asustarla, apretó el botón de la luz y el rellano se iluminó.

Otra mujer hubiera retrocedido.

—¡Hombre —dijo—, eres tú! Llegas en mal momento. No tengo las más mínimas ganas de discutir.

Buscó sus llaves en el bolso y pasó ante Chavane encogiéndose de hombros.

—Me importan un bledo tus enredos. ¿Has visto la hora que es?

Abrió la puerta. Él la tomó del brazo.

—Déjame entrar —dijo.

Se soltó con un brusco movimiento.

—¡Para que sigas hablándome de tu mujercita! —exclamó—. Ya me has dado bastante la lata con ella. No es culpa mía si te ha abandonado… Reúnete con ella puesto que viajas gratis.

Rio rechazándole. Él evitó que la puerta se cerrara y entró por la fuerza en el piso.

—Me escucharás.

—¡No fastidies! ¡Si no sales, grito!

Entonces, su mano se movió sola rodeando el cuello de Dominique.

—Muy bien, grita. ¡Grita! ¿Quién te lo impide? ¡Grita, puerca!

La otra mano se puso en movimiento. Los dedos se hundían en la carne frágil. Parecían bestias que no reconocieran ya la voz de su dueño.

—¡La mataste tú, eh…! ¡Fuiste tú!

Solo era un enorme calambre y Dominique no se debatía ya desde hacía mucho tiempo cuando, uno a uno, sus músculos se distendieron. Sus manos fueron las últimas en aflojarse y Dominique cayó. Encendió las lámparas del vestíbulo, buscó su pañuelo para secarse los ojos cegados por el sudor. Luego, se arrodilló junto al cuerpo y lo volvió boca arriba.

«La he estrangulado —pensó—. No me he dado cuenta. Qué fácil es». Una inmensa fatiga le vaciaba de sus fuerzas. Se sentó en la moqueta y permaneció inmóvil mucho tiempo, incapaz de moverse. Poco a poco tomaba conciencia de la situación. No era necesario avisar a la policía. La prima de Dominique se inquietaría y haría lo necesario. Nadie se extrañaría. Una prostituta asesinada por un amante de paso, algo muy banal. Siempre que arreglara un poco la escena. Chavane se levantó y preparó dos bebidas. Tomó una, dejó los dos vasos en una mesa, tras haber borrado sus huellas. Luego vació por el suelo el bolso y esparció su contenido: ¡Eso es! Todo había terminado. Alguien había estrangulado a Dominique, pero no él.

Ni el menor remordimiento. Muy al contrario, una paz desconocida. Como si acabara de librarse de una tarea infinitamente difícil, pero necesaria. Cerró suavemente la puerta tras haber apagado todas las luces y salió sin encontrarse con nadie. Cuando llegó a su casa, Ludovic se había marchado.

—El señor Ludovic le ha esperado hasta las once —dijo la cuidadora—. Ha dejado una nota para usted.

Perdóname, leyó Chavane, *pero he olvidado mi papaverina. Pasaré mañana por la mañana. No te preocupes. Todo va bien*.

Chavane entró en la alcoba. Allí estaba Lucienne, como un objeto. Se detuvo a los pies de la cama. «Layla ha muerto», dijo en voz muy baja, como si ella pudiera oírle y alegrarse. Acodado en la barra de cobre, soñó durante unos instantes. La larga persecución había terminado por fin. En adelante ya solo habría ese mudo cara a cara, más rico que cualquier diálogo. Estaba tan agotado que no tenía ya fuerzas para dar un paso atrás e ir a acostarse. Miraba a Lucienne. No se cansaría ya de mirarla. Su cabeza oscilaba. Advirtió que estaba perdiendo el conocimiento y apenas tuvo tiempo de sentarse en el sillón. Dormía.

Fue Ludovic quien, a la mañana siguiente, le despertó. Con el pensamiento aturdido, Chavane se dejó ganar por la rutina de los días. El metro, el Mistral, el tumulto del trabajo… Comenzó un período tan vago que perdió la noción del tiempo. Ya no sentía deseos de inclinarse sobre el pasado de Lucienne. Le bastaba con que estuviera allí. En algún momento se había interesado por lo que los periódicos habían llamado «el caso Loiseleur», pero como si se tratase de algo que no le concernía. La policía, avisada por la prima de Dominique, que había descubierto el cuerpo, no tenía pista alguna. Se había abierto una investigación. Interrogaban a los sospechosos, pero las relaciones masculinas de Dominique eran numerosas, ignoradas en su mayor parte, y el celo de la policía no era muy ardiente. Un periódico de la tarde publicó un artículo bastante largo que Chavane leyó en Niza. El crimen parecía haber sido cometido por un cliente de paso, tal vez por una cuestión de dinero, pues el bolso de la víctima había sido registrado. La investigación duraría, sin duda, mucho tiempo…

Chavane no se sentía amenazado en absoluto. Naturalmente, había sido visto, como otros muchos, en compañía de Dominique, pero en lugares donde solían mostrarse discretos. Y, además, nadie conocía su nombre. Por otra parte, nada de todo aquello tenía importancia. No sentía ya cólera alguna, ni celos, ni sentimiento violento. Había entrado, a su vez, en una especie de coma que mellaba sus pensamientos y amortiguaba sus recuerdos. Ya no se decía: «¿Y ahora?». Dejaba que su vida siguiera, satisfecho de partir; más satisfecho todavía de regresar. No quería saber que Lucienne estaba perdida. Lo importante era tenerla para sí, aprovechar esa fidelidad de un cuerpo, sin alma tal vez, pero que no podía ya escapársele. En cuanto llegaba a Niza, telefoneaba.

—¿Qué quieres que te diga? —respondía Ludovic que estaba perdiendo la paciencia—. Sigue igual. Tendrías que acostumbrarte de una vez…

Al bajar del tren, en París, se precipitaba:

—¿Cómo ha pasado esos dos días?

Ludovic y la enfermera intercambiaban una mirada. Entraba en la alcoba y se inclinaba sobre Lucienne. Nunca para besarla. Sencillamente para mirarla de cerca, estudiar las arrugas que, alrededor de la boca y la nariz, se convertían en finas grietas, como si la materia del rostro se hubiera transformado, lentamente, en una especie de arcilla. A veces, le tomaba la mano. Murmuraba: «¡Quédate!», como alguien que hablara en sueños.

—No eres razonable —decía Ludovic—. Antes te preocupabas menos de ella.

—Pero ahora me necesita —respondía secamente Chavane.

Adquirió la costumbre de traer de Niza un clavel o una rosa para colocarla en la almohada.

—No es higiénico —protestaba la enfermera.

—Pero me gusta… Y también a ella, estoy seguro.

Los días comenzaron a hacerse más largos. El atardecer enrojecía durante mucho tiempo la laguna de Berre. En los alrededores de Aviñón apareció el primer melocotonero en flor y Chavane, que se había detenido en mitad del pasillo con una cafetera en la mano, lo siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido. Aquella misma noche supo la noticia: por fin habían detenido al asesino de Dominique. Era un camarero que trabajaba en un establecimiento de la avenida de Wagram. Había confesado ya el asesinato de dos prostitutas y no tardaría en reconocerse culpable de la muerte de Dominique Loiseleur.

«¡Que se arregle como pueda!», pensó Chavane. Pero estuvo preocupado durante una semana, hasta el punto de que sintió la tentación de escribir a la policía una carta anónima para afirmar la inocencia del camarero. Renunció a ello porque, lentamente, en cuanto despertaba el recuerdo de Dominique, reaparecía el de Layla. Y Layla era Lucienne y él rechazaba con todas sus fuerzas esa indecente identidad que le recordaba su propio extravío; y entonces comenzaba la marcha atrás hacia Layla y Dominique, y tenía la impresión de dar vueltas sin fin en una noria que le hacía zozobrar el corazón. ¡Bueno! Callaría.

Compró un enorme ramo de mimosa y lo llevó de Niza a París.

—Cómo mima a su mujer —dijo Amédée—. Es afortunada al tener un marido como usted.

Pero Ludovic frunció las cejas.

—¿Y qué quieres que hagamos con eso? Eres un inconsciente.

Tomó el ramo y lo arrojó en la mesa de la cocina. Las bolas amarillas se esparcieron por todas partes, en el embaldosado.

—Paul… ¡Cierra la puerta…! Nadie tiene que oírnos.

Chavane se sintió bruscamente en peligro. Ludovic tenía la cara de los días malos.

—Siéntate.

Dominado, Chavane tomó una silla.

—¿Qué significan esas flores? —continuó Ludovic—. ¿Que amas a Lucienne? ¡Que te haces mala sangre por ella!

Caminaba con las manos a la espalda, buscando las palabras.

—¡Pobre Paul! Terminarás sufriendo una depresión.

—No hay para tanto —protestó Chavane.

—Tienes que saberlo, Paul. Esta mañana, el médico ha sido muy claro. Lucienne está perdida.

Se plantó ante Chavane.

—Perdida; ¿lo oyes? Según él es solo cuestión de días.

—¿Y qué sabe él? —gritó Chavane.

Ludovic le puso una mano en el hombro.

—La verdad —continuó—, es que Lucienne nos abandonó hace mucho tiempo. No querría hacerte daño… ¡ah!, qué difícil es… Antes de su accidente no estaba ya con nosotros. ¿Comprendes?

—No —murmuró Chavane. Pero bajaba ya la cabeza para ocultar su vergüenza.

—Te engañaba, mi pobre Paul. Nos engañaba a los dos.

Ludovic había recogido unas bolas de mimosa y las hacía saltar, maquinalmente, en su mano.

—Una chiquilla a la que yo… ¡Parece imposible!

Tal vez recordaba a la pequeña trepando, antaño, sobre sus rodillas. Pareció despertar y miró a Chavane.

—No me crees. Pero tengo pruebas. Una vez me crucé con ella, cerca del Lido, iba con un hombre, tomados del brazo. ¡Imaginarás mi sorpresa!

Aguardaba una respuesta. Chavane, gélido, apretaba los dientes.

—Era ella… Entonces, quise salir de dudas. La espié los días en que tú estabas de servicio… Y terminé descubriendo que ocupaba un apartamento, en el bulevar Pereire, con un nombre… Nunca lo adivinarías… ¡Ketani! El nombre de su madre. De modo que había vuelto a sus orígenes, como un pequeño fénec que regresa al desierto. Y, ¿sabes?, me pregunto si estuvo alguna vez con nosotros…

Con un gesto lanzó las bolas de mimosa en el fregadero.

—Yo soy demasiado viejo. Pero tú terminarás olvidando. ¡Espera! No he terminado. Había elegido un seudónimo bastante raro, Layla… Sin duda para ejercer su oficio con más éxito… Su oficio, Paul… No necesito precisarlo.

—Cállate —murmuró Chavane.

—Sí, me callaré; pero antes… Bueno, voy a decírtelo todo. En el punto a que hemos llegado… El 6 de diciembre es una fecha que nunca podré olvidar… Fue por la noche. La vi entrar en el bulevar Pereire con un cliente… Me veo obligado a utilizar esta palabra… Iba vestida como una princesa… Esperé en mi coche. Sé ser paciente cuando hace falta… El tipo se largó en plena noche… ¿Y a quién veo salir algo más tarde? A Lucienne, transformada, vestida como de costumbre. ¡Tu mujer en persona! Hacía algún tiempo que se había vuelto desconfiada. De modo que mira a derecha y a izquierda, toma vuestro Peugeot y se pone en marcha, todo tan deprisa que no tuve tiempo de sacar mi coche. Pensé enseguida: «¡No te librarás tan fácilmente, pequeña!». Y comencé a perseguirla.

—No es cierto —balbuceó Chavane herido en el corazón—. No vas a decirme que fuiste tú quien…

—Sí, fui yo. Intenté arrinconarla contra la acera para obligarla a detenerse. Me reconoció y debió ser presa del pánico. Perdió la dirección. Quise detenerme para ayudarla si todavía estaba a tiempo. Y, luego, pensé en el escándalo, en nuestra perdida reputación, en ti, mi pobre Paul. Preferí avisar a la policía sin decir quién era. Y después, cuando la vi tan gravemente herida, consideré más adecuado no aumentar tu dolor. Pero ahora no, ya no puedo soportar que seas desgraciado. Naturalmente, cuidaremos lo mejor posible a Lucienne, pero cumpliendo con nuestro deber y nada más.

—Fuiste tú quien…

—Sí. ¡Fui yo!

Ludovic extendió la mano hacia Chavane, que retrocedió con presteza.

—¡No me toques!

—¡Oh, Paul! Me apenas. Bastante horrible es que nos haya engañado. Pero si, ahora, nos separara…

Entre ambos hombres se hizo el silencio. Al cabo de un instante, Ludovic se acercó a la puerta.

—¿Prefieres que me vaya?

—Sí.

—Perdóname, Paul. Te debía la verdad.

—Sí, sí —gritó Chavane—. Pero déjame, Dios mío, déjame.

Ludovic salió. Chavane se frotó los ojos largo rato. Luego hizo una taza de café y se la bebió de un trago. Sobre todo no debía pensar, vacilar. ¡La verdad! Allí estaba, ante él. Ludovic tenía razón. Eso no podía seguir así.

Regresó al salón, hojeó el listín y descolgó el teléfono.

—Oiga… ¿La comisaría?

Susurraba para que la enfermera no le oyese.

—Oiga… Quisiera hablar con un inspector… Eso es… Tengo una declaración que hacer. Sobre el asesinato de Dominique Loiseleur. Sí, ya sabe, el crimen de la calle Troyon… Fui yo… Me llamo Paul Chavane; vivo en el 33 de la calle de Rambouillet… No, es verdad. No estoy de humor para contar historias… Yo soy el asesino… ¡Oh, no tengo intención de huir!; es evidente… Tómese el tiempo que quiera. Les espero… Segundo piso, derecha…

Colgó el auricular. Nunca había conocido una paz semejante. Se reunió con la enfermera que dormitaba en la alcoba y le murmuró al oído.

—Váyase a dormir ahí al lado. No tengo sueño. Yo velaré. Y si oye el timbre, no se moleste. Yo abriré. Espero a alguien.

La enfermera ahogó un bostezo.

—El frasco está casi lleno. Cuando se vacíe, llámeme. Colocaré otro. Es orden del médico. Encuentra que nuestra enferma se ha debilitado mucho.

—No tema —dijo Chavane—. Estaré atento.

Y cerró la puerta tras ella. Qué fácil se volvía todo de pronto. Se acercó a la cama, se sacó, no sin dificultades, la alianza y la puso en el dedo de Lucienne. El anillo era demasiado grande, el dedo demasiado flaco. Con una mano impidió que cayera; con la otra, lleno de infinita dulzura, desconectó el tubo unido al frasco.

Luego, esperó a la policía.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff
18. *LA HUIDA*, Charles Williams
19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey
25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill
27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis

33. *Caída mortal*, B. M. Gill
34. *Secretos peligrosos*, William P. McGivern
35. *Camino del matadero*, Ruth Rendell
36. *Cuidado con esa mujer*, David Goodis
37. *Un caso difícil para el inspector Queen*, Ellery Queen
38. *Me muero por conocerte*, B. M. Gill
39. *Su Alteza y el jockey*, Peter Lovesey
40. *El caso de los bombones envenenados*, Anthony Berkeley
41. *Eterna despedida*, Ruth Rendell
42. *La viuda*, Nicholas Freeling
43. *Amor de madre*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *Misterio para tres detectives*, Leo Bruce
45. *El jurado número doce*, B. M. Gill
46. *Trapos sucios*, Roger L. Simon
47. *Los condenados*, Malcolm Bosse
48. *Causas no naturales*, Thomas Noguchi
49. *Estación Término*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *Arrastrado por el viento*, Janwillem Van de Wetering



Thomas Narcejac (izq.) y Pierre Boileau (dcha.)

PIERRE BOILEAU (París, Francia, 1906 - Beaulieu-sur-Mer, Francia, 1989). Ganador del Prix du Roman d'Aventures en 1938 con su novela *Le Repos de Bacchus*.

THOMAS NARCEJAC (Rochefort-sur-Mer, Francia, 1908 - Niza, Francia, 1998). Pierre Ayraud, conocido como Thomas Narcejac, ganó el Prix du Roman d'Aventures en 1948 con su novela *La Mort est du Voyage*.

Boileau-Narcejac es el seudónimo conjunto de dos famosos escritores franceses de obras de suspense e intriga, algunas de las cuales forman parte de los clásicos de la literatura policiaca y que han sido adaptadas a la pantalla

grande o pequeña por maestros del séptimo arte, como Henri-Georges Clouzot o Alfred Hitchcock.

Tras su encuentro en 1948, deciden iniciar su colaboración, en la que Boileau se responsabilizará del argumento y Narcejac de la creación de la atmósfera de la novela y de la personalidad de los protagonistas.

Juntos publicaron un total de 43 novelas y 4 obras de teatro. Una de sus obras más célebres, *Celle qui n'etait plus*, fue llevada al cine bajo el título de *Las diabólicas* por el director Henri-Georges Clouzot en 1954. También son conocidos por su obra *D'entre les morts*, que Alfred Hitchcock llevaría magistralmente a la gran pantalla con el título de *Vértigo*.